

Erika Fiorucci

Un
libro
para
Cash



Lectulandia

Estudiar, leer, subrayar sus apuntes de Medicina, asistir a clase, hacer unas horas extra en la librería y volver a empezar. Esa es la vida de Georgia, la hermosa, disciplinada y metódica Georgia, el paradigma de la niña buena que estudia lo que sus padres cirujanos han querido que estudiara. No se queja; después de todo, ¿qué otra cosa hay para hacer?

La respuesta vendrá con Cash: fuerte y contundente desde el nombre, tatuado, con *piercings* en las cejas y botas de cuero que retumban en el parqué, parece un ángel de pelo largo con sonrisa de diablillo. Desde luego, Georgia no está preparada para la irrupción de un músico de *rock* en su librería... ni en su vida. Pero cuando se encuentra faltando a clase por haber trasnochado en sus conciertos, cuando se da cuenta de que sería capaz de dejarse poseer en la calle, a la vista de todos, con tal de probar lo que Cash le puede ofrecer, entiende que está a punto de perder el control. ¿Y si eso fuera justamente lo que le conviene? ¿Hasta qué punto puede una joven dejarse ir si no sabe el camino de regreso?

Lectulandia

Erika Fiorucci

Un libro para Cash

ePub r1.0

Titivillus 15.03.2019

Título original: *Un libro para Cash*
Erika Fiorucci, 2015

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

Un libro para Cash

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Epílogo

Sobre la autora

Para Odalys, eterna defensora de Cash.

Capítulo 1

Georgia

—¡En algún momento tienes que divertirte! ¡Hacer algo loco!

El reclamo exasperado de Holly no me tomó por sorpresa. En el año y medio que llevábamos compartiendo apartamento, y en los cuatro anteriores en los que habíamos sido compañeras de residencia en la universidad, la misma frase había sido dicha, sin muchas variaciones, cada viernes y sábado cuando intentaba infructuosamente sacarme de casa para ir a bares o a fiestas.

—Yo me divierto —le respondí calmada.

—¿Estudiando? —Holly abrió desmesuradamente sus ojos como si alguien le hubiese dicho a estas alturas que la Tierra era plana—. ¿Trabajando?

—Y tú que pensabas que no era capaz de hacer algo loco...

Con una sonrisita retomé la tarea de sacar los libros del bolso y colocarlos ordenadamente sobre el escritorio de mi habitación. Luego, al ver que Holly se daba por vencida y finalmente me concedía un poco de espacio, hice una lista de los capítulos que debía leer el fin de semana y de los ensayos que tenía que escribir, y rellené unas cuantas fechas académicamente importantes en el calendario que colgaba en una cartelera de corcho en la puerta del armario.

Todo perfecto, todo ordenado. Esa era la única forma concebible de funcionar.

Yo, Georgia Fisher, había trabajado jornadas dobles durante buena parte de mi vida para ser la perfecta descripción de una buena chica. No me quedaba más remedio. Mi hermana gemela, Gabrielle, tenía todos los boletos comprados, y gastados, para la rifa de la Hija Problemática del Año.

De niñas habíamos sido una unidad sólida frente al mundo, dos partes de una misma persona; pero, en algún momento de la pubertad, el vínculo se rompió y cada una tomó su camino. O, mejor dicho, yo opté por seguir el

camino opuesto al de Gabrielle para tratar de preservar la salud mental de mi familia.

Mientras Gabrielle fomentaba escándalos, daba fiestas que terminaban con la presencia de la policía y salía hasta las tantas de la madrugada, yo me quedaba en casa, me atenía a las normas de la moral y las buenas costumbres y trataba de acumular logros académicos por duplicado.

Antes de cumplir dieciocho años, después de ingresar un par de veces a rehabilitación luego de sendas sobredosis que casi le costaron la vida, Gabrielle abandonó la escuela y decidió irse a Europa para ser «artista». Yo me gradué de primera en mi clase y sentí que era mi deber moral solicitar ingreso en la Universidad de Columbia, el *alma mater* de mis padres —dos de los cirujanos más respetados de toda Nueva York—, para también convertirme en médico.

Con mi elección no sentí que estaba sacrificando nada. A fin de cuentas, había pasado tanto tiempo compensando los errores de mi otra mitad que no había podido descubrir qué era lo que realmente me interesaba. Me daba lo mismo asistir a clases de Biología o Fisiología que de Literatura Inglesa, Contabilidad o Dibujo Libre.

A pesar de mi falta de pasión por algo en particular, mi necesidad casi patológica de aprender nuevas cosas me recompensó con las mejores calificaciones. Eran tan buenas que mis padres ya hacían apuestas sobre la especialidad que elegiría y movían sus influencias para que hiciera residencia en John Hopkins o en la Clínica Mayo.

—Me voy a trabajar —anuncié, saliendo de mi habitación, sin molestarme en cambiarme de ropa.

—¿Recuérdame otra vez para qué necesitas trabajar? —me preguntó Holly semiacostada en el sofá con un portátil en su regazo.

—Me gusta. Recuerda que hago cosas locas —le lancé una sonrisa traviesa y moví mis cejas de forma sugestiva—. Además, la renta no se paga sola.

Holly bufó.

—Tus padres tienen toneladas de dinero...

Sin querer profundizar más en el tema, que involucraba una larga explicación sobre por qué necesitaba ser una mujer de veinticuatro años responsable y con una vida organizada, hice como si no la hubiese escuchado, me pasé el bolso sobre la cabeza, tomé las llaves y me fui.

Holly era mi amiga pero no me comprendía, no del todo. Ella tenía su Licenciatura en Arte Dramático y un trabajo en una revista digital para la que

escribía recomendaciones sobre teatro, cine y música, lo que le dejaba suficiente tiempo libre para ir a audiciones y hacer obras independientes. El balance de sus éxitos y fracasos era solo de ella.

Para mí, en cambio, el saldo siempre estaba en déficit, pues en mi vida había un accionista descuidado que se encargaba de gastar las ganancias más rápido de lo que se producían.

Sacando a Holly y a Gabrielle completamente de mis pensamientos, tomé el metro para ir a la otra punta de la ciudad. Por razones de comodidad, había escogido un apartamento cerca del campus universitario cuando terminé los cuatro años de básico y comencé en la Facultad de Medicina, pero todos los días hacía el recorrido hasta Greenwich Village, donde trabajaba en una librería pequeña y acogedora.

Ese era mi oasis. Los libros fueron mi primer escape para evitar ver los rostros preocupados de mis padres, para no escuchar las llamadas de la policía a medianoche y los llantos de preocupación tras las puertas cerradas, para no sentir el vacío que me producía el muro que Gabrielle había levantado entre ambas, dejándome sola en el lado de afuera para que limpiara el desastre.

Ahora esas páginas cargadas de palabras eran la única cosa que lograba distraerme de las sumas y restas de errores y aciertos que permanentemente tenían lugar en mi cabeza, como una voz monótona y pregrabada que era imposible callar, una especie de Pepe Grillo diplomado en Contaduría.

Tras el recorrido en el metro, una parada breve para comprar el almuerzo y un paseo lleno de los olores típicos de la primavera que inundaban las calles del barrio más bohemio de la ciudad, entré en el pequeño establecimiento con un café de Starbucks en una mano y los restos de un pedazo de *pizza* en la otra.

La pequeña tienda parecía más una biblioteca comunitaria que una librería. A ambos lados de la puerta, grandes ventanas en forma de arco eran usadas como improvisadas vidrieras, los anaqueles eran de madera de verdad y estaban tallados en la parte superior con intrincados diseños. En una esquina, una estrecha escalera en espiral daba a un pequeño depósito en la parte superior donde se almacenaban los volúmenes raros y los encargos especiales.

Lo mejor era el olor. Ese aroma mezclado de libros nuevos y viejos que siempre me hacía pensar en aventuras por emprender y en viajes ajenos que algún día serían míos.

A pesar de su aspecto un poco anticuado, el vecindario era fiel a su librería y sobre todo a las recomendaciones de su librero, el señor García, un

inmigrante español que había llegado a Nueva York en los años cincuenta y que, poco a poco, gracias a un gusto impecable y a una extraña intuición que le hacía adivinar lo que el cliente estaba buscando, construyó un negocio que había puesto hijos en la universidad.

Tras saludar a la empleada que trabajaba turno completo —una chica gótica llamada Marcy que por lo general estaba de mal humor—, fui a la pequeña área de empleados en la parte posterior, eché los restos de mi almuerzo en la papelería, guardé el bolso en un cajón y me lavé las manos.

Todos eran gestos mecánicos, propios de una existencia vivida según un camino que había dibujado hacía mucho tiempo y al que diariamente volvía a echarle color en las orillas, en caso de que se volvieran borrosas.

—El señor García estará fuera toda la tarde —dijo Marcy sin levantar la vista del libro que estaba leyendo—. Dijo algo sobre ir a ver unas ediciones raras de Tolkien.

—No hay problema —respondí de manera ausente mientras revisaba las ventas del día en el programa de inventario en la computadora.

—Y como parece que todo va a estar muerto hoy —Marcy finalmente cerró el libro—, me dio permiso para salir temprano. ¿Tienes tu llave para cerrar?

Sin esperar respuesta recogió su bolso y salió por la puerta delantera, haciendo sonar las campanillas de la entrada.

Disfrutando del hecho que no tendría que pasar las siguientes horas en compañía de la siempre simpática y conversadora Marcy, me dediqué a ordenar la tienda y a dar la atención personalizada que los clientes buscaban. Recomendé a una adolescente una serie sobre hadas con un triángulo amoroso sobre el cual era imposible tomar partido, convencí a una joven mamá de que su vida no estaría completa hasta que leyera algún libro de Jane Austen que no fuera *Orgullo y prejuicio*, y encontré en medio de la pila de libros usados dos volúmenes de los mejores relatos de ciencia ficción presentados por Isaac Asimov, lo que hizo muy feliz a un contador, cliente habitual de la tienda, que era, además, un apasionado del género.

Cuando las cosas se tranquilizaron, me senté tras el mostrador y abrí el único libro que expresamente había dejado en el bolso al salir de casa. No había razón para no adelantar un poco los capítulos de Química Orgánica si tenía un rato libre.

La campanilla de la puerta principal sonó nuevamente y, por reflejo, volteé hacia la entrada.

Todo pareció moverse en cámara lenta, como en un vídeo musical de los años 80.

Lo primero en cuanto enfoqué la vista fueron unas botas de combate con puntera metálica que se acercaban a mí con paso decidido sobre el suelo de parqué. Lentamente mi mirada viajó por unas piernas enfundadas en unos vaqueros oscuros que, si bien no le quedaban grandes a su misterioso dueño, tampoco le apretaban cortando la circulación; estaban en un pecaminoso punto medio que hacía que, con cada movimiento, se generaran en la tela pliegues que resaltaban zonas en las que no podía pensar sin sonrojarme.

Con una profunda fuerza de voluntad, pues mis ojos parecían hipnotizados por la forma en que se movían sus caderas, seguí la exploración más arriba. Una correa de cuero negro con una enorme hebilla plateada marcaba el final del «territorio mezclilla» para dar paso a otro no menos inquietante: Una camiseta roja que, a pesar de estar cubierta por una chaqueta de cuero negro, dejaba en evidencia que debajo había un pecho absolutamente masculino, de esos que parecen un triángulo invertido.

En lo que tardé en llegar a su cara, se esfumaron todos los temores de que un Terminator, mucho menos musculoso que *Arnold Schwarzenegger*, estuviese buscando a Sarah Connor en una librería. El extraño parecía un modelo de revista.

A pesar de la agresiva, y al mismo tiempo descuidada, vestimenta, su rostro era precioso, angelical, aunque no de forma femenina. Tenía la mandíbula cuadrada, las cejas pobladas y los pómulos altos. Ni siquiera los evidentemente ornamentales alfileres que atravesaban su ceja derecha o el cabello color chocolate oscuro que le llegaba hasta los hombros le daban un aspecto siniestro.

Nunca había visto a un hombre tan inquietantemente atractivo. Era perfecto para algún anuncio de ropa interior o perfume que hiciese una apología del bien y el mal encerrados en una misma persona. Era pecaminosamente celestial.

Tratando de borrar totalmente de mi rostro algún indicio de que, de un momento a otro, iba a comenzar a salivar, puse mi mejor expresión de librera en entrenamiento antes de decir:

—¿Puedo ayudarle en algo?

Capítulo 2

Cash

Era la mujer más hermosa que había visto. No estaba buena, no era *sexy*, no era del tipo que para el tráfico o arrastra miradas en la calle. Simplemente era preciosa, etérea e irreal. Verla mandaba un impulso directo al medio del pecho, convirtiendo en doloroso el simple acto de respirar.

La expresión «tan bella que duele» por fin tenía significado.

Esa tarde salí con el único propósito de comprar un regalo para mi tía Sandrine, cuyo cumpleaños sería la semana entrante. A mi madre ni la llamaba, pero por mi tía era capaz de usar esa tarjeta de crédito dorada que nunca sacaba de casa.

La noche anterior, Alex, la novia de mi amigo Mason, me había recomendado una librería de donde, en teoría, saldría con algo perfecto entre las manos, aunque cuando llegara no tuviera la menor idea de qué era lo que estaba buscando.

Ahora, parado frente a la vidriera, esas palabras parecían una maldita predicción.

La chica detrás del mostrador vestía una vaporosa blusa blanca con rayas verde manzana, su cabello rubio estaba recogido detrás de su nuca en un ordenado peinado y usaba lentes, de esos que tienen una montura gruesa, pero al mismo tiempo femenina. Estudiaba con concentración el libro que tenía enfrente, arqueando las cejas de cuando en cuando como quien sostiene un largo debate consigo mismo, para luego escribir apresuradas notas en un cuaderno.

Parecía una especie de hada intelectual escondida entre mundanos.

Las intelectuales nunca habían sido mi tipo, y las frágiles no podían aguantar lo que me gustaba hacer con ellas. Aquello de ser un buen muchacho era algo que me estaba negado por la propia conformación de mi ADN, y la

contraparte femenina de eso que nunca había sido ni sería por lo general me repelía.

Las niñas buenas eran un fastidio: había que abrirles la puerta, cortejarlas antes de que te dejaran ponerles un dedo encima y luego follártelas con suave y lenta agonía, si es que acaso no te quedabas dormido antes.

Sin embargo, tuve que prácticamente obligarme a dejar de contemplarla por la vidriera, como todo un acosador, para entrar en la tienda.

—¿Puedo ayudarle en algo?

—Hola —respondí, soltando mi típica sonrisa tranquilizadora.

Ella parecía un venadito asustado y yo no quería que saliera corriendo. Estaba absolutamente maravillado con el brillo de sus ojos verdes que, a través de los cristales de los lentes, me recordaban las aguas del fondo de un estanque.

—Buscaba un libro para mi tía.

—¿Algo en particular?

¡Dios! ¿Cuándo había sido la última vez que había visto a una mujer sin maquillaje? Su piel parecía alabastro y ella lucía tan... limpia.

—Poesía —dije unos segundos más tarde, cuando me di cuenta de que me estaba preguntando algo que necesitaba responder para no quedar como un completo idiota.

—Voy a necesitar algo más.

Estuve a punto de soltar algo como «yo puedo darte todo lo que necesites», pero me mordí la lengua. No era una línea para ese tipo de chica. De hecho, no creía tener en mi arsenal ninguna línea para ese tipo de chica. Alguien como ella no le daría ni la hora a alguien como yo. A menos, claro, que buscara redimirlo (y yo no tenía la menor intención de ser redimido, por lo que la rutina de la Madre Teresa me aburría sobremanera), o fuera de esas niñas bien que ansían una caminata breve e intensa por el lado salvaje.

Me negaba a imaginarla en cualquiera de los dos papeles.

—Neruda —dije, tragando grueso ante la idea—. Necesito que sea algo especial.

—Creo que puedo ayudarle.

«Y yo puedo destruirte en el intento», pensé, aunque me limité a asentir.

Ella desapareció entre decenas de anaqueles y subió por una pequeña escalera de caracol.

Mientras aguardaba, me recosté en el mostrador a fin de espiar un poco el libro que había estado leyendo. Aunque esperé ver algo de Faulkner, Nietzsche o cualquier otra cosa intensa que ameritara la frenética toma de

notas en el cuaderno vecino, lo que encontré fueron símbolos químicos y diagramas.

Las intelectuales podían ser lindas, pero las *nerds* ¡ni de coña! Esa mujer era una raza única y estaba doce millones de escalones evolutivos más arriba de la gente que normalmente me rodeaba.

—Tengo algo perfecto —dijo una voz a mis espaldas, y me volteé apresuradamente.

La chica estaba allí con un enorme volumen encuadernado en cuero entre sus brazos y una mirada de completa desaprobación en sus ojos. ¡Me había atrapado husmeando!

—¿De veras entiendes algo de esto? —pregunté señalando los libros, tratando de hacer menos evidente que me había encontrado en medio de una falta.

—No realmente —se encogió de hombros—. Soy rubia, así que me gusta cargar libracos pesados de Química Orgánica a donde quiera que voy y trabajar en ellos para que la gente crea que soy inteligente.

Sonrió de lado y levantó una ceja y no pude menos que estallar en una carcajada. ¡Además de todo tenía sentido del humor! Un poco cáustico, pero le iba bien.

Sin dejar de exhibir esa sonrisita de suficiencia, puso el libro que traía en los brazos sobre el mostrador y lo abrió para que lo viera por dentro.

—*Veinte poemas de amor y una canción desesperada* —me explicó como si me estuviera dando una lección—. Es un clásico de Neruda y esta es una edición rara, de lujo. Puede ver que tiene a un lado los poemas en su idioma original y en la otra página la versión traducida.

Juro que me incliné hacia ella con el único e inocente propósito de ver más de cerca el libro. ¡Lo juro! Pero, como si una fuerza superior intentara castigarme por tratar de mostrar un poco de civilidad, inmediatamente fui invadido por su olor: jabón y piel. Nada de esencia de vainilla o flores, o cualquiera de esas otras mierdas que estaban de moda. Tampoco perfumes caros. Única y exclusivamente un aroma que, de ahora en adelante, quedaría identificado en mi cerebro con la etiqueta de *Mujer bonita*.

—Me lo llevo —dije, sin prestarle mayor atención al libro.

Realmente, lo único que quería llevarme era a la chica. Pero, como sabía que eso sobrepasaría los límites de mis habilidades, me limité a sacar mi tarjeta de crédito y entregársela.

—Me gusta mucho Neruda —siguió ella animada mientras tomaba el pedazo de plástico para hacer el cobro—. Estoy segura de que a su tía va a

gustarle y, ¿por qué no?, tal vez pueda leerlo un poco usted también.

Normalmente no reconocería ni ante un pelotón de fusilamiento que me sabía de memoria unos cuantos poemas. Mi versión pública solo admitía como poeta certificado a Jim Morrison o a Bob Dylan. No obstante, sentía una necesidad casi patológica de impresionarla, de trepar unos cuantos escalones para acercarme a ella y que finalmente me viera. Así que ¡qué demonios! No había nadie aquí que pudiese delatarme.

—«Soy el desesperado, / la palabra sin ecos, / el que lo perdió todo / y el que todo lo tuvo».

Aparentemente la cosa dio resultado, pues me miró sorprendida, su pequeña boquita haciendo una o que casi se podía escuchar, y hasta un ligero rubor comenzó a colarse por sus mejillas. ¿Es que acaso quedaban en el mundo mujeres que aún se sonrojaban?

Hice una nota mental para aprender más poesía, pues el rosado en su piel le quedaba tan bien que debía esforzarme para ruborizarla la mayor cantidad de veces posibles. Aunque, claro, también había otras formas...

—Estamos listos —afortunadamente su voz me sacó de una ruta de pensamiento que no me iba a llevar a ningún lado. Echó un vistazo a la tarjeta de crédito antes de devolvérmela—, señor McIntire.

—Cash —la corregí apresuradamente.

Ni a Colton McIntire, el donador de esperma involuntario que hizo posible mi existencia, también llamado por mi encantadora madre como «desgraciado», «imbécil» o «putaño», según el día de la semana, le gustaba eso de «señor McIntire».

—¿Y tú eres...?

—Georgia.

Lo dijo mirándome a los ojos, como desafiándome. No tenía idea de por qué. Su nombre era perfecto: serio, fuerte y, a la vez, torcía las leyes del género para declararse absolutamente femenino.

—Me gusta Georgia, mucho —y no me refería nada más que al nombre.

—Mi papá se llama George —hizo un gesto con la mano como restándole importancia a mis palabras—. Mi gemela Gabrielle se quedó con el nombre de niña.

—¿Quieres saber un secreto? —deliberadamente me incliné sobre el mostrador y bajé mi voz una octava—. Mi mamá me puso Cash en honor a Johnny Cash simplemente porque a ella le encantaba y mi papá lo odiaba.

—Menos mal que mi mamá no tomó esa ruta —me dijo, frunciendo los labios—, o me hubiera puesto Fedora, por Dostoievski.

—Hubieses sido una linda Fedora.

—¿Cómo lo sabes?

—«Una rosa aunque tuviera otro nombre...» —recité, tratando de hacer una buena imitación de un acento británico.

—Ese parlamento es de Julieta —me cortó.

Mi declamación shakesperiana se vio interrumpida por una mirada vacía.

Ya no había rubor, ni sonrisa, ni siquiera un atisbo de simpatía en esos ojos verdes. Obviamente había llevado las cosas demasiado lejos, o ella era particularmente sensible a escuchar citas erróneas del escritor británico.

Cualquiera que fuera la causa, de una cosa no quedaba duda: esta sería la última vez que la vería y la idea no me agradó en lo más mínimo.

—¿Conoces un bar llamado Improvisación? —me jugué mi último cartucho.

—No —me respondió, y fue una negativa rotunda que me hizo sentir como si de repente me hubiesen cerrado una puerta en la cara. Luego, por si me quedaba alguna duda, me entregó la bolsa con el libro, señal inequívoca de que habíamos terminado.

Tomé el libro, me di la vuelta y salí de la tienda.

¿A quién estaba engañando? Yo no salía con nadie, yo entraba, y esta era, definitivamente, el tipo de chica que no admitía ese tipo de comportamiento.

¡Bien por ella!

Capítulo 3

Georgia

Tras cerrar la tienda y tomar el metro de regreso, hice una parada estratégica en mi restaurante chino favorito, El Loto Azul, por algo de comida para llevar. Nada mejor que el exceso de carbohidratos fritos para sentirse mejor con uno mismo.

Durante todo el trayecto, como de costumbre, repasé mentalmente la lista de tareas pendientes para esa noche y la mañana del sábado, pero esas listas tenían como marca de agua el rostro de Cash.

Cash. Hasta el nombre le iba bien. Un sujeto así no podía llamarse Ernest o William, tenía que tener un nombre corto que sonara intenso. Aunque, con ese aspecto y esa sonrisa, y si además recitaba de memoria versos de Neruda y Shakespeare, podría llamarse Cuasimodo e igualmente ser *sexy*.

Mientras estuvo en la librería hice un esfuerzo sobrenatural por no quedarme mirándolo como carnero degollado y, antes de que se convirtiera en acción, sometí por la fuerza esa curiosidad por saber qué se sentiría al pasar la mano por sus cabellos o incluso por los cuatro alfileres de su ceja.

No dejé de repetirme, casi como un mantra, que ese no era el tipo de hombre que me atraía. Por el contrario, era el tipo de hombre con el que Gabrielle salía, y la experiencia vicaria me había enseñado que solo generaban problemas.

No obstante, a pesar de la letanía mental, durante todo el rato lamenté no haber pulido en el pasado mis habilidades sociales para encuentros fortuitos con hombres de pelo largo, *piercings* y anillos de plata.

¡Sí! ¡Tenía anillos de plata en casi todos los dedos! Y eran unos dedos largos que salían de unas manos enormes...

«¡Basta, Georgia!», me regañé mentalmente.

Ningún anillo de plata, cara de ángel o cabello hasta los hombros era excusa para esa bruma mental y estado de estupidez consumada.

Yo iba a Columbia y allí había chicos lindos, iba de vacaciones a los Hamptons en el verano y allí también había chicos lindos, y ni hablar de los que veía en el club de golf de papá. Pero, aunque me consideraba toda una adalid de la belleza masculina y, como tal, no estaba ciega, ninguno de esos sujetos me había convertido en una ruborizada niñita que sonreía emocionada por un libro de poesía.

Por lo general los veía, los apreciaba en toda su magnitud y luego los olvidaba y recibía el mismo tratamiento por parte de ellos. ¡Muchas gracias!

Nunca me molestó la indiferencia. ¿Por qué habría de hacerlo? Me gustaba que me dejaran en paz. Las relaciones románticas no entraban en mi ajustada agenda. Si algún desafortunado traspasaba la barrera, sin pelos en la lengua le dejaba bien claro que no estaba interesada.

Pero no con Cash. ¡Hasta había flirteado con él! Solo me faltó batir las pestañas.

Menos mal que mi Pepe Grillo contador vino a mi rescate, dejándome bien claro que estaba coloreando el dibujo de mi vida fuera de las orillas, e incluso me mostró el rostro ceñudo de mi padre y la mirada preocupada de mi madre si en algún momento aparecía con semejante compañía en algún evento familiar donde la hija perfecta era exhibida con bombo y platillo.

Tuve que echar el resto para dejar de imaginarme a Cash recitando Romeo y Julieta bajo un balcón en Verona y entregarle el libro, justo cuando me di cuenta de que estaba a punto de invitarme a salir.

La idea aún me producía esa comezón inquieta, típica de una curiosidad sin satisfacer.

En cuanto traspasé la puerta del apartamento, cargada con bolsas de delicias chinas para el mundo occidental, fui sorprendida por un insistente olor a pelo quemado que salía del baño y una música ruidosa cantada en alemán que brotaba del portátil de Holly.

No tuve tiempo de alarmarme. El misterio quedó rápidamente descifrado cuando, con su cabello castaño perfectamente planchado y vistiendo nada más que un bikini negro de encaje y una camiseta de algodón, mi compañera apareció en la sala justo cuando dejaba los recipientes llenos de pollo con ajonjolí y *chop suey* en la mesa baja del salón para ir a investigar.

—¿Vas a salir? —le pregunté antes de dejarme caer en el sofá, relajada ahora que sabía que la casa no se incendiaba.

La pregunta era meramente retórica, un intento educado de hacer conversación. No necesitaba la música ni el olor que dejaba el uso desmedido de la plancha para el cabello para saberlo. Simplemente era viernes y para

Holly era un pecado capital quedarse en casa. Además, como cada último día laborable de la semana, habíamos discutido el asunto a mediodía.

Destapé uno de los recipientes de cartón y abrí el empaque de los palillos chinos.

—Sí, voy con unos amigos a ver esta banda, Ares, que está súper de moda. —Holly se sentó en el sofá a mi lado y comenzó aplicarse una pintura de uñas color rojo sangre—. Van a tocar en un bar en Greenwich, se llama Improvisación o algo así. ¿Me prestas tus botas?

Casi me atraganté con el pollo.

—¿Cómo dijiste?

—Tus botas negras de cuero, esas que tu mamá te compró en Milán, las que tienen los tacones de metal.

—No, no las botas —con un gran esfuerzo hice bajar por mi garganta el pedazo de comida—. El bar, ¿cómo se llama?

—Improvisación. Pegajoso, ¿verdad?

No lo pensé. Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera detenerlas.

—¿Puedo ir contigo?

Con un grito de alegría, Holly se puso de pie y comenzó a dar saltitos al tiempo que agitaba las manos, aunque no sabía si era de la emoción o porque quería que se secara más rápido el esmalte.

—Te voy a poner preciosa —dijo cuando pasó el arrebato.

En ese momento una especie de temblor nervioso me recorrió el cuerpo y no tenía nada que ver con las elecciones de vestuario que Holly pudiese hacer en mi nombre con el objetivo de ponerme preciosa. No era miedo ni preocupación. Era algo desconocido, como si me hubiesen puesto una inyección de adrenalina directo en el corazón.

Imaginé que esa era la forma de sentirse cuando hacías algo que se suponía no deberías hacer. No tenía forma de saberlo. Eso estaba fuera de mi área de experticia.

Dos horas después llegamos a Improvisación. Holly iba con una falda negra que casi no ocultaba su trasero, un top rojo que dejaba poco a la imaginación y las botas Armani. Yo, después de unas cuantas discusiones sobre las diferencias entre «preciosa» y «prácticamente desnuda», descubrí en el fondo de mi armario unos vaqueros negros ajustados que ni siquiera recordaba que tenía y una camisa del mismo color de un solo hombro que compré, creo, para un disfraz de Noche de Brujas. Completando el atuendo,

unas sandalias con un tacón afilado de unos ocho centímetros que se amarraban en los tobillos con unas cadenitas de plata.

Por decisión de Holly llevaba el cabello suelto, tenía como doscientas capas de rímel, delineador negro y pintura de labios roja. De más está decir que los lentes se quedaron en su estuche. Los usaba solo para leer y, aparentemente, esa noche no versaba sobre literatura.

Echando un vistazo a mi alrededor, me pregunté por millonésima vez qué estaba haciendo allí, rodeada de gente que se parecía mucho al grupo con el que mi hermana se escapaba antes de abandonarnos definitivamente y que me miraba con la misma expresión que, de seguro, tenía el lobo antes de intentar comerse a Caperucita.

«El bar se llama Improvisación, lo cual es perfecto porque, por primera vez en tu vida, estás improvisando. Es un experimento», me dije, tratando de darme ánimos al apelar a mi curiosidad científica, aunque eso de actuar sin previsión me hacía sentir como si caminara por un puente colgante perdido en las profundidades de la selva vietnamita o como si cruzara la calle sin estar segura de que el semáforo estaba en verde.

Una vez que, gracias a los buenos oficios de Holly, traspasamos los linderos de la cuerda de terciopelo custodiada por un hombre de dos metros que, de seguro, pertenecía a la Asociación Mundial de Lucha Libre y usaba una máscara de cuero y una capa en el momento de subirse al cuadrilátero, un pequeño ataque de claustrofobia amenazó con hacer una dramática entrada en mi psique.

El lugar estaba a rebosar. Era casi imposible moverse sin ser apretujada tanto por la masa de gente como por el volumen de la música, que parecía aplastarme a fuerza de decibeles. Eso sin mencionar el humo del cigarrillo, que hacía que me picaran los ojos y me producía una necesidad casi compulsiva de estornudar.

Cuando estaba por darme la vuelta y salir en búsqueda del preciado aire del exterior, lanzando gritos sobre lo perjudicial que era la nicotina para la salud, Holly me tomó del brazo y me arrastró aún más hacia el interior, donde los amigos que la esperaban estaban ya acomodados en un sofá colocado estratégicamente cerca de una pequeña tarima. Se trataba de un chico muy desgarbado con unos lentes de pasta, que se llamaba Martin, y una chica morena con aspecto *casual chic* con un nombre que bien podía ser Nelly, Mely o tal vez Ely. Entre tanto ruido no podía estar segura.

Una canción sonaba a través de los altavoces. Su letra hablaba del miedo a la oscuridad y, con los primeros acordes, las personas a nuestro alrededor

parecieron entrar en una especie de frenesí zombi, agitando sus cabezas compulsivamente y levantando los puños.

—¿Les busco algo de beber? —preguntó Martin, pasando completamente del motín que tenía lugar a su alrededor.

—¡Tequila! —gritaron Holly y la otra chica al unísono.

—Una cerveza para mí, por favor.

No quería ser una aguafiestas, pero nunca había tomado tequila (a menos, claro, que contaran unos margaritas en un *resort* en Barbados en unas vacaciones familiares). Pero, por puro empirismo, sabía que tomar un trago seco de la popular bebida mexicana sería más fuerte de lo que podía soportar.

La imagen de mi encantadora personita vomitando en un callejón sucio y maloliente me parecía mucho menos atrayente que lo que pudieran pensar los amigos de Holly.

Martin desapareció entre la multitud mientras Holly y la supuesta Ely emprendían una charla. Estaba más allá de mi capacidad de comprensión cómo podían escuchar lo que estaban diciéndose, a menos que fueran expertas en leer los labios.

Sin ganas de ejercitar mi oxidado lenguaje de señas, me arrellané en el sofá y me dediqué a estudiar los alrededores.

El lugar no estaba tan mal. Era oscuro, sin ventanas, como una especie de depósito abandonado, con techos altos y suelo de madera. Había unos cuantos sofás y sillones, además de sillas de plástico, que no hacían juego, esparcidos sin orden aparente; algunos tenían mesas al frente, otros no. La gente era peculiar, la música estaba demasiado alta y sus letras eran algo violentas e incomprensibles —en ese momento, por ejemplo, alguien cantaba sobre una autopista al infierno—, pero la mezcla de los ingredientes funcionaba, como el pollo en salsa agridulce o la *pizza* hawaiana.

Después de solo unos cuantos minutos, tenía la extraña necesidad de relajarme, de brincar sobre una mesa, de saberme las palabras de las canciones para poder cantar también a todo pulmón, de dejar salir algo de una frustración que ni siquiera sabía que había estado acumulando.

«Tal vez ponen algo en el sistema de ventilación», pensé, sorprendida de mi propia reacción. «Yo no estoy frustrada, yo no estoy molesta. Yo siempre estoy bien».

Martin regresó con mi cerveza, y no había terminado de darle el primer trago cuando las luces se apagaron y todo quedó en silencio.

—Ya vienen —susurró Holly a mi oído para ponerle la guinda a lo que parecía ser una escena de una película de terror—. Ares.

Luego se encendió una sola luz sobre el escenario y el sonido en directo de una guitarra terminó de desprezarse a esa especie de ente extraño que había estado latente en mi interior y que ahora arañaba desde dentro, en un intento por liberarse y atender la llamada.

A la guitarra se le unió un bajo, una batería y, finalmente, una voz que parecía acariciarme con guantes de plumas mezcladas con alambre.

Dejé de resistir los mandatos de mi cuerpo y me subí, con todo y tacones, encima del sofá para ver mejor el espectáculo.

Pensé que el corazón se me iba a salir de la cavidad torácica y seguiría rebotando por el suelo sucio.

Era él, era Cash.

Sin embargo, aunque era la misma cara, el mismo pelo y el mismo cuerpo, no era la misma persona. Vestía solo unos pantalones de cuero trenzados a los lados, su torso estaba completamente desnudo y el cabello le caía suelto, oscureciendo casi completamente ese rostro de ángel. Agarraba el micrófono con ambas manos, los ojos cerrados con determinación, y cantaba con una voz que parecía salir directamente de su pecho.

Pero no era la ropa, o la falta de ella, lo que lo hacía lucir diferente. Era un aura de peligro y poder que parecía salir de él en oleadas, como ver a un dios enorme y dominante que te hacía sentir insignificante en su presencia sin siquiera mover un dedo, solo con estar allí.

Él era Ares, el dios de la guerra.

—Puedes cerrar la boca antes de que tu mandíbula toque el suelo —me dijo Holly, subiéndose también al sofá—. Te dije que eran buenos.

Decir «buenos» era quedarse corto por miles de kilómetros.

Cash se movía sobre el escenario, manteniendo a todos envueltos en una nube de feromonas, a la que respondían automáticamente tanto hombres como mujeres. Poseía a la audiencia en un intercambio carnal imaginario, aderezado por una música y unas letras para el cual no había otro calificativo que «potente».

Pasó una hora antes de que la actuación llegara a su fin, aunque me parecieron solo minutos.

Cash dejó escapar de su garganta una última nota y se quedó de pie en medio del escenario con las piernas juntas y los brazos a los lados como un crucifijo: un ángel de la muerte.

La multitud gritaba pidiendo más, estoy segura, pero para mí no era más que un murmullo lejano, un ruido de fondo. Lo único que mi mente registraba con vívida intensidad era la piel de Cash, que brillaba gracias al sudor, las

puntas de su cabello curvándose, mojadas, y una marca en su brazo derecho, un tatuaje.

Debido al tipo de música que tocaba y al ambiente en el que se movía, hubiese esperado muchos tatuajes. Pero su piel estaba prácticamente sin marcas, salvo esas letras cursivas que, seguramente, formaban una palabra que no alcanzaba a distinguir sin mis lentes, y que se extendía desde su muñeca por toda la parte interna de su brazo hasta llegar a su hombro.

También tenía unas argollas colgando de ambos pezones, y eso me perturbaba, por falta de una mejor palabra, aún más que los alfileres en la ceja.

Luego la luz sobre el escenario se apagó y la música grabada volvió a sonar a través del sistema de sonido.

La actuación había terminado pero había dejado tras sí una especie de corriente eléctrica que aún permanecía encerrada en el lugar, rebotando en las paredes sin encontrar salida.

Otra cerveza apareció en mi regazo y más o menos me hice partícipe de las conversaciones de Holly y sus amigos. Aprendí que Ares tenía un poco más de dos años, que era una banda importante en el escenario independiente de Nueva York, que arrastraban bastantes fanáticos, que Cash escribía la mayoría de las canciones. Todos esos hechos se grabaron en mi memoria como una lección aprendida, pero la otra parte de mi cerebro, esa que no estaba en lo más mínimo interesada en tener las respuestas adecuadas si algún día tenía que responder un examen de selección simple sobre Ares, no podía serenarse.

Estaba de vuelta donde había empezado, solo que aún más frenética. Registraba con la mirada todas las esquinas del lugar cada cinco minutos.

Por ello supe exactamente el momento en que Cash regresó al bar, media hora después de que el *show* concluyó.

Lo vi caminar entre la gente, ahora con una camiseta puesta pero con los mismos pantalones de cuero, solo que las trenzas de los lados se habían aflojado un poco y dejaban ver la piel que había debajo, como una insinuación.

Habló con algunas de las personas que se cruzaron en su camino, recibió felicitaciones y no hizo nada por apartar de su lado a las mujeres que se le colgaban del cuello y le estampaban distintas clases de besos.

Finalmente la corte de admiradores pareció disiparse y Cash siguió su camino con paso seguro. Parecía que se dirigía a un sitio en particular y no quería pensar en la posibilidad que su destino fuera la puerta de salida.

—Ya vengo —dije en voz alta, y salí del sofá antes de asegurarme de si la notificación había sido escuchada.

Sabía que lo estaba persiguiendo. No me sentía cómoda con esa decisión, pero no podía evitarlo. Esa extraña excitación que había sentido al verlo sobre el escenario, al escuchar su música, se había atrincherado en mi cuerpo y se negaba a irse al lugar de dónde había salido.

«Ve, salúdalo y sácalo de tu sistema. De lo contrario no vas a dormir esta noche», me dije mentalmente mientras hacía mi mejor esfuerzo, entre un montón de gente que mágicamente parecía ponerse en mi camino, por no perder de vista la espalda que perseguía.

Cash se detuvo frente a lo que parecía ser una barra.

Por un momento pensé en tocarle el hombro para llamar su atención, pero desistí de la idea, pensando que aquello sería demasiado evidente, además de infantil. Con ese acercamiento lo único que me faltaría sería soltar una línea como «estuviste maravilloso» y luego pedirle que se tomara una foto conmigo para compartirla en Twitter. Toda una *belieber*.

Quería forzar un encuentro pero no iba a ser tan obvia al respecto.

Me escurrí entre la gente hasta que me hice con un lugar frente a la barra justo a su lado. Nuestros brazos prácticamente se rozaban.

Vi como la cantinera, una rubia con muchas curvas, le pasaba a Cash una botella de Jack Daniel's.

Era el momento. Ahora o nunca.

—Una Heineken, por favor —dije casi gritando, aprovechando la cercanía de la rubia.

Capítulo 4

Cash

Siempre al terminar un *show* podía sentir las endorfinas recorriendo mi cuerpo y llenándolo de una energía que no desaparecía hasta unas cuantas horas después. Era el mejor estimulante que había probado, y eso que, en mi lista, casi todos estaban tachados.

Por ello sabía bien que, si quería irme a la cama y tener una noche de sueño, debía beber para amodorrarme. También servía una sesión de sexo intenso que me hiciera gastar el exceso de energía. Si eran las dos cosas, pues mucho mejor.

Llegué a la barra y no me hizo falta decir nada. Lara sabía qué darme. Tampoco escaneé la multitud buscando una admiradora pasada de tragos. Ellas venían solas.

Para seleccionar a la afortunada rara vez tomaba en cuenta el físico. Era más bien una cuestión de que supiera llegar en el momento en que estaba listo para desaparecer en un rincón oscuro —si me provocaba la privacidad— y tomarme veinte minutos para descargarme justo antes de que la noche terminara.

Claro que algunas veces necesitaba algo más. Contrario a lo que me pasaba con otros vicios, era una comezón que no podía pasar por alto ocupándome de otras cosas. En esas ocasiones tenía que ser más cuidadoso con la o las personas que elegía. Debían tener claro que valía todo. Nada arruinaba más el ánimo que un «por ahí no» o un «no tan fuerte». De hecho, cualquier oración con la palabra «no» lo estropeaba.

De solo pensar en ello llegué a la conclusión de que podía ser una de esas noches...

—Una Heineken, por favor.

Esa voz.

Aunque estaba seguro de que el sonido tenía que ser obra de mi imaginación, tuve la necesidad de girarme para cerciorarme y poder respirar tranquilo, como un niño asustado abriendo la puerta del armario en plena noche para asegurarse de que no había ningún monstruo escondido.

Solo que en esta oportunidad el miedo tenía justificativo. La chica de la librería, Georgia, estaba allí.

Estuve a punto de sonreír de pura alegría, pero mi vista estaba entrenada para otras cosas. Automáticamente se desvió de esa cara e hizo una evaluación rápida de sus pantalones demasiado ajustados, del pedacito de vientre que estaba descubierto, de su hombro desnudo, de los tacones y del maquillaje. Además, ¿dónde estaban los lentes?

Mi sonrisa se paralizó antes de concretarse.

—Georgia —dije casi arrastrando las palabras. Ya no estaba asustado sino decepcionado—. ¿Qué haces aquí?

Con esa ropa y todo ese maquillaje la respuesta era obvia. Yo apenas había insinuado el lugar y ella había venido corriendo, como todas las demás.

—Mi compañera iba de salida cuando llegué a casa, mencionó el nombre del bar y me dio curiosidad.

—¿Sabes que la curiosidad mató al gato? —le dije molesto. Ella era inteligente, ¡hasta estudiaba símbolos químicos! No tenía nada que hacer en un sitio como este, sola y persiguiendo a alguien como yo—. Y estoy seguro de que el refrán se refería a un lindo y fino gatito persa que quiso saber qué había en el callejón oscuro que estaba detrás de su casa.

—¿Estás comparándome con un gato? —preguntó, y tuvo la decencia de lucir confundida—. Además, ese refrán es horrible, una oda a la ignorancia. La curiosidad es buena, nos hace querer aprender cosas nuevas.

«A confesión de partes...», pensé y estuve a punto de voltearme y salir de allí. Quería alejarme y preservar la imagen mental que sobre ella me había formado, pero una parte de mí tenía una mejor idea.

Me incliné hacia ella lo suficiente como para que sintiera mi aliento rozarle la mejilla.

—¿Eres curiosa, Georgia? —le susurré al oído. Podía sentir su hombro desnudo justo debajo de mi boca y tuve que contenerme para no rozarlo con mis labios. Tenía que construir cierta anticipación. Era parte del juego—. Me gusta enseñarle cosas a las niñas curiosas.

—¿Has estado fumando? Hueles horrible.

Sentí que me habían echado encima un balde de hielo y me incorporé abruptamente.

—Tu cerveza, linda.

La voz de Lara actuó como una campana de salvación, porque necesitaba unos segundos para reponerme de ese golpe.

Georgia hurgó en sus bolsillos, sacó un billete y alargó la mano para alcanzárselo a Lara sin dedicarme ni una miradita.

Tal vez solo estaba haciéndose la difícil. No era una artimaña en la que me gustara caer, pero era Georgia, así que valía la pena averiguar.

La tomé de la muñeca, deteniendo el avance de su brazo.

—Ponla en mi cuenta, Lara —dije, sin despegar la mirada de sus ojos, pero ladeando la cabeza para estudiarla—. Ella es mi invitada.

La reacción no fue ninguna de las que pude haber esperado: lanzó una mirada asesina al punto donde aún la tenía agarrada y luego otra peor en mi dirección.

—¿Puedo recuperar mi mano? —me preguntó con un tono que podría detener el derretimiento de los glaciales.

—Esa es una petición que no escucho a menudo —le respondí, tratando de disimular mi intriga con petulancia.

Esto no estaba saliendo como se suponía.

—Suél-ta-me.

Como que la cosa iba en serio.

Lentamente fui despegando cada uno de los dedos de su muñeca como si se tratara del traste de mi guitarra.

—Ahí la tienes —le dije cuando mi dedo meñique dejó de estar en contacto con el interior de su muñeca—, pero déjame decirte que algunas de las cosas más placenteras de la vida ocurren cuando alguien está sosteniendo tus muñecas. Puedo hacerte una demostración si quieres.

No lo vi venir. Solo sentí el golpe picante en mi mejilla, acompañado del característico sonido de una bofetada.

—Eres un imbécil —dijo echando chispas por los ojos—. Dime una cosa, ¿esa actitud de divo petulante, misterioso y engreído te da resultado? ¿Las mujeres dejan caer su ropa a tu paso? Porque, si es así, no sé de qué tipo de mujeres te rodeas.

«De unas que no son tú», pensé, pero no tuve tiempo de decírselo. Sin más me dio la espalda, dando la mejor demostración que había visto de lo que normalmente se llamaba una airosa retirada. Ni siquiera volteó, y su cerveza quedó solitaria en la barra.

La carcajada me tomó por asalto antes de que tuviese la voluntad de convocarla.

Mi pequeña hada no era solo una intelectual, era una princesa guerrera y, como tal, acababa de darme una patada en el trasero desafiando todos mis años de profundo estudio de la naturaleza femenina.

De más estaba decir que necesitaba volver a verla lo más pronto posible.

Capítulo 5

Georgia

¡Cash era un imbécil!

¿Por qué no había aprovechado todos los años de experiencia que había acumulado viendo a Gabrielle y a los tipos con los que andaba? Noooo... Tenía que salir a experimentar las cosas por mi cuenta, como si no hubiese suficiente data documentada en el transcurso de la humanidad.

Y tal como lo indicaban todas las novelas de romance y las revistas *Cosmopolitan* —que eran la única data escrita que podía recordar— mientras peor el sujeto, más difícil era sacarlo de tu mente, aun cuando lo único que pensaras sobre él fuera que es un imbécil.

«Las cosas más placenteras de la vida ocurren cuando alguien está sosteniendo tus muñecas». Eso definitivamente no era pentatónica yámbica. Ni hablar del «me gusta enseñarle cosas a las niñas curiosas».

Arcadas. Sí. Definitivamente, arcadas.

El tipo obviamente no había aprendido nada de toda esa poesía que había leído, si es que de verdad la había leído.

Mientras me alejaba de la barra y buscaba a Holly, repetía en mi mente «imbécil»; en el taxi de regreso, «imbécil, imbécil»; y, acostada en mi cama mirando al techo y tratando de conciliar el sueño, «triple imbécil».

¿Lo peor? Cuando abrí los ojos la mañana siguiente lo primero que me vino a la mente fue: «Cash es un imbécil».

Claro, no solo pensaba en la imbecilidad acumulada, también revivía una y otra vez el momento en el que su mano aprisionó mi muñeca.

Lo áspero de sus dedos en contacto con mi piel me había provocado una respuesta mucho más fuerte que ponerme un vestido de seda italiana. Era como si todas mis terminaciones nerviosas hubiesen decidido echarse una siestecita dejando de guardia únicamente a esa pequeña parte que comenzaba donde la mano dejaba de ser mano y terminaba justo antes del antebrazo,

generándose allí, en unos pocos segundos, todas las sensaciones de las que mi cuerpo era capaz.

Ese fue el momento en que mi mente comenzó a gritar «peligro, peligro» y tuve la decencia de escucharla. ¡Benditos fueran mis instintos! Claro que, ahora que lo analizaba detenidamente, eso de abofetearlo había estado un poco fuera de lugar. En el fondo estaba molesta conmigo misma por haber esperado algo más de alguien como él, tal vez un poco de conversación amena y un ligero flirteo, y la frustración me puso violenta.

No me gustaba equivocarme ni tomar decisiones erradas.

Viendo que el reloj de mi mesa de noche marcaba ya las ocho de la mañana pasadas, decidí que era momento de comenzar el sábado. Nada mejor que un libro de anatomía para olvidarme de Cash... Bueno, después de ver su pecho desnudo, tal vez no tanto.

Tras un breve paso por el baño para lavarme los dientes y la cara —pues, sin importar que casi hubiese gastado un frasco de crema la noche anterior, ese rímel de Holly parecía a prueba de cataclismos nucleares y aún seguía soltando tintura negra—, volví a ser yo misma.

Tomé mis libros, mis cuadernos, una buena cantidad de bolígrafos y marcadores de distintos colores y los esparcí, según el orden de prioridad, en la mesa de la cocina. Era momento de hacer el café para luego perderme en ese mar de conocimientos sobre la salud humana que me esperaba.

Solo que antes tenía que atender la extraña llamada en la puerta que arruinaba mi rutina matutina del primer día del fin de semana.

Dispuesta a mandar a paseo a cualquier vendedor de aspiradoras o integrante de culto que me prometiera la salvación inmediata de mi alma inmortal, abrí violentamente con mi mejor cara de «no tengo tiempo».

Tuve que pestañear un par de veces para asegurarme de que los restos del rímel no se habían metido en mis ojos, ocasionándome algún tipo de envenenamiento cuyo primer síntoma eran visiones absurdas.

Cash estaba allí.

Era él, con todo y anillos en las manos y alfileres en las cejas que, por cierto, eran mucho más evidentes debido a que su cabello estaba recogido en una coleta.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Te gustan los panqueques?

¿Qué clase de pregunta era esa? ¿Panqueques? ¿En serio?

—¿Qué estás haciendo en mi casa? —insistí, y recordé que había otro asunto más urgente aunque inherente a su presencia en mi puerta—. ¿Cómo

sabes dónde vivo?

—¿Puedo pasar?

—¡No! —cerré la puerta hasta que solo quedó una rendija por donde fulminarlo con mi cara de pocos amigos—. Estoy a punto de llamar a la policía, así que tienes treinta segundos para explicarme cómo sabes dónde vivo y qué haces aquí.

—Siento lo de anoche, muchísimo, fui un idiota. De hecho, soy un imbécil la mayor parte del tiempo...

—En eso estamos de acuerdo —lo interrumpí.

—Y esa faceta de mi personalidad —continuó con una sonrisa avergonzada—, se potencia cuando tengo frente a mí a una mujer hermosa e inteligente que normalmente estaría fuera de mi alcance. ¿Me perdonas?

Sentí que mi furia, la muy traidora, comenzaba a evaporarse y no tenía que ver con las palabras, aunque eso de «hermosa e inteligente» ayudaba, sino con que Cash se había transformado. Del imbécil petulante había pasado a ser nuevamente el hombre de la librería, ese que recitaba poesía, le compraba un regalo caro a su tía y me contaba historias sobre su nombre para que no me sintiera mal con el mío.

Era un hecho comprobado que la luz solar afectaba el comportamiento de los seres humanos, pero esto era demasiado.

No obstante, evidencia científica o no, estaba consciente de que necesitaba que la rabia, o al menos un poquito de indignación, se quedara un rato más, pues estaba a un brinquito de dejar entrar a un extraño, el perfecto prototipo de un muchacho malo, además, a mi casa, cuando aún estaba en pijama.

Eso no era algo que las chicas buenas hicieran. No era algo que la gente normal hiciera.

Los asesinos en serie eran una realidad y siempre parecían sujetos encantadores e inofensivos.

—¿Cómo supiste dónde vivía? —pregunté, recordando todos los capítulos de *Criminal Minds* que había visto.

—Después de que te fueras, supe que necesitaba disculparme, así que te seguí.

—¿Me seguiste hasta mi casa?

—¡Por Dios, no! —exclamó alarmado—. Te seguí dentro del bar para disculparme allí mismo, ponerme de rodillas si era necesario. Vi que hablabas con unas personas antes de irte. Me acerqué y esa chica, Mely o Ely, me dijo dónde vivías.

—¿Te lo dijo así porque sí?

—Yo solo quería tu número de teléfono, pero ella quería conocer a mi bajista y la información fluyó —encogió un hombro avergonzado—. No hago más que meter la pata contigo, ¿verdad? Debí haberte llamado antes. Solo quería darte una ofrenda de paz en forma de panqueques.

—¿Me trajiste panqueques? —pregunté mirando la bolsa de papel que Cash balanceó antes mis ojos.

—Voy a hacerlos —sonrió, y era de esas sonrisas sinceras y un poco esperanzadas que hacen arruguitas alrededor de los ojos, como la de los niños—. Quiero prepararte el desayuno.

Cerré los ojos y respiré profundo unas cuantas veces tratando de poner en orden mis pensamientos. ¿Todavía me agradaba? No estaba segura. ¿Era un imbécil? Sin duda, podía actuar como uno. ¿Cuán encantador era su ofrecimiento de hacerme el desayuno? Normalmente merecería un diez, pero debía restarle algunos puntos por eso de andar por allí averiguando mi dirección.

Después de unos cuantos segundos de debate, aún no estaba segura sobre cuál era la forma correcta de sentirme con respecto a él. Muchos años de instintos profundamente arraigados y una noche desastrosa no se superaban tan pronto, así que decidí ser sincera.

—Me confundes. Eres como el doctor Jekyll y el señor Hyde, pero en versión *rock*.

—Y eso que dejé de tomar la poción hace unos cuantos años —por un momento su boca se transformó en una línea amarga, pero luego volvió a sonreír—. ¿Me vas a dejar cocinar el mejor desayuno que hayas probado? ¿Por favor?

—¿Tu maléfico *alter ego* va a volver a surgir?

—Trataré de mantenerlo a raya, pero no prometo nada, siente curiosidad por ti —tuvo la desfachatez de encogerse de hombros nuevamente—. Si reaparece puedes darme un puñetazo o patearme muy duro en la espinilla. Sé de primera mano que puedes hacerlo.

Sabiendo que era una mala idea (no lo del puñetazo sino lo de dejarlo entrar), abrí la puerta y le hice un gesto con la cabeza.

—La cocina está allí a la izquierda —dije, señalando el lugar.

—¡Voy a necesitar una sartén! —gritó mientras caminaba—. ¿Tienes una batidora?

En tres pasos estuve en la cocina, buscándole los utensilios y poniendo a funcionar la máquina de café, que ya había dejado preparada antes de la

inesperada interrupción. También apilé los libros y los cuadernos sobre una silla. Estudiaría luego.

En algún momento me di cuenta de que todavía estaba en pijamas. Aunque mi primer impulso fue correr a mi habitación a ponerme algo de ropa, y por qué negarlo, también un poco de brillo labial, ya era suficiente con tener un extraño en mi cocina, por muy encantador que fuera, como para encima dejarlo solo.

—Entonces, Georgia —dijo, distrayendo la vista de los ingredientes que estaba mezclando para echarle una miradita a la pila de libros—, ¿qué haces con tu vida además de ayudar a tipos raros como yo a encontrar el libro perfecto?

—Estudio segundo año de Medicina en Columbia —era mi respuesta usual, esa que tantas veces había repetido en las más diversas situaciones sociales en las que normalmente mi familia me involucraba.

—Guau, ¿debo llamarte doctora?

—No, porque no soy doctora todavía —respondí carente de emoción, simplemente verbalizando un hecho cierto—. ¿Necesitas ayuda?

—No, soy un gran cocinero.

—Y modesto...

—Cuéntame más —siguió, pasando completamente de mi sarcasmo—. ¿Por qué decidiste ser doctora?

—Mis padres son doctores —eso era todo lo que iba a decir, simplemente porque era todo lo que había que decir sobre mi elección. Claro que, para evitar profundizar, tenía que desviar las preguntas. ¿Qué era lo que decían los artículos especializados? ¡Claro! Debía centrar la atención en él—. ¿Por qué decidiste ser músico?

—Mis padres son músicos —y me lanzó una sonrisa torcida—. Aunque, sinceramente, no es por eso, pero sí ayudó un poco.

Por toda respuesta levanté las cejas invitándolo a continuar. Mejor él que yo.

—En mi casa estudiar música es como hacer deportes en otras familias —explicó, sacando la primera panqueque y colocándola en un plato—, así que desde los ocho años recibí clases. Y me gustaba, mucho, pero a los quince me regalaron mi primera guitarra y cambió mi vida. Ya no solo me gustaba la música, había encontrado un medio para hacerla mía y expresarme, un propósito por así decirlo. Solo cuando acaricio las cuerdas y saco algún sonido siento que estoy vivo, que tengo un lugar en el mundo que me pertenece solo a mí.

—Eso es hermoso —dije antes de darme cuenta.

—¿En serio? —me miró como si le estuviese tomando el pelo.

—La mayoría de la gente tiene trabajos, profesiones que pagan las cuentas y alguna que otra afición —me expliqué recuperándome de mi momento sentimental—. No todo el mundo siente verdadera pasión por algo que además le permite ganarse la vida. Eres muy afortunado.

—No es gran cosa —dijo, incómodo—. Tú vas a ser doctora y eso es importante. Yo soy solo un músico que colecciona guitarras.

—Coleccionar cosas es otra forma de ser apasionado.

Aunque mi comentario no era más que una manifestación objetiva, sentí que estaba a punto de ruborizarme. Aparentemente, la combinación pijamas más hombre *sexy* más excesivo uso de la palabra «pasión» y sus derivadas ponía mi subconsciente a trabajar en imágenes que, invariablemente, tenían el cabello de Cash cayendo como cascada por mi cuerpo. Tiempo de cambiar el tema.

—¿Cuántas guitarras tienes?

—Doce —dijo con orgullo—, eléctricas, claro. También tengo dos acústicas y un piano.

—¿Además tocas el piano? —pregunté asombrada.

—Y el violín —levantó las cejas un par de veces—, y estoy hablando de piezas difíciles. Mozart, Bach, Vivaldi, toda esa mierda.

—¿Estás tratando de impresionarme?

—Desesperadamente.

—¿Por qué?

Y ese fue el momento en que Holly decidió salir de la cama.

—Georgia, recibí un extraño mensaje de Nelly sobre el cantante de Ares, Cash. ¿Te acuer...? —Holly se quedó petrificada en la puerta de la cocina mirando, con los ojos muy abiertos, alternativamente a Cash y a mí. Su estupor podría tener dos causas lógicas que no eran excluyentes: que Cash estuviese en nuestra cocina vertiendo mezcla de panqueques en una sartén o que ella solo tuviera puestas unas bragas negras y una camiseta de tirantes que únicamente la tapaba hasta el ombligo.

—Ya vengo.

Y, con toda la dignidad de la que era capa salió de la cocina.

Tenía que admirarla. De haberme pasado a mí, habría salido corriendo, probablemente gritando, y pidiéndole al cielo que abriera un hueco en el piso donde lanzarme voluntariamente para no volver a resurgir en unos cuantos años.

—Espero que vaya a ponerse pantalones —dijo Cash, retomando su labor culinaria y haciendo su máximo esfuerzo por contener la risa.

Holly regresó minutos después y no se había puesto pantalones, sino un vestidito muy corto, pero lo que le faltaba en tela le sobraba en maquillaje.

Cash fue amable con ella, incluso amistoso, pero no le recorrió las piernas con la mirada ni pasó más de dos segundos viendo su escote. Toda su concentración estuvo en preparar mi panqueque exactamente como me gustaba: con un poco de mantequilla y un chorro de miel, lo que me tenía risueña como una niña.

Claro que esa risa infantil me duró hasta que probé los panqueques, porque no había nada por lo que reírse: se trataba de un plato muy serio. Eran los mejores que había comido en mucho tiempo, esponjosos y tibios, lo que me ponía en un terreno más peligroso todavía porque ¿qué mujer en sus cabales se resiste a un hombre que puede alimentarla? Era un principio básico de supervivencia de la especie, más cuando esa habilidad era apreciada por alguien incapaz de encender una hornilla sin poner en riesgo a toda una comunidad.

—Cuando sea grande quiero ser exactamente como este panqueque —dije, para después lanzar un ruidoso «ummm» e ilustrar mi punto.

—¿Redonda? —preguntó Holly subiendo una ceja antes de voltearse hacia Cash y sonreír de forma maliciosa—. ¿Qué dices, Cash? ¿Te gustaría comerte a Georgia si ella fuese un panqueque bañado en miel?

Y me atraganté.

No hay nada más horrible que una persona atragantada. Uno se pone rojo, tose, llora y la única preocupación es poder respirar normalmente sin que tu tráquea quiera expulsar la intrusa partícula. Luego viene la vergüenza cuando te das cuenta de que el hombre que te preparó un desayuno maravilloso está arrodillado a tu lado dándote golpecitos en la espalda y esperando que tu arrebatado expectorante termine para darte una servilleta con la que limpiar tu cara.

—Creo que voy a lavar los platos —dije en cuanto pude respirar, tratando de minimizar toda la escena anterior, pregunta de Holly incluida.

—Te ayudo —presurosamente, Cash comenzó a recoger la mesa.

—Tú cocinaste, yo limpio...

—Y yo desaparezco —interrumpió Holly—. Tengo trabajo pendiente. Estaré en mi habitación, con la puerta cerrada y los audífonos puestos, así que no los escucharé, hagan el ruido que hagan, ya sea aquí o en el sofá...

Y con un guiño cómplice nos dejó solos.

«Sutil, Holly, muy sutil», pensé mientras intentaba idear formas para castigarla más adelante.

—¿Qué haces por lo general los sábados? —me preguntó Cash casualmente mientras, haciendo caso omiso de mis protestas, estaba enjuagando la vajilla y los utensilios antes de ponerlos en el lavaplatos.

—Me atraganto con el desayuno frente a músicos locales, ya que no tengo la oportunidad de hacerlo los miércoles.

Cash soltó una carcajada y el sonido reverberó en mi interior. Era de esas risas sinceras y espontáneas que se vuelven contagiosas y te llenan el cuerpo de un calorcillo placentero.

—Mi amigo Mason toca esta noche en Improvisación —dijo aún sonriendo.

—Lo lamento, solo me ahogo con comida para el deleite de la audiencia antes del mediodía.

Tomé un trapo húmedo para limpiar la mesa.

—Me preguntaba si te gustaría ir.

Por un momento dejé de limpiar, el trapo en el aire a tres centímetros de la mesa y comencé a repasar toda la conversación que nos había llevado hasta este punto y sus posibles implicaciones.

—¿Me estás invitando a salir? —pregunté, para clarificar la situación.

Cash cerró el lavaplatos, se secó las manos con una toalla de papel y sonrió de una forma que parecía una disculpa.

—Sí.

Como un reflejo condicionado, porque eso era lo que hacía cada vez que surgía un imprevisto de cualquier tipo, mi mente comenzó a reajustar mi agenda. Después del largo desayuno ya había desperdiciado una mañana de estudio. Pronto tendría que comenzar a arreglarme para ir a casa de mis padres, con los que almorzaba todos los sábados a la una, y tras esos encuentros familiares solía regresar a mi apartamento cerca de las cinco de la tarde. Necesitaba un margen de tiempo para reorganizar todo, porque además tenía mucha ropa sucia y debía ocuparme, en algún momento, de poner en funcionamiento la lavadora.

—¿A qué hora será eso?

—Vendré por ti como a las diez. ¿Está bien?

Eso me dejaba como cuatro horas libres en la tarde para estudiar y poner una carga de ropa entre materia y materia, aunque tendría que suprimir las lecturas recreativas. Iba a necesitar, adicionalmente, media hora para doblar la ropa y otra media hora más para arreglarme.

—¿No puede ser a eso de las diez y media?

—No hay problema.

—Vale —dije, respirando aliviada.

—Ahora me voy —Cash hizo un gesto vago hacia la puerta—. Nos vemos esta noche.

Solo cuando la figura de Cash desapareció me di cuenta de que, en primer lugar, debí acompañarlo a la salida y, en segundo lugar, lo que era muchísimo más inquietante, había accedido a salir con él.

¿Dónde había estado mi Pepe Grillo contador? ¿Tomando unas vacaciones en el Caribe?

Estuve tan ocupada mentalmente tratando de organizar mis obligaciones, y me sentí tan complacida cuando encontré una solución, que accedí de una forma mecánica solo porque podía hacerlo encajar en un marco de tiempo determinado.

Lo que me dejaba parada como una idiota con la constatación más aterradora de toda mi vida:

«Voy a tener una cita con un sujeto que tiene el cabello por los hombros, usa *piercings* en las cejas y en los pezones y cuyo único vestuario parecen ser vaqueros, camisetas y botas».

Lo más alarmante era que lo único que realmente me preocupaba era que no tenía tiempo para ir a comprar ropa interior nueva.

Capítulo 6

Georgia

Exactamente a la una de la tarde estaba atravesando el umbral del apartamento de mis padres vestida como lo hacía cada vez que debía mostrarme en público con o ante ellos: pantalones de gabardina color crema, una blusa de seda azul cielo, unos tacones bajos perfectamente a juego y unos pequeños aretes de perlas.

—Señorita Georgia, encantada de verla tan pronto.

Ese también era el saludo estándar de Elisa, el ama de llaves de la familia.

—Gracias, Elisa —como cada sábado, dejé mi bolso en la pequeña mesita que estaba al lado de la entrada donde reposaba una foto de mis progenitores el día de su boda—. ¿Mis padres?

—La señora está atendiendo unas llamadas y el señor está en su estudio.

Sí, definitivamente un sábado como cualquier otro. Seguramente mis padres se habían levantado a las siete de la mañana y habían ido a jugar golf, contabilizando el tiempo de sus diversiones para llegar a casa a una hora que les permitiese revisar el estado de sus pacientes y estar preparados para el tradicional almuerzo.

El universo Fisher permanecía inalterable, al menos el de ellos. Yo, en cambio, había desayunado panqueques con un hombre fuera de mi área de confort y tenía pensado salir con él esta noche, usando cualquier cosa que no fuera de seda ni tampoco color crema.

Repasando las opciones de mi armario, hice de forma mecánica el recorrido hasta el estudio de mi papá que, como era sábado, tenía la puerta abierta, señal universal desde mi infancia de que me estaba esperando. De todas formas di unos golpecitos antes de entrar para anunciarme.

—¡Georgia! —mi padre levantó la vista de las historias médicas que estudiaba para dedicarme una genuina sonrisa de alegría—. Llegas justo a tiempo.

George Fisher era la descripción exacta del médico competente y exitoso que sale en los anuncios de las revistas o en las series de televisión. Bastante entrado ya en los cincuenta, tenía el cabello entrecano, la mirada amable y un cuerpo que, aunque robusto, no evidenciaba ni un ápice de sobrepeso. Siempre decía que no había nada más antipático que un cardiólogo que te dice que debes bajar tu consumo de grasa y dejar la vida sedentaria pero que, por otra parte, exhibe una panza prominente y siempre se ve cansado.

Mi papá era y siempre había sido mi héroe.

—Hola, papá.

Lo saludé, acercándome al escritorio lleno de papeles en el cual había otra fotografía: mis padres y yo, una perfecta familia de tres. De Gabrielle no había ni rastro en ese espacio. De hecho, poco a poco el rastro de mi hermana había ido desapareciendo de toda la casa.

—Dime qué hay de malo con este paciente —y me tendió el archivo que estaba estudiando.

Y así empezaba. Cada sábado un nuevo acertijo por resolver, una prueba, un pedacito más de educación para mi prominente carrera.

—Si tú no sabes qué le pasa al paciente, mucho menos yo —me incliné y le di un beso en el tope de la cabeza.

—Yo sé lo que le pasa al paciente, pero quiero que tú me lo digas.

Sonreía como un niño que te pide que juegues con él, y yo no tenía corazón para negarme, aunque sabía que, si había que compararlo con un juego, era de esos que te dan puntos, no de los que se juegan por diversión.

Me senté y tomé el archivo, aunque, por decencia y un poco de miedo, le lancé una advertencia.

—No soy médico y mucho menos cardiólogo.

—¡Tonterías! Eres la estudiante más talentosa que la universidad ha visto desde hace mucho tiempo y no lo digo yo, lo dice el decano.

—No me digas que llamas a Jonathan para preguntarle por mis notas.

—Eso sería una falta de respeto —dijo, aflojándose un poco el nudo de la corbata.

Sí, mi padre usaba corbata hasta para nuestros informales almuerzos de los sábados.

—Jugamos golf esta mañana y el tema salió a relucir. Ahora el archivo, señorita.

Con un suspiro de resignación comencé a echarle un ojo a la historia médica. El que Jonathan, el amigo más antiguo de mi papá y padre de mi

novio de la adolescencia, fuese el decano de la Facultad de Medicina de Columbia no era algo que pudiese evitar.

Sinceramente, la expresión «echarle un ojo» se quedaba corta. Estaba siendo observada y evaluada, por lo que la tarea requería de toda mi concentración y conocimientos, no solo los aprendidos en la universidad, sino cualquier pedazo de información almacenada en mi cerebro después de una vida moviéndome en el mundo médico. Revisaba cada dato, contrastándolo varias veces con los resultados de laboratorios y estudiando la lista de medicamentos recetados.

—No hay nada en el funcionamiento cardíaco del paciente que esté causando la disnea —dije, tratando de aparentar seguridad, pero las rodillas me temblaban. Cada sábado los acertijos de mi papá se ponían más complicados. ¡Ni que me estuviese preparando para ir a trabajar con el doctor House!—. Por alguna causa, probablemente climática, está reteniendo líquidos.

—¿Tratamiento? —me preguntó, tratando de contener la sonrisa, y pude respirar un poco más tranquila.

—Prescríbele algún diurético y recuérdale que debe incluir potasio en su dieta para que no se descompense.

—¡Esa es mi hija la doctora!

Y allí estaba la expresión de orgullo que me aplastaba hasta dejarme casi sin respiración. Esa mirada sonriente y con los ojos brillantes era mi responsabilidad, solo mía, y mi padre era un gran padre y merecía tenerla en su rostro todo el tiempo.

—Creo que tienes un gran futuro como cardiólogo —continuó—, una residencia en John Hopkins...

—George, deja de presionarla —la voz de mi madre vino en mi auxilio—. Puede querer ir a la Clínica Mayo, a fin de cuentas.

Aparentemente el auxilio no era tal sino más bien un abanico de limitadas opciones.

—Hola, mamá.

—Hola, Georgia.

Mi madre entró en el estudio luciendo como la profesional que era. De ella había heredado el cabello rubio y los ojos verdes, aunque las curvas, obviamente, se habían saltado una generación, y el aire de competencia que invadía cualquier espacio por el que caminaba, desafortunadamente, no era algo que pudiera heredarse, aunque yo trataba de remediarlo con la asistencia de mis amigos Donna Karan y Michael Kors.

Con mi forma de vestir siempre trataba de imitarla, cosa que era fácil, pues ella se encargaba de comprar mi ropa argumentando que, como cirujano plástico, sabía exactamente las dimensiones y forma de mi estructura ósea y, por lo tanto, era la más calificada para encontrar la vestimenta adecuada.

—No la estoy presionando, solo estoy ofreciendo una guía —mi papá tuvo la decencia de lucir avergonzado—. No queremos que tome una decisión equivocada y termine siendo psiquiatra o dermatóloga.

¡Como si eso fuera lo peor que pudiera pasar!

—George, no hay nada malo con los dermatólogos —mi madre se inclinó y me dio un beso en la mejilla, para luego hacer una mueca de exasperación mirando a mi padre—. Trabajo con unos muy competentes que...

—Sí, sí, sí, todo eso está bien si no tienes talento para la cirugía, pero mi hija tiene todo el talento del mundo, ¿verdad, Georgia?

—No sería correcto que yo juzgara mi propio talento —dije, queriendo desaparecer.

Tal vez si seguía frotando mis manos una contra otra lo lograría y me materializaría en alguna playa en el Pacífico donde no tuviera que admitir en voz alta que mis posibles talentos aún no se habían manifestado, decepcionando a toda la comunidad médica de Nueva York.

—La modestia es un defecto, Georgia —remató mi padre, levantando las cejas.

—¡Suficiente! —lo cortó mi madre—. Voy a echarle un ojo al almuerzo, ¿me ayudas, Georgia?

Y esa sí era una ruta de escape ofrecida a plena luz del día, pues todos en esa habitación sabíamos que era incapaz de hervir agua sin quemarla.

Hice un gesto de disculpa hacia mi padre antes de salir de la habitación.

—Si eliges John Hopkins te compraré un coche, tú eliges la marca —me gritó cuando estaba en el umbral—. ¿Audi? ¿BMW? ¿Mercedes?

Con un hastío no exento de diversión mi madre cerró la puerta, ahogando los ofrecimientos paternos.

—Amo a ese hombre, pero algunas veces...

—Lo hace por mi bien.

—Lo sé, pero el camino al infierno está salpicado de buenas intenciones.

Entrar en la cocina de casa de mis padres era como entrar a un quirófano. Todo estéril y de última tecnología. El único pedazo de familiaridad eran las fotografías, cuidadosamente ordenadas, puestas con imanes sobre la nevera. Allí estaban relatados en imágenes distintos momentos de la vida de los

Fisher y era el único lugar donde mi hermana estaba presente, aunque fuera en una sola fotografía.

Ver esa foto de Gabrielle me producía una extraña punzada. Tenía como catorce años y había decidido cortarse el cabello y usar pintura temporal para hacerse unos mechones azules y verdes cerca de la frente. Ya en esa época yo había comenzado a notar que el cambio no era meramente estético. Tal vez si hubiese dicho algo...

—Toma —me dijo mi madre, poniendo frente a mí una botella de agua—. Luces cansada y un poco deshidratada. ¿Estás durmiendo bien?

«No, porque anoche fui a un bar de motociclistas, bebí cerveza y me acosté de madrugada».

—Como siempre, tú sabes cómo es, la universidad, las clases... —mentí.

—¿Algún prometedor médico, abogado o arquitecto que te quite el sueño? —y me guiñó un ojo antes de echarle un vistazo a lo que estaba en el horno.

La cocina era otras de las cualidades de mi madre que yo no había heredado. En la semana no tenía tiempo de ejercitarla, por eso estos encuentros sabatinos eran tan importantes para ella, aunque para mí supusieran una tortura de vegetales y comida orgánica sin sal ni grasas.

—No tengo tiempo para eso —respondí serena, cuando realmente lo que quería decir era «conocí a un músico de *rock* talentosísimo y un poco presumido que tiene *piercings* en los pezones y bebe Jack Daniel's directo de la botella».

Claro, después de eso tendría que llamar a una ambulancia porque mi madre sufriría una crisis hipertensiva o quizás psicótica, tal vez ambas, y gritaría «otra vez no» mientras la sacaban en una camilla.

—¿Has hablado con Josiah?

Por estar pensando en Cash, y en sus posibles repercusiones en la salud mental de mi madre, la pregunta sobre mi ex me tomó por sorpresa, por lo que tuve que recurrir a la respuesta usual.

—Por lo general, una vez a la semana.

—Es un muchacho encantador, y ustedes estaban tan unidos y se querían tanto —suspiró como una adolescente viendo un vídeo de One Direction—. Son tan adecuados el uno para el otro, tan parecidos.

No había nada que pudiera objetar a eso. Cuando Gabrielle comenzó a hacer su propia vida, Josiah pasó de ser mi vecino de toda la vida a ser mi mejor amigo. Leíamos los mismos libros, robábamos estetoscopios para escuchar nuestros corazones, y también el de cualquier transeúnte incauto que se prestara como voluntario, coleccionábamos revistas médicas... Una tarde

de agosto, cuando yo tenía trece años, mientras comíamos manzanas en Central Park y discutíamos airadamente sobre los aportes del doctor Christian Barnard al mundo médico, me dio mi primer beso.

Así se convirtió en mi novio y fuimos, por cinco años, la pareja dorada del Upper East Side. Liderábamos el equipo de debates en el colegio, asistíamos a eventos de caridad y hacíamos lo que todo adolescente enamorado hace en su tiempo libre.

Él se marchó a Harvard a estudiar Medicina cuando yo todavía estaba en el último año de secundaria, argumentando que no podía ir a Columbia, donde su padre era decano, porque no era ético, y yo le prometí reunirme con él en Boston. Lamentablemente, ese año las cosas con Gabrielle alcanzaron su peor momento, así que rompí mi promesa y apliqué para Columbia. Mis padres se merecían alguna alegría en esa época.

—Mamá, yo quiero a Josiah, muchísimo, es uno de mis mejores amigos, pero está en Boston y ambos estamos siempre muy ocupados. Por eso terminamos —delicadamente obvié la parte de la historia que contaba como, por no abandonarlos a ellos, había dejado ir a mi novio.

—Pero a él le queda año y medio, y Jonathan nos dijo que piensa especializarse en Traumatología. Si se lo pides, tal vez podría venir a hacer la residencia aquí.

—Yo nunca le pediría eso —dije, porque él me lo pidió a mí y yo no le cumplí, y el tiempo de los amores adolescentes había ya quedado atrás—. Él debe hacer lo que es mejor para su carrera.

Mi madre me sonrió y su sonrisa se quedó a mitad de camino entre el cariño y la pena.

—Siempre fuiste así, tan correcta, tan centrada, tan madura. Creo que naciste de treinta años, Georgia.

—¿Y eso es malo?

—No, claro que no —mi madre miró hacia la foto en la esquina superior derecha de la nevera y, como si hubiese sido agarrada en plena falta, desvió la mirada—, es solo que a veces me pregunto... —dudó unos segundos y volteó a verme—, ¿eres feliz?

La pregunta me sacó todo el aire de los pulmones y, aunque había miles de respuestas filosóficas, y viscerales, a ese asunto, ninguna era la adecuada para la situación. Mi madre estaba triste, incluso desesperada, era un estado en el que había estado desde que Gabrielle se fue, preguntándose todo el tiempo si había sido su culpa, en qué había fallado.

La respuesta que esperaba no era lo que yo sentía, sino aquella que le diera tranquilidad.

—Claro que sí —respondí sonriendo, repitiéndome hasta la saciedad que tenía la vida que había trabajado muy duro por conseguir. De eso se trata la felicidad, ¿no?—, muy feliz.

Capítulo 7

Cash

«¿Qué coño estoy haciendo?», me pregunté mientras manejaba hacia el este de la ciudad para buscar a Georgia, y no era la primera vez que ese pensamiento me taladraba la mente en el transcurso de ese día.

Cuando decidí poner en práctica mi rutina de cocinero estrella, eludí la pregunta, pues la única respuesta que tenía era que necesitaba verla nuevamente. Pensé que, tras pasar un rato con ella, me daría cuenta de que solo era otra mujer, una especie que no me costaba descifrar y que, por lo tanto, tarde o temprano comenzaría actuar como el resto y toda esa inexplicable comezón que me producía desaparecería como el espejismo que era.

Pero entonces abrió la puerta con el cabello desordenado, los ojos cargados de sueño y una actitud más grande que el Kilimanjaro.

Cada minuto que pasaba a su lado descubría una nueva dimensión. Me di cuenta de que no solo era linda, inteligente, divertida y decente, sino que me trataba con naturalidad. Nada de miradas sugerentes ni insinuaciones de doble sentido. Ella era directa pero amable, simpática pero no evidentemente interesada en saltar dentro de mis pantalones. Además me hacía reír, a carcajadas, y eso era algo que hacía mucho tiempo que no me ocurría.

Cuando llegué a su calle, Georgia me estaba esperando sentada en los escalones del edificio, ni excesivamente excitada por la perspectiva de salir conmigo ni haciéndose la difícil. Solamente estaba allí, con sus lentes, unos vaqueros, una camiseta verde oscuro, ni ajustada ni grande, y calzando una versión sofisticada de unas botas de soldado.

Siempre había pensado que las mujeres en botas levemente masculinas eran *sexys*, y si a eso agregábamos una melena rubia recogida en un moño flojo y nada de maquillaje, se convertía en mi nueva versión perfecta de una chica de póster.

—Lindas botas —dije, bajándome para abrirle la puerta, y múltiples imágenes de ella vistiendo solo esas botas vinieron a mi mente como un catálogo de perversiones sexuales.

—Lindo coche —me dijo, sonriendo, mientras se sentaba.

A diferencia de lo que me había ocurrido con otras chicas, no había en su mirada cálculo alguno sobre el valor en el mercado de mi Mustang V6 cupé, tampoco ningún ofrecimiento velado de «vamos a hacerlo en el asiento trasero». Era simplemente una observación objetiva porque, me gustara admitirlo o no, mi coche molaba un montón.

—Gracias —dije, poniendo la primera y arrancando.

—¿Cómo se llama la banda que vamos a ver? —preguntó mientras Deep Purple cantaba a través del iPod *Cuando un hombre llora*.

—Ordnung.

—¿Como el libro de reglas Amish?

—Ajá.

—¿Y qué tocan? ¿Música religiosa?

—Metal alternativo con tendencia hacia el *groove*.

Georgia me miró de lado y levantó las cejas. Era un gesto que hacía regularmente cuando necesitaba más información, y se veía tan encantadora... Como la preferida del profesor o algo así. ¡Basta! Ese pensamiento de ella con un uniforme de una escuela católica tenía que ser desterrado inmediatamente.

—Es como el *heavy metal* pero mucho más rápido y violento.

—¿Tienes algo así en tu iPod? Tú sabes, para no llegar tan perdida.

—No te van a hacer un examen.

—¿Qué tiene de malo querer aprender?

Desde mi experiencia podía decirle que querer aprender cosas nuevas podía resultar en un megadesastre, pero no iba a discutir con esta chica mis actividades extracurriculares pasadas, presentes y seguramente futuras, que bajo ningún concepto la involucrarían.

—Busca algo de Pantera o System of a Down.

Diligentemente, como si estuviera ejecutando una cirugía a corazón abierto, buscó las listas de reproducción y se topó con *Walk* de Pantera. Era una buena opción para comenzar. No demasiado ruidosa.

Bueno, eso pensé hasta que la voz de Phil Anselmo comenzó a soltar improperios a través de las cornetas.

—Si no te gusta no tenemos que ir —dije, a modo de disculpa, cuando la canción cambió y lo único que se escuchó fue el grito de *Fucking Hostile*—.

Podemos hacer otra cosa.

Claro que no tenía idea de qué otra cosa podíamos hacer, pues yo no acostumbraba a invitar a salir a mujeres, a menos, claro, que se tratara de salir de un bar para ir a terminar la noche en otro lado. ¿Todavía había gente que hacía eso de la cena y la película?

—¡Déjame escuchar! —me respondió sin verme, haciendo un gesto con la mano como quien espanta una mosca.

Después de que Georgia escuchara casi completo el disco *Vulgar Display of Power* con una concentración casi cómica —incluso creí que estaba a punto de desentrañar el misterio de la vida eterna—, llegamos a Improvisación.

Gracias a las ventajas que acarreaba ser yo, conseguí mi habitual puesto para estacionar en un callejón, justo al costado del bar.

El portero nos dejó pasar, haciéndome el ya tradicional gesto con la cabeza y en cuanto entramos, en medio de la penumbra de lo que consideraba como mi segunda casa, pude sentir miradas, con todo tipo de intenciones, posándose en ella. Georgia resaltaba como una garza en medio de un lodazal.

Casi por instinto tomé su mano, entrelazando mis dedos con los suyos. Era un mensaje claro: «ella está conmigo, mira erróneamente en su dirección y saldrás lastimado».

Ella aceptó el agarrón con la misma naturalidad con la que respiraba. No me apretó la mano o trató de enredarse en mi brazo como la hiedra, tampoco me miró con cara de ofendida. Tanta sencillez, si bien era cautivante en cierta forma, me dejaba perplejo.

En mi vida nada había sido nunca fácil o simple; todo siempre tenía un trasfondo, un interés, incluyendo mi propia concepción. La experiencia me había enseñado que todos éramos piezas que otros movían en un tablero de ajedrez, era cuestión de cada quien si querían ser peones o alfiles.

Pero, si bien Georgia no reaccionó ante mi gesto protector, otros sí lo hicieron, agregando susurros a las ya mencionadas miradas.

Si hubiese aparecido desnudo el asombro hubiese sido menor. A fin de cuentas, muchas de estas personas habían visto una que otra parte de mi cuerpo.

En uno de los sofás del fondo pude distinguir la cabeza rapada de Mason y su cara de malas pulgas. Mi mejor amigo era un hijo de puta aterrador, con su metro noventa, sus hombros anchos como la puerta de un garaje y sus adornos corporales entre los que resaltaban el *piercing* que le atravesaba los

orificios nasales como a un toro y los tatuajes que cubrían todo su cuerpo y que le subían hasta el cuello.

Si eso no te impresionaba, cuando abría la boca y salía una voz que parecía provenir desde el mismo infierno era garantizado que cualquiera se escondería debajo de la silla más cercana.

No había un lugar más seguro para Georgia que la mesa del sujeto más espeluznante en todo el vecindario. Además, Mason estaba acompañado. Su novia desde hacía unos cuantos meses, Alex, estaba allí, y si alguien lucía completamente fuera de lugar en este sitio, además de Georgia, era ella, aunque por razones completamente diferentes.

Alex era presentadora de un programa de televisión de viajes o algo así y, como tal, era bellísima: rizos rubios, rostro precioso, cuerpo de modelo y burbujeante personalidad. Además, vestía siempre con ropa que, de lejos, se veía que no compraba en Target. Sin embargo, no era eso lo que la hacía destacar. Era una seguridad en sí misma, una confianza en la forma en la que se desenvolvía que decía a gritos que, en su paso por este nocturno universo paralelo, ella imponía los términos.

Las habladurías cuando comenzaron a mostrarse justos, potenciadas por el hecho que Mason decidió mantener, para variar, su asunto dentro de sus pantalones y en privado, aún no habían cesado. Sentados con ellos, Georgia y yo pareceríamos casi normales.

—Hola, precioso —me saludó Alex con su habitual buen humor—. ¿Pantalones de cuero? Umm... Siempre me he preguntado si usas ropa interior debajo.

—Alex —la amonestó Mason y, como era de esperarse, sentí a Georgia tensarse. Ni ella podía permanecer impávida ante esa voz.

—Ella es Georgia —dije, levantando la mano que nos unía.

—¡Trajiste una chica! —Alex gritó excitada, dando palmaditas—, y es linda y parece dulce...

—Hola, Georgia —la saludó Mason con su voz de gravilla, e inclinó levemente la cabeza—. ¿Quieres sentarte?

Mason podía ser aterrador, sobre todo si estaba de mal humor, pero sabía bien cuando valía la pena usar los modales.

—Sí, muchas gracias —sonriéndole, Georgia se sentó en el sofá justo al lado de Alex, quien la miraba con asombrada diversión.

—Yo soy Alexandra —y le ofreció la mano a modo de saludo—, y me siento muy feliz de que estés aquí. Finalmente todos dejarán de mirarme.

—Lo dudo —le dijo Mason entre dientes.

—Y este es Mason —Alex continuó, señalando al mencionado—. No te dejes engañar por su aspecto, en el fondo es un caballero en brillante armadura.

—Mujer, vas a arruinar mi reputación.

—Hombre, pensé que tu reputación ya estaba arruinada.

Georgia sonrió con ternura, como si fueran unos abuelitos celebrando San Valentín en un geriátrico, pero la expresión le duró hasta que Mason, de la nada, tomó a Alex del brazo y prácticamente la estampó contra su boca, dándole el tipo de beso que hacía que todos a su alrededor miraran a hacia otro lado avergonzados.

—¿Y eso por qué fue? —le preguntó Alex en cuanto recuperó la propiedad de su boca.

—Ese sujeto que está allá —y Mason lanzó una mirada asesina a un lugar indefinido del bar—, te está mirando demasiado.

—¡Claro que me está mirando demasiado! —Alex se rio bajito—. Soy hermosa.

Por toda respuesta, Mason hizo lo más parecido en su repertorio a poner los ojos en blanco.

—Ahora actúa como un buen chico malo —prosiguió Alex, dándole unos golpecitos a Mason en el muslo—, y tráeme más vodka mientras yo interrogo a la señorita Georgia y le facilito unos *tips* de supervivencia.

Mason pasó a mi lado y lo escuché farfullar algo parecido a «mueve el culo», lo que era una señal para que lo acompañara.

—¿Quieres una cerveza? —pregunté a Georgia, quien ya estaba en una profunda conversación con Alex sobre la vida universitaria de Nueva York.

—Sí, por favor —me respondió con una de esas sonrisas que solo levantan las comisuras pero, a pesar de su levedad, suben hasta los ojos y transforman todo el rostro. La Mona Lisa era una vulgar aficionada. ¿Lo mejor? Yo era el destinatario de esa sonrisa.

De más está decir que mi prioridad inmediata se convirtió en conseguirle su bebida aunque tuviese que volar hasta Holanda para traerla.

Sonriendo como un idiota hice una línea directa hasta la barra solamente dando leves asentimientos de cabeza a los que se acercaban a saludarme, pero sin detenerme. Yo era un hombre con una misión.

—¿Trajiste una chica? —fue el recibimiento que me dio Lara, la cantinera, cuando logré alcanzar a Mason en la barra.

—¿Tú también te vas a poner en eso? —le pregunté con fastidio.

—Es un asunto meramente laboral —me explicó mientras ponía unos cuantos vasos vacíos frente a nosotros—. Sé que el veneno de Mason es el tequila, el de Alex el vodka, el tuyo el Jack Daniel's, pero no tengo la menor idea de qué servirle a tu cita.

—Una Heineken.

—¿Estás con la chica que te abofeteó anoche? —preguntó Lara sorprendida.

—¿Te abofeteó? —ahora era Mason quien sonaba, no sorprendido, sino completamente estupefacto.

—Si esto se sabe —Lara comenzó a llenar los vasos, dando el hecho por cierto ante mi negativa a confirmarlo—, podría ser el inicio de toda una tendencia. ¿Te imaginas? Decenas de mujeres se te acercarían cada noche para pegarte un cachetón pensando que han dado con la clave para ganar tu atención.

—¿Y cuál sería la tendencia para Mason? —pregunté, desesperado por dejar de ser el bufón de ese par—. ¿Qué te hizo Alex para que la invitaras a salir?

—El día que la conocí me folló hasta que casi perdí el sentido. —Mason tenía la vista concentrada en el punto donde Georgia y Alex estaban sentadas. Era la imagen vívida de un cazador, esperando que alguien se aproximara a las chicas para arrancarle la cabeza—. Luego se levantó, recogió su ropa, me dio las gracias y se fue. Ni siquiera intentó darme su número de teléfono o pedirme el mío.

—Y eso, para Mason —dijo Lara, tratando de contener la risa—, es el equivalente a una cachetada. Por primera vez en su vida no se encontró con una mujer que le suplicara que la dejara quedarse a dormir.

—¿Cómo lo haces, hombre?

—¿Qué? —me preguntó, sin despegar su mirada de halcón de las chicas—. ¿Ser una bestia sexual? Tú me has visto en acción, saca tus propias conclusiones.

—No —dije, tal vez un poco más alto de lo que pretendía, tratando de espantar imágenes de un pasado no muy lejano que comenzaron a aparecer en mi cabeza y que tenían como protagonista a Mason follando. No necesitaba ese tipo de ideas esta noche—. Estar con una mujer que, normalmente, no desviaría la mirada para ver en la dirección de unos sujetos como nosotros; que obviamente está decenas de escalones por encima de toda esta mierda.

—¿Qué te pasa? —dejó de ver a las chicas y me encaró con una expresión que decía que estaba a punto de sacudirme—. ¿Cuándo te volviste una vagina

con patas? ¿Quieres hablar de tus sentimientos mientras te hago trencitas en el pelo?

—Olvídalo —le dije con una mueca mientras levantaba las manos.

Mason tomó el trago de tequila que lo esperaba en la barra y se lo bajó de un golpe. Luego hurgó en el bolsillo trasero de sus pantalones y sacó la cajetilla de Marlboro rojo. Me ofreció uno, que decliné, antes de ponerse el pitillo entre los dientes y encenderlo con su Zippo negro.

—Un día amaneces y te das cuenta de que, a pesar de tus mejores intenciones, te volviste un tipo religioso —Mason exhaló una bocanada de humo blanquecino.

Quería preguntarle de qué estaba hablando, pero dio un par de golpes secos sobre la barra con el vaso, claro indicador de que esperaba otro trago, y supe que no era el momento de interrumpir.

—Pasas gran parte del tiempo dándole gracias a Dios de que una mujer así esté convencida de que eres lo que quiere. Y, el restante, rezas para que no se dé cuenta de que no le llegas ni a los talones.

—¡Mierda! ¿Quién eres y qué hiciste con Mason?

—Pasé todo el mes de diciembre, mientras tú arreglabas todo ese asunto de Sorel, jugando *Call of Duty* con un bailarín de *ballet*. ¡Hasta fui a ver *El Cascanueces*! —hizo una mueca de horror—. Creo que algo se me pegó. Pero si se lo dices a alguien...

—Tu secreto está a salvo conmigo —dije, riendo, y para demostrarlo me puse la mano en el corazón—. Además, yo ayudé a un pianista a escribir una sonata, así que no estoy libre de pecado.

—Aun así, siento la extraña necesidad de golpear algo —me miró con un gesto travieso—. ¿No te parece que ese tipo de allá está parado muy cerca de las chicas?

—Está como a dos metros —le respondí, poniendo los ojos en blanco.

Si de buscar una pelea se trataba, Mason era el sujeto ideal, y yo, por lo general, no desperdiciaba la oportunidad, pero no estaba para esas cosas. Georgia estaba aquí y tenía la extraña sensación de que una pelea en un bar no sería el mejor recuerdo para nuestra primera cita. Además, generalmente, después de pelear necesitaba follar de una forma particularmente dura y eso, esta noche, estaba fuera de toda discusión.

—Recuerda que tienes que subir a tocar y, ¿cómo agarrarás las baquetas con la mano fracturada?

—Nah... ese tipo ni me rasparía los nudillos —se tomó el otro trago de tequila sin pestañear—, pero si estás decidido a jugar al chico bueno, me voy

a trabajar. Cuida que nadie se acerque a mi chica.

Mientras Mason desaparecía por el pasillo que conducía a la parte privada de Improvisación, tomé los dos vasos y la botella de cerveza para cumplir con mi deber de guardaespaldas/mesonero.

—Cash. —Lara me tomó el brazo antes de que pudiera levantar los vasos —. ¿Estás bien?

—Seguro —respondí—. Limpio y claro como un arroyo. ¿Por qué?

—Esa chica, lo que le preguntaste a Mason... No quiero que te presiones, ¿sabes? Intentar ser muy bueno es igual de dañino que intentar ser muy malo. Solo, no sé, camina por la línea.

—¿Estás parafraseando una canción de Johnny Cash? ¿Conmigo? —no me quedó más remedio que reírme—. Ella es una buena chica, yo solo estoy actuando en consecuencia.

—«Actuando» es la palabra clave.

—¿Y qué tiene eso de malo?

—No deberías tener miedo de ser tú mismo. A fin de cuentas, si de verdad te interesa, tarde o temprano se va a enterar.

—No necesariamente...

Tomé nuevamente las bebidas y me fui. Sin importar lo que Lara dijera, el verdadero yo no era una buena compañía para alguien como Georgia.

El resto de la noche marchó sobre ruedas: no tuve que golpear a nadie, Mason descargó su furia en la batería, Alex bailó sobre el sofá mientras cantaba todas las canciones y Georgia, para mi sorpresa, no salió corriendo a encerrarse en el baño hasta que el ruido disminuyera. Por el contrario, siguió la actuación de Ordnung con genuino interés, como si tuviese que escribir un ensayo sobre eso o algo así. Casi creí que de un momento a otro iba a empezar a tomar notas.

—Son buenos —me dijo casi al final de la presentación, poniéndose de puntitas para poder hablarme al oído, lo que me hizo enderezarme como si hubiese recibido una descarga eléctrica en la base de la espalda—. No tan buenos como Ares, claro, pero tienen cierta cualidad catártica, tanto que llegas a encontrar armonía dentro de la disonancia.

Era oficial. Georgia iba a revolver mi mundo de arriba abajo, y no se trataba solamente de que le gustara la música que yo hacía ni de que su aliento cerca de mi oreja me pusiera en estado de atención y alerta. Tenía una capacidad de comprensión de todo lo que la rodeaba casi sobrenatural, intuitiva, lo que hablaba de toneladas de inteligencia encerradas en una chica encantadora.

Mierda.

¡Que alguien mande a hacer las camisetas o las pancartas! Si les daba la gana podían ponerlo en las pantallas de Times Square: *La inteligencia es la nueva belleza*.

Ese era el *slogan* más conservador, porque, si tomábamos en cuenta lo apretado que sentía los pantalones en cierta zona, la frase debía ser: «Una mujer inteligente es la mejor pornografía».

De repente tuve la necesidad de encender un cigarrillo, y no tenía nada que ver con la privación de nicotina a la que había sometido a mi cuerpo desde que había ido a buscar a Georgia. Ella odiaba el olor y yo sentía que no iba a resistir el resto de la noche sin besarla. ¿Qué pasaría conmigo si me rechazaba? O, lo que podía resultar peor, ¿qué le pasaría a ella si me permitía hacerlo? A fin de cuentas estábamos en Improvisación, lugar que sabía por experiencia tenía suficientes esquinas oscuras para hacer lo que me viniera en gana, y Georgia no era ese tipo de chica.

Mejor era esperar.

No había razón para apresurar las cosas.

Y, como todas las oraciones anteriores eran la antítesis de mi personalidad, supe que era lo correcto.

Desde ese momento hasta que salimos del bar, me fumé como media cajetilla. Nadie querría besar a un cenicero.

—¿No vas a subirte? —le pregunté al ver que estaba recostada al lado de la puerta del coche.

—No hasta que termines de fumarte ese —y como una niña testaruda cruzó los brazos sobre el pecho—. No me apetece nebulizarme nicotina.

Riendo, pues había obtenido lo que estaba buscando, eché la colilla al piso, la aplasté con mi bota y le abrí la puerta.

Mejor molesta que queriendo besarme.

—¿Estás al tanto de que eso va a matarte? —se metió en el coche y esperó a que yo hiciera lo mismo para continuar—. Sé que suena trillado, pero es malo para la salud. Tú tienes que cantar, necesitas tus pulmones limpios y tus cuerdas vocales en óptimas condiciones...

Normalmente los religiosos antitabaco me molestaban más que los miembros de sectas religiosas que te ofrecían panfletos en la calle, pero ¿no era tierno que se preocupara por el estado de mis pulmones? ¿Por mi futuro como cantante? Hacía bastante tiempo que nadie se preocupaba por mí, al menos no en lo referente a mi carrera.

—Para tu tranquilidad, corro cinco kilómetros al día y como muchas frutas y vegetales.

—¿Y también vas a misa los domingos?

—No, los domingos me levanto tarde y veo *The Walking Dead*.

—Yo nunca he visto *The Walking Dead*.

«No lo hagas, no lo hagas. Tú no eres un hombre decente. La vas a arruinar», me repetía una voz en mi cabeza, pero sabía que no iba a hacerle caso. «Actuando», había dicho Lara y ¿por qué no? Había muchos músicos con un Óscar en su resumen curricular. Yo podía pretender ser cualquier cosa que ella necesitara.

—No puedes seguir al margen de la cultura popular —desvié la vista de la carretera un segundo para guiñarle un ojo—. ¿Qué dices? ¿Maratón mañana? Tengo toda la primera y la segunda temporada en Blu Ray. Puedo buscarte después de mediodía, cocinar pollo con brócoli.

—Pollo y zombis —se mordió el labio como si lo considerara—, suena bien.

Capítulo 8

Georgia

El lugar donde vivía Cash no era para nada lo que había imaginado. Estaba en un viejo edificio de depósitos en Soho que había sido completamente remodelado para crear una serie de apartamentos modernos y distinguidos.

Para llegar al cuarto piso, tomamos uno de esos ascensores de carga antiguos, que hay que cerrar manualmente, pero que tenía un sistema de llaves codificadas para que solo pudieras marcar el piso que te pertenecía.

Cuando el montacargas venido a más se detuvo en el cuarto nivel, había frente a nosotros una puerta de metal pulido. Cash descorrió la reja del ascensor, luego abrió la puerta con una llave y ¡hágase la luz!

¿Quién diría que un músico independiente podía pagar un lugar así?

El sitio era enorme. Pisos de madera, techos altos y amplios ventanales en todo el costado izquierdo que daban a un balcón, pero lo que más llamaba la atención era un enorme piano negro de cola que estaba en medio del lugar y un montón de guitarras colocadas en pedestales en el piso alrededor del gran instrumento.

Parecía una sala de conciertos o una tienda de música, al menos hasta que te fijabas en otras cosas no tan llamativas que estaban desperdigadas por el lugar como si alguien las hubiese dejado allí por accidente: un sofá de cuero, una mesa baja, amplificadores de sonido, una computadora grandísima —de esas que son solo pantalla— y un televisor empotrado en la pared con muchos cables colgando que daban a aparatos que estaban en el suelo y que, a simple vista, parecían un Blu Ray y un PS3, además torres de películas y discos compactos por todos lados.

—¡Este lugar es fantástico!

Lo dije sinceramente porque, a pesar de que no se parecía en nada a los miles de escenarios que pude haber imaginado, el lugar era completa y

absolutamente Cash. Claro, eso no evitaba que quisiera organizar todos sus discos por orden alfabético, poner las películas en sus respectivas cajas y ordenar un poco los cables para que nadie se tropezara.

—Me alegro que te guste, pero es solo una casa, una con una muy buena acústica.

Cash siguió derecho hasta la cocina, que estaba simplemente allí en un rincón, separada del resto solo por una encimera de mármol gris plomo, y comenzó a sacar las provisiones que habíamos comprado antes de llegar.

Por un momento pensé en ir a echarle a una mano, pero no tenía ningún parámetro de referencia sobre cómo comportarme en una situación así, y por décima vez desde que me desperté me pregunté qué estaba haciendo.

El mundo tenía un orden y la gente se comportaba, invariablemente, según ciertos estándares: un hombre te invita a salir, paga tus bebidas y, si la pasó bien, te besa, espera unos cuantos días y vuelve a llamarte.

Habíamos salido, había pagado mis bebidas, me había presentado a sus amigos, pero cuando la noche terminó no me había tocado. Ni siquiera me había dado un inocente besito en la mejilla, lo que me hubiese dado una perfecta excusa para decirle «no eres mi tipo», o el más tradicional «no estoy interesada».

Contrariamente a lo que pudiera esperarse de alguien como él, simplemente me invitó a almorzar en su casa y a ver televisión, cosa de lo más inocente, y más allá de tomarme de la mano en el supermercado mientras buscábamos fideos de arroz o acariciarme distraídamente el brazo en la fila para pagar, lo que hizo que la presión se me subiera como a doscientos, no había detectado ninguna evidencia cierta de que él fuese a hacer algún avance.

No era que yo quisiera que hiciese algún avance. No, no, no.

Yo no podía involucrarme con alguien como él. Es más, no tenía tiempo para involucrarme con nadie. Las prioridades de mi vida estaban talladas en piedra desde hacía unos cuantos años.

Sin embargo, continuar viéndolo, saliendo con él aunque fuese de forma meramente amistosa, me hacía sentir como si tuviese un secreto, algo solo mío. Era una especie de placer culposo, como comerse un segundo pedazo de pastel de chocolate o dedicar medio día a ver vídeos tontos en YouTube mientras las obligaciones se apilaban en el escritorio.

—¿Puedo ofrecerte algo?

Volví a la realidad y, al ver a Cash allí, separando arbolitos de brócoli en una tabla de picar con sus vaqueros desgastados en las rodillas y una camiseta

negra que decía *Anthrax*, recordé que no me estaba comiendo ningún pedazo de torta de chocolate, simplemente lo estaba viendo en un aparador.

Eso era triste. Hasta la gente más disciplinada podía permitirse un dulcito de vez en cuando o, tal vez, un gran trozo de carne...

—Estoy bien —dije, sintiéndome avergonzada, como si mis pensamientos hubiesen sido mostrados sobre mi cabeza en una gran pantalla—, pero siento que debería ayudarte en algo, aunque eso podría representar un riesgo de incendio.

—No te preocupes, me gusta cocinar.

—Cosas más extrañas he escuchado... —musité, y dejé las guitarras atrás para ir a sentarme en un taburete alto justo frente a Cash, que exhibía su talento con el cuchillo—. ¿Dónde aprendiste?

—Hubo una época en la que necesitaba calmarme y enfocarme en algo. La cocina me ayudó.

—¿Cuál fue ese hito mágico en tu existencia?

Cash desvió la vista y su expresión se volvió sombría. Por un momento pensé que no iba a contestarme.

—Mi prima Sorel fue diagnosticada con leucemia cuando tenía diecisiete años —dijo finalmente, y distraídamente se tocó el tatuaje del brazo. Pude ver que era un nombre, aunque debido a la manga de su camiseta solo se leía «Rel», pero rellenar los espacios no era tan complicado una vez que tenías el contexto—. Yo no estaba allí con ella y, cuando me enteré, ya llevaba meses de quimioterapia. Nunca en mi vida me había sentido tan desesperado, tan culpable. Cocinar me ayudó.

—¿Culpable? ¿Sabes que no puedes evitar que a una persona le dé cáncer? —estiré la mano y toqué su antebrazo con la punta de mis dedos—. Si tuvieses esa habilidad, serías el mayor descubrimiento en la historia de la medicina.

—No entiendes —retiró bruscamente el brazo de mi alcance, dejando una especie de cosquilleo fantasma en la punta de mis dedos—. Cuando por fin llegué, me hicieron unas pruebas y resulté el único compatible para un trasplante de médula ósea, solo que yo no estaba... listo. Tuvimos que esperar, y cada día que pasaba, hasta que llegó el momento del trasplante, sentía que Sorel se me escapaba de las manos y que, tal vez, si no me hubiese ido, si hubiese estado allí con ella desde el principio, las cosas no habrían llegado tan lejos.

Cash se volteó como hastiado y comenzó a echar todo eso que había estado picando en una cacerola.

Quería abrazarlo y darle un beso. Así de simple. También quería darme de patadas por haberlo convertido en un atractivo pedazo de carne sobre el cual fantasear pues, a pesar de las apariencias, parecía ser una buena persona. Definitivamente mejor que yo, que no había sido capaz de hacer nada por mi hermana.

Lentamente bajé del taburete y me acerqué hasta quedar prácticamente pegada a su espalda, aunque resistí la tentación de pasar los brazos por su cintura y pegar mi mejilla entre sus omóplatos.

—Lo que hiciste por tu prima fue hermoso y noble —dije con convicción, y me odié por sonar tan clínicamente esterilizada. Definitivamente no era buena en eso de charlas sentimentales. Si no usas algo, al final se atrofia—. Los seres humanos somos solo eso, humanos. No héroes, y tampoco tenemos habilidades mágicas o el don de la ubicuidad.

—Yo debía ser el héroe de Sorel. Era mi deber cuidarla —dijo con voz dura pero sin girarse—. A mi padre nunca le interesé, mi madre me dejó donde mis tíos cuando aún no hablaba y raras veces la veía. La única persona que siempre estuvo allí para mí fue Sorel, y yo la dejé sola.

¿Cómo habíamos llegado a esta conversación? No era políticamente correcto hablar de la ropa sucia de la familia con extraños.

—Mi gemela Gabrielle y yo éramos las dos personas más unidas que jamás hubieras visto —las palabras escaparon de mi boca sin mi permiso, como si no estuvieran al tanto de que, segundos antes, había pensado claramente que no era un tema de conversación adecuado, y aparentemente no quería parar—. Cuando cumplimos trece años ella descubrió un universo diferente, donde había muchachos malos, fiestas y alcohol, un universo donde yo no existía. Para cuando cumplimos dieciocho, mi hermana era una borracha, una ladrona, una drogadicta.

—Georgia...

Cash intentó voltearse, pero lo detuve poniendo mis manos sobre sus hombros. Si no lo veía era más fácil, así no sentiría que estaba rompiendo la ley más sagrada de mi familia y, además, mostrándome en el proceso como la inútil que había sido.

—Yo no pude salvar a mi hermana de sí misma, así como tú no pudiste prevenir la leucemia de tu prima —aunque traté de hacer la afirmación de la manera más pragmática que pude, pues eran palabras que me había repetido a mí misma hasta la saciedad, mi voz estaba temblando—. Intentar salvar a alguien es una carga muy pesada que actúa como un lastre en nuestra vida y termina por hundirnos.

—¿Qué pasó con tu hermana?

—No lo sé. No sé dónde está, no sé si está viva —traté de componer una sonrisa, pero con seguridad no fue más que una mueca, cosa que no importaba, porque todavía le hablaba a su espalda—. ¿Qué pasó con Sorel?

—Está en remisión y feliz. Vive en Hungría con un hombre que venera el suelo por donde camina.

—¿Ves? —quité los brazos de sus hombros, liberándolo. El peligro de esta conversación aparentemente había pasado—. Llegaste a tiempo y tuviste la posibilidad de hacer algo fantástico, casi heroico, por alguien a quien amas...

—No soy un héroe.

—Le salvaste la vida a tu prima. Eso a mi juicio es bastante épico. Es más de lo que muchos de nosotros podemos decir.

—¿Por eso quieres ser doctora? ¿Para salvar a las personas?

—Vidas, los médicos salvan vidas. Las personas deben intentar salvarse ellas mismas.

Cash se volteó lentamente y se me quedó mirando de una forma que mezclaba el asombro, la certeza y algo mucho más mundano que me taladraba, que llegaba hasta dentro de mí y se quedaba debajo de mi piel, quemándome.

—Eres la mujer más inteligente que he conocido.

Aunque yo normalmente adoraba ese tipo de cumplidos, por alguna extraña razón las palabras me molestaron. ¿Ahora se suponía que debía ser su comodín en un juego de Millonario o ayudarlo a completar el crucigrama del *New York Times*?

—O has conocido muy pocas, o tienes muy bajos estándares.

—Un no rotundo a lo primero y, en cuanto a lo segundo —delicadamente puso las manos sobre mis caderas y se inclinó unos centímetros. Estaba tan cerca que podía sentir el aire tibio que salía de su boca mezclándose con mi propio aliento—, creo que es momento de comenzar a remediarlo.

Me quedé paralizada, sabiendo que solo bastaría inclinarme unos centímetros para que todas mis fantasías sobre chocolate o grandes pedazos de carne se hicieran realidad. ¿Y luego qué?

«Bésalo de una vez», me susurró mi Pepe Grillo contador, y era una afirmación muy extraña para mi antropomorfa conciencia. «Así podrás mandarlo de paseo como a los otros y terminar de una vez con toda esta estupidez».

No, definitivamente no estaba lista para eso. Era mejor ver el pedazo de pastel aunque fuese en el aparador.

—¿Nos ponemos a ver una epidemia zombi tomar control de Norteamérica? —solté de lo más alegre, rompiendo la burbuja que nos había separado del tiempo, el espacio y el sentido común.

Cash se incorporó y yo escapé, poniendo entre nosotros la mayor distancia posible, no fuera a ser que me arrepintiera.

—¿Tienes claro que la existencia de los zombis es clínicamente imposible? —dije muy sabihonda tratando de tener una expresión de «aquí no ha pasado nada».

—No lo arruines, Georgia.

Y no supe si se refería al drama televisivo o a la situación de la que había escapado por los pelos.

—Créeme —y traté de que mi voz no sonara ominosa—, lo estoy intentando.

Capítulo 9

Cash

¡Masoquista!

Nunca había pensado sobre mí en esos términos. Una persona que pasa la mayor parte de su niñez y adolescencia buscando, sin conseguirlo, el cariño de sus padres, se vuelve un experto evitando cualquier manifestación de rechazo y persigue, aunque sea por métodos químicos, una sensación de felicidad.

Habían transcurrido casi tres semanas desde el fatídico día en el que, por primera vez en el transcurso de la humanidad, una mujer prefirió ver zombis que besarme.

Aun así, había hecho hasta lo imposible por ver a Georgia casi todos los días, y habíamos desarrollado una relación estrictamente platónica.

¿Platónica? Nunca había sido particularmente aplicado en la escuela pero ¿no era Platón de esos filósofos griegos que no practicaba precisamente la abstinencia, más cuando se hallaba rodeado de jovencitos?

Tenía que preguntarle a Georgia.

O mejor no.

Platónico estaba bien.

Platónico, al menos en el sentido moderno, era lo único que podía darle sin correr el riesgo de que ella saliera corriendo.

En los momentos en los que podía analizarlo fríamente, que por lo general ocurrían cuando me veía forzado a tomar duchas de agua helada después de pensar en lo bonita que tenía la boca, lo que inevitablemente me llevaba a pensar en las cosas que podía hacer con esa boca, llegaba a la conclusión de que, suponiendo que los satélites se salieran de sus órbitas, Ozzy Osbourne cantara *hip hop* y Georgia se interesara en el recorrido completo, ese que incluía fuegos artificiales al final, yo no estaba seguro de poder dárselo, al menos no de una forma placentera para ella.

En algún momento de mi vida aprendí que el sexo verdaderamente satisfactorio no involucraba caricias, abrazos, ni besos. Era un acto unilateral que, desgraciadamente, requería la asistencia de otras personas, pero cuyo único beneficiario era yo.

Aquellos por los que sentía cariño, que me importaban, que de solo verlos me generaban un extraño calorillo en el medio del pecho, estaban por encima de mis egoístas necesidades físicas y ahí era donde Georgia tenía que estar.

Mi mente solo necesitaba un tiempo para ponerse al día con el programa y abandonar esa faceta de director de pornografía que parecía ponerse de manifiesto cada vez que ella estaba cerca. Claro que si eso no ocurría pronto, yo iba a vivir perennemente con un dolor de bolas que ya era una sensación constante de mis noches, pues no quería ni podía dejar de verla, y tampoco quería ni podía ver a alguien más.

Sí, todo un masoquista.

¡El cromo que me faltaba en el álbum!

—Oye, Cash, ¿vas a quedarte un rato más o te vas ya? —me preguntó Rem, el bajista de Ares, una vez que terminamos de meter todos los instrumentos en la parte de atrás de su camioneta luego de una actuación en un bar de mala muerte en Jersey.

—No lo sé. Tengo que preguntarle a Georgia.

El sonido onomatopéyico de un látigo y las risas que le siguieron no podían provenir sino de Darrick, el baterista de la banda.

—No le hagas caso —intervino Rem aún riendo—. Solo está celoso porque nunca podría conseguir que una chica como esa.

—Yo nunca iría por una chica así, sin ofender. —Darrick levantó las manos en un gesto de paz—. Ella es linda y todo eso, pero no ando con mujeres más inteligentes que yo.

—¿Has decidido volverte célibe, entonces? —dije, medio en broma medio en serio, porque, en honor a la verdad, el único célibe del grupo era yo, aunque no iba a reconocerlo en voz alta. De hecho, todo el mundo creía que entre Georgia y yo había algo, y no podía culparlos: pasábamos demasiado tiempo juntos. Ella era mi nueva adicción.

Decir algo que aclarara el estatus de nuestra relación alertaría a todos de que ella estaba disponible, y eso no iba a pasar.

¿Egoísta? Sí. No era el peor calificativo que me hubiese sido endilgado en el transcurso de mi vida.

Regresé dentro del bar y la visión de Georgia sentada un alto taburete cerca de la barra, sosteniendo con Mason lo que parecía ser una fluida

conversación, era otro recordatorio de su perfección. En menos de tres semanas se había integrado a mi vida con la misma facilidad con la que asumía todo lo demás.

—¿De qué hablan ustedes dos? —pregunté algo suspicaz cuando me acerqué.

A pesar de que estaba consciente de que se trataba de Mason y de que Mason andaba con Alex, probablemente más enamorado de lo que jamás reconocería, no me gustaba verla tan cómoda con alguien que no fuera yo.

—Del solo de Darrick —me respondió Georgia. Tenía los ojos brillantes y las mejillas ligeramente rojas, lo que hablaba de un par de cervezas de más—. Trató de hacer algo estilo John Bonham, ¿te diste cuenta? Y terminó sonando como un Lars Ulrich borracho.

—¿Qué?

—Ella tiene razón. —Mason se encogió de hombros y se bajó el trago de tequila que esperaba por él en la barra.

—Sé que tiene razón, la pregunta es cómo lo sabe.

—¡Yo investigo! —me respondió visiblemente ofendida, y no me quedó más remedio que sonreír.

Esa era Georgia. Capaz de aprender en pocos días lo que a otros les tomaba años.

—Aunque tú estuviste genial, como siempre —añadió.

¿Debo decir que en ese momento me sentí como el doble de Hulk? No era que estuviese de mal humor, era simplemente que mi camisa iba a terminar hecha jirones si el pecho se me expandía un poquito más.

Muchas personas siempre me decían que había estado genial, o cualquiera de sus sinónimos, pero la opinión de Georgia importaba porque era sincera. Ella no quería nada de mí.

—¿Te quieres ir ya o prefieres quedarte un rato más? —le pregunté antes de dejarme llevar por el deseo irrefrenable de abrazarla, que llevaría al deseo irrefrenable de frotarme contra ella.

—Lo que tú quieras.

Esas malditas palabras tenían la facilidad de poner mi mente muy, pero que muy creativa.

Saltó del taburete, pero, en cuanto sus pies tocaron el piso, se tambaleó y tuve que tomarla por los hombros para estabilizarla. Ella se recostó contra mi pecho.

¡Mierda!

—Oye, princesa —y la separé de mí lo mejor que pude—. ¿Qué bebiste?

—*Vodka-tonic* —me respondió, sonriendo, y ladeó la cabeza—. Me gusta tu cabello.

«Y a mí me gustas tú», pensé.

—Vámonos. Te llevo a tu casa —tomé a Georgia de la mano y, una vez que estuve seguro que la tenía bien cogida, miré a Mason—. ¿Tú te vas o te quedas?

—Este sitio apesta, así que también me voy.

Con Mason liderando la comitiva, nos abrimos paso hacia la salida entre los que parecían aspirantes a extras en el programa de televisión *Hijos de la Anarquía*.

—Vaya, vaya. Si aquí están Batman y Robin, y parece que han encontrado a la afortunada del día.

«¿Qué está haciendo ese maldito tipo aquí?», susurró en mi mente el ya mencionado Hulk, aunque en esta oportunidad su aparición no tenía nada que ver con la destrucción de alguna pieza de ropa, sino con la amenaza subyacente de un posible ataque de ira.

Hacía unos seis meses que nos encontrábamos a ese sujeto esporádicamente en los sitios más diversos, y siempre había un comentario en ese tono. No podía recordar si era yo el que me había follado a su novia o había sido Mason, tampoco recordaba a la chica, aunque, para ser sinceros, cualquier mujer que se deje manosear por un virtual desconocido en el pasillo de un bar no merece un recuerdo imborrable. Yo no esperaba serlo para nadie.

—¿Te dije que este lugar apestaba? —me preguntó Mason, deteniendo su avance hacia la puerta para mirar al sujeto con su mejor expresión de pocos amigos—. Ya sabemos por qué.

—Eres una chica con demasiada clase para este par de pervertidos —el hombre se dedicó a mirar a Georgia con una sonrisa lasciva en la boca. Sentí que, de un momento a otro, me iba a poner verde—. Si estás buscando una buena montada, sin orgías o juegos extraños, yo puedo dártela.

—Quítate de mi camino —le dije lo más calmado que pude, apretando la mano de Georgia como si eso pudiera mantenerla a salvo, o al menos sorda. Si el tipo no se callaba, yo me iba a encargarme de cerrarle la boca.

—¿Cuál es el plan para hoy? ¿Mason va a follársela mientras tú miras? —más que dichas las palabras fueron escupidas como veneno—. Tal vez mientras Mason hace los honores, tú te lo folles a él. Todos saben que ese es tu estilo, Cash, siempre por detrás.

Y se agitó la bandera a cuadros. ¡Muchas gracias por jugar!

Salté encima de ese tipo, soltando a Georgia y sacando a Mason del camino. No recuerdo el orden exacto. La ira tomó por completo el control con un solo mandato: «Hazlo callar».

Todo volvió a tener algo de foco solo cuando sentí el dolor de mi puño al estrellarse contra la cara de ese imbécil, cuyos huesos, por cierto, crujieron bajo el asalto. La sangre manó de su boca como un pequeño riachuelo, pero eso no le impidió, tanto a él como a los que lo acompañaban, venir por más, y yo quería darles todo lo que pidieran. A fin de cuentas, era una buena forma de descargar la frustración.

De más está decir que se desató el pandemonio.

Capítulo 10

Georgia

La frase «partirle la cara» siempre me había parecido una exageración, una expresión prefabricada para explicar un deseo de hacer daño que nunca se concretaría. Tras los últimos acontecimientos, quedaba claro que asumir cosas sin pruebas de respaldo era malo. Eso era lo que separaba a los científicos de los filósofos.

¡Cash le había quebrado la mandíbula a ese sujeto! Hasta yo escuché el traquido desde donde estaba, y no había nada filosófico sobre ese hecho.

Luego todo el lugar se convirtió en un *ring* de boxeo.

Otro tipo caminaba hacia Cash con uno de esos palos de billar en la mano y Mason le saltó encima. Alcancé a ver a Darrick agarrar por el cuello a alguien que también pretendía inmiscuirse, para luego lanzarlo al piso.

Era muy diferente ver una pelea en un bar por televisión a estar tan cerca de ella que podías oler el sudor, la sangre e incluso la violencia. En la pantalla todo es ordenado, coreografiado; en la vida real solo es salvaje.

Rem vino a mi rescate cuando estaba tratando de fundirme con la pared más cercana para evitar ser el blanco de un puñetazo lanzado en la dirección errónea, y me sacó del bar.

El cambio de temperatura y la relativa quietud del exterior hicieron que la subida de adrenalina remitiera y todo comenzara a darme vueltas.

De haber sabido que la noche iba a terminar de esa manera ni siquiera me habría acercado a la botella de vodka.

Necesitaba pensar, ordenar ideas, encontrarle un sentido racional a la irracionalidad que había dejado atrás, pero mis pensamientos eran una masa nebulosa cuyas formas no terminaban de concretarse y se quedaban en la mera insinuación.

Con Rem sujetándome por el codo llegamos hasta el coche de Cash y, a pesar de que esperaba algún tipo de comentario, o al menos una broma que

aligerara la tensión, él simplemente se recostó en una de las puertas, cruzó las piernas a la altura de los tobillos y encendió un cigarrillo, tal y como si estuviéramos en el aparcamiento de una gasolinera esperando que el resto de Ares y Mason salieran del baño o algo así.

No me quedó otra que imitarlo: ahora que Rem no me sujetaba, el suelo parecía estar hecho de goma espuma, por lo que no era aconsejable estar caminando de un lado al otro. Además, y aunque no tenía nada que ver con mi equilibrio, mis encías estaban adormecidas y el hecho era perturbador.

No sé con exactitud si fueron pocos o muchos minutos después cuando Cash y el resto de los chicos salieron en perfecta formación de triángulo por la puerta del bar. En ese momento, y por alguna razón desconocida, mi mente comenzó a tocar el tema de una película de vaqueros e imaginé unas bolas de paja volando por el aparcamiento. Tuve que reprimir el impulso de soltar la carcajada.

De veras, no había nada por lo que reírse. El cuello de la camiseta de Mason estaba todo estirado y las marcas en su piel estaban allí para demostrar cómo la prenda había llegado a estar en esa condición; además tenía restos de sangre en la nariz, probablemente alguien había tirado de la argolla que le atravesaba ambos orificios nasales. Darrick, por su parte, tenía un corte más abajo del pómulo y los picos de su cresta, que nunca perdían la forma, apuntaban en todas direcciones.

El peor era Cash: sangraba por el labio, tenía un enrojecimiento cerca del ojo izquierdo que ya comenzaba a hincharse y que, sin la menor duda, iba a terminar siendo un hematoma. El daño en sus manos se hacía evidente con cada paso que daba para acercarse hasta donde Rem y yo los estábamos esperando. Los nudillos de su mano derecha estaban ensangrentados, pelados e hinchados.

Por alguna extraña razón, todo el cuadro me parecía bizarramente *sexy*.

—Súbete en el coche, Georgia, alguien ya llamó a la policía.

¿La policía?

La palabra me despertó.

Yo nunca, nunca, nunca había tenido un encuentro con la policía, más allá de las veces en que se veían forzados a intervenir en las fiestas de Gabrielle. Bueno, claro, también estaba aquella vez que mi hermana robó una pintura de uñas de una tienda del centro comercial, pero no había sido la policía sino el personal de seguridad de la tienda y, para salvarnos del asunto, fingí que había sido un error, pagué por el artículo y nos dejaron ir.

Nunca se lo conté a nadie. Ni siquiera hablé de ello con Gabrielle.

—Georgia, súbete en el coche —me repitió Cash exasperado.

Abrió la puerta del Mustang, me tomó por el brazo y me metió en el asiento del copiloto antes de cerrar con un portazo.

El todoterreno de Rem, aparcado justo delante de nosotros, arrancó, así como la motocicleta de Mason. Nosotros seguimos, y si hubiese sido la mitad de *nerd* de lo que la gente pensaba que era, un comentario sobre «Velocidad *warp*, capitán Kirk» hubiese sido apropiado.

Una de las manos ensangrentadas de Cash aprisionaba con fuerza el volante mientras la otra hacía lo propio con la palanca de cambios. *Seek and Destroy* de Metallica sonaba a todo volumen a través del iPod y, aunque no tenía una visual apropiada, estaba segura de que la bota de Cash pisaba el acelerador hasta el fondo, pues las calles de Jersey iban quedando atrás como imágenes desfiguradas.

—Cash, necesitas bajar la velocidad —dije, pero fue como hablarle a una pared. Ni un solo músculo de la cara se le movió—. ¡Cash! No quiero morir en Jersey.

Poco a poco la velocidad disminuyó hasta que se detuvo en el bordillo.

No había preparado lo que iba a decirle, tampoco tuve tiempo de hablar. Se bajó cerrando de un portazo y dio una, dos, tres patadas al guardabarros del Mustang, y luego lanzó un puñetazo que impactó en el capó.

Si lo dejaba seguir comportándose de esa forma iba a fracturarse una mano, y para un guitarrista eso era tan malo como para un cirujano.

Salí del coche y di un portazo para llamar su atención.

—¿Ya terminaste o quieres golpear otra cosa?

No me contestó. Simplemente se quedó parado ahí, respirando trabajosamente y con una mirada expectante y a la vez asustada, como la de un cachorro que espera que le den con el periódico por masticar un zapato.

—Déjame ver esas heridas.

—No es nada.

—¿Ahora eres médico?

Salvé el espacio que nos separaba y tomé su mano derecha entre las mías para ver mejor el daño a sus nudillos y palpar si había alguna fractura. Debía dolerle mucho, porque, tras unos breves segundos, se soltó de mi agarre como si no pudiera soportarlo. Pasé entonces a inspeccionar la herida en su labio, tratando de tocarla lo más suavemente que pude.

—¿Duele?

—Ya no —pero la voz le salió temblorosa, así que no le creí.

Para ver más de cerca el golpe en el ojo, que afectaba hasta la parte superior del pómulo, tuve que apartar un mechón de sus cabellos que tapaba la zona. Sin embargo, en cuanto mis dedos hicieron contacto con las finas hebras, tan suaves como una pluma, todos mis propósitos médicos quedaron en el olvido.

Hundí los dedos por completo en la melena, retorciendo ligeramente los mechones, deleitándome en la sensación. Ni siquiera me di cuenta de lo que estaba haciendo hasta que la mano de Cash se cerró sobre mi muñeca, inmovilizándonos a ambos.

Sabía que era el momento de hacer o decir algo, un chiste parecía lo adecuado, tal vez pedirle que me recomendara su champú. A fin de cuentas no podíamos quedarnos toda la noche parados frente a frente en el medio de la calle, yo con mi mano enredada en sus cabellos y él sosteniendo mi muñeca.

Fue entonces cuando se inclinó y besó ese punto en el que la mano deja de ser mano, justo allí donde las venas son evidentes, y que lo transforma en el punto favorito de los suicidas. Todo desapareció: la calle, las luces, incluso mi respiración se fue de vacaciones conjuntamente con mis cuerdas vocales y mi siempre escaso sentido del humor.

Sus labios se retiraron lentamente, dejando tras de sí la estela tibia de su respiración y un incendio en mi interior, al que le llegó más gasolina cuando la siguiente parada de esos labios fue mi boca.

¡Cash me estaba besando!

Sus labios eran suaves y se presionaban contra los míos, una y otra vez, con delicadeza. Y, a diferencia de aquel primer beso que recibí en mi adolescencia en Central Park, no sabía a manzanas y a inexperiencia. Es más, no sabía a ningún alimento, sino a hambre, una deliciosa y tortuosa mezcla de deseo contenido y desesperación.

De más está decir que toda esa atracción que había intentado reprimir durante las últimas semanas regresó de golpe y cobrando intereses.

Fui yo la que abrí mi boca contra la suya, fue mi lengua la primera en atacar, porque sabía que era el único alimento que podía saciarme, y poco a poco la delicadeza y ternura con la que ese beso había comenzado fueron sustituidas por urgencia y necesidad.

No me importaba que no fuera el hombre adecuado para mí, tampoco que no pudiera verme con él de aquí a diez años, no me importaba ni siquiera que tuviese el labio partido y que la intensidad de los besos podía hacerle daño.

Me sentía viva y la sensación valía la pena.

Cash soltó mi muñeca para abrazarme por la cintura, atrayéndome más hacia su cuerpo, y yo aproveché la libertad para aferrar su camiseta con mis manos.

Mi espalda chocó con algo duro y frío que no podía ser otra cosa que el coche, pero no estaba en condiciones de cerciorarme. Las manos de Cash, ahora que me tenía inmóvil entre su cuerpo y el vehículo, habían dejado de aferrarse a mi cintura para rebuscar en mi cuerpo con un solo objetivo: el botón de mis vaqueros.

En tres movimientos precisos, el botón quedó suelto; el cierre, abajo; y la tela sobre mi vientre, separada. Sus manos acariciaban la parte superior de mi ropa interior como calentando el terreno para deslizarse más abajo.

Si mi boca no hubiese estado muy ocupada besándolo, separándose únicamente lo necesario para tomar aire, le habría dicho que no necesitaba calentar nada. Yo ya estaba a punto de ebullición, debido a tantos días de pensamientos descartados. De hecho, si no se daba prisa, iba a entrar en combustión espontánea.

Como leyendo mis pensamientos, dejó de besarme pero solo para separarme del coche, girarme un poco y comenzar a empujar mis vaqueros hacia abajo.

No me importaba que estuviésemos en el medio de la calle, creo que ni siquiera lo recordaba. Lo único que sabía era que quería sus manos en mí, tocando y acariciando.

Y, de pronto, se detuvo.

Se me quedó mirando unos segundos como si tuviera problemas en conjugar el escenario, sus acciones y mi persona. Pestañeó un par de veces antes de que su cara se transfigurara completamente en una mueca de horror.

—Lo siento, en serio, lo siento tanto —se separó de mi como si tuviera lepra—. Nunca debí, no quería... No estaba pensando claramente.

—Está bien —dije confundida, porque sin duda lo que no estaba bien era que se hubiese detenido—. No hay problema.

—Sí, sí lo hay —me interrumpió con tono definitivo—. Nosotros no hacemos esto, somos amigos, y me disculpo por mi comportamiento. No sé qué me pasó.

—Claro —dije, levantando de nuevo las paredes de mi fachada que tan fácilmente se había derrumbado.

Me di la vuelta para abrir la puerta del coche. Tal vez dentro, en la oscuridad, fuese menos evidente que estaba a punto de llorar.

—¿Georgia?

Fantástico. El maldito desgraciado ni siquiera me iba a dar unos segundos para que llorara la pérdida de mi dignidad en relativa privacidad.

—¿Sí? —pregunté sin dejar de hacer lo que estaba haciendo, que era abrir la maldita puerta del coche que también parecía conspirar en mi contra.

—Es mejor así. Créeme. Me encanta estar contigo, pero no eres ese tipo de chica.

Capítulo 11

Cash

Father and Son de Cat Stevens sonaba en mi teléfono, lo que significaba que esa llamada tempranera que me sacaba de un sueño profundo e intranquilo era de mi tío.

—John... —contesté con esa voz áspera de quien aún está dormido. Traté de estirarme en la cama, pero todos los músculos me dolían—. ¿No te parece que es un poco temprano?

—Son la diez de la mañana y no es tu tío. Es tu madre.

Al momento que escuché su voz me incorporé de golpe. Era como ser despertado por la mismísima parca.

—¿Por qué llamas desde ese teléfono?

—Porque si te llamo del mío no contestas.

Cierto. Cada vez que desde mi iPhone sonaba *Master of Puppets* de Metallica la llamada iba inmediatamente al buzón de voz y, si se dignaba a dejar un mensaje, era borrado inmediatamente sin ser escuchado.

—¿Qué quieres, Reva? ¿Pasó algo?

—¿Es que una madre no puede querer hablar con su único hijo?

—¿Una madre? Sí. ¿Tú? No tanto. Así que te repito la pregunta: ¿qué quieres?

—Tengo en mis manos el seguro de tu coche.

—¿Por qué? —pregunté suspicaz.

—Porque yo te lo compré y, en vista de que no has pagado el seguro, la compañía me contactó.

¡Mierda!

Tenía veinticinco años, vivía solo desde que fui mayor de edad y, aun así, ser agarrado en una falta por mi madre generaba nudos en mi estómago.

—Mándame los papeles. Lo pagaré la semana entrante.

—Ya hice el cheque.

—No lo hagas.

—Hagamos un trato.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Hacer un trato con ella era como pactar con el demonio. De cualquier forma salías jodido.

—Puedes tener los papeles y tu supuesta independencia si vienes a almorzar conmigo.

—¿Quieres que vaya a Nashville a comer pollo frito picante? —pregunté, tratando de ganar tiempo mientras mi cerebro se terminaba de despertar y daba con alguna manera de librarme de la red en la que yo solito me estaba revolcando.

—No seas tonto —se rio, y juro que para mí la risa de cualquier bruja de cuentos de hadas era más benévola—. Tu tío y yo estamos en Nueva York. Nos vemos en Keens a la una.

Y simplemente colgó.

Así eran las cosas con mi madre. Lo que quería lo conseguía. Con esas tácticas había pasado de cantar en bares a ser la diva del *country*.

La única jugada conocida que no le había salido bien fue embarazarse del hombre que la ayudó a construir su carrera, para asegurarse de que ese hombre, conocido también como el múltiple ganador del Grammy, Colton McIntire, jamás se convirtiera en la competencia.

No lo logró y, aún en medio de su derrota, aprovechó la situación para grabar un par de discos donde lo insultaba. Gracias al hambre de la gente por el cotilleo, esos sencillos se convirtieron en discos de platino y la consolidaron como una estrella.

Sí, mi madre siempre ganaba, aun perdiendo.

La cuestión ahora era ¿qué podía querer de mí?

Obviamente no se trataba de que me extrañara o que estuviese preocupada. Una mujer que deja a su hijo de tres años al cuidado de su hermano y su cuñada para cultivar una carrera y que, durante los siguientes quince años, nunca pasa con el mencionado hijo más de unas cuantas horas al mes, no era un modelo de amor maternal.

Hasta los dieciocho años, edad en la que tomé posesión del fideicomiso que mi padre había destinado para mí y dejé Nashville para irme a Los Ángeles, nunca pasé ni una noche en casa de Reva. Ni siquiera tenía una habitación allí. Siempre viví con mis tíos, sin padre y sin madre. Para ella yo solo era una apuesta que no había salido bien. Y para Colton, bueno, nunca estuve seguro.

Mi madre le puso una orden su contra cuando yo era niño, alegando que su conducta escandalosa no era un ambiente adecuado para un menor. El primer y único contacto que habíamos tenido, más allá de los regalos que llegaban puntualmente en Navidad y el día de mi cumpleaños, fue cuando vine a Nueva York. Yo necesitaba ayuda y lo llamé. Me compró el ático, me hizo algunos favores y me dejó una tarjeta de crédito dorada. Nunca más lo vi.

Definitivamente, el modelo perfecto de la disfuncionalidad familiar.

¡Dios! ¿En qué momento un equipo de construcción se había mudado a mi cabeza y había comenzado a hacer dolorosas reparaciones?

Tratar de descifrar los trucos de Reva no era buen analgésico, mucho menos recordar mi «feliz» infancia, así que la mejor opción parecía ser saltar a la ducha e ir a averiguar qué quería esa mujer. Me quedaba el consuelo que mi tío John estaría allí, y él era lo más parecido a Suiza cada vez que Reva y yo chocábamos.

En cuanto salí de la cama y el espejo de la puerta abierta del armario me devolvió el reflejo, recordé exactamente por qué me sentía como si acabara de pasar por una trituradora. Mi ojo estaba morado e hinchado, al igual que mi labio inferior.

Miré mis manos con horror, pero no por el daño que había allí, sino como un recordatorio de lo peor de la noche: lo que había pasado con Georgia.

Había perdido el control y me despreciaba por ello.

Cuando tomó mis manos para examinarlas, sentí que algo dentro de mí iba a estallar. La cosa pasó de rojo a negro en cuanto puso sus dedos en mis labios y, cuando acarició mi cabello, supe que iba a besarla. Punto. No hubo tiempo de considerar mis opciones, y tampoco de darme la charla usual sobre lo importante que era no fastidiarla con una mujer así.

Había sido delicioso. Como el buen *whisky*, ese beso se me había ido directo a la cabeza haciéndome perder el control en unos pocos segundos. Estuve a punto de voltearla, bajar sus vaqueros para tener más fácil acceso y tomarla allí, por atrás, en medio de la calle y a la vista de cualquiera que pudiera pasar.

La sola idea había aumentado exponencialmente el deseo físico que la pelea había desatado y el calor que sus besos habían generado. Ni siquiera me detuve a pensar que ella jugaba en una liga completamente diferente, donde las cosas que yo hacía, lo que disfrutaba, no era aceptado.

Las chicas como Georgia podían llegar querer un revolcón con alguien como yo por curiosidad, pero cuando se daban cuenta de que la realidad

superaba cualquier cosa que pudieran haber imaginado salían corriendo.

Por ello, después de llegar a casa sostuve una larga conversación con una botella de Patrón que tenía olvidada en mi *closet* y llegué a la conclusión de que, por su bien y por el mío, tenía que mantener mis asquerosas manos lejos de ella.

Con peor humor del que había tenido al despertarme, porque una cosa era estar convencido de que lo mejor era estar lejos de Georgia y otra que la perspectiva me gustara, llegué a Keens solo media hora tarde. Eso enfadaría a Reva, pero no sería una falta de respeto para John.

Me abrí paso entre los estirados comensales y las humeantes bandejas con filetes de todos los tamaños y grosores hasta dar con la mesa donde me esperaban la mujer que me dio la vida y el hombre que me crio.

Reva y John eran gemelos y se parecían tanto, con su cabello negro como la tinta y sus ojos verdes, que algunas veces resultaba cómico que pudiese querer tanto a uno y odiar tanto a otro.

—¡Oh, por Dios! —fue la expresión de Reva al verme llegar—. ¿Qué le pasó a tu cara?

—Yo no pregunto nada sobre tu cara cuando te inyectas bótox, así que espero de ti la misma cortesía.

Sin esperar su respuesta miré a mi tío John, que se había puesto de pie para saludarme, y le dediqué una sonrisa sincera. A fin de cuentas, ese era el hombre que me había enseñado a atarme los zapatos y a conducir, y el que me regaló mi primera caja de preservativos.

—Apuesto a que chocaste contra una puerta —me dijo sonriendo. Era un eufemismo que usaba para referirse a mis peleas desde la primera vez que, siendo un adolescente, llegué a casa magullado. Luego estrechó mi mano y levantó una ceja al ver mis nudillos—. Espero que la puerta haya tenido lo que merecía por atravesarse en tu camino.

—La puerta quedó peor que yo.

—Bien.

Sin decir nada más hizo un gesto hacia una silla vacía y pidió bebidas, todas sin alcohol, a una camarera que se acercó. Mi tío era un dolor en el trasero cuando se empeñaba en cuidar de mis vicios.

—Bueno, ya estoy aquí —miré a Reva significativamente—, así que puedes darme los papeles.

—No has comido todavía —y se puso a estudiar el menú como si fueran los reportes de ventas de sus discos—. El *sirloin* aquí es muy bueno, también

la ensalada de espárragos. ¿Estás comiendo suficientes vegetales, Cash? Recuerda que tienes un agujero en la médula ósea.

—Calla de una vez, Reva, y dime qué quieres —esa mujer tenía la facultad de agotar mi paciencia en dos segundos—. Ambos sabemos que esto no tiene nada que ver con el seguro de mi coche ni mucho menos con la calidad de mi alimentación.

—Queremos que vuelvas a casa.

Menos mal que fue mi tío John quien lo dijo o el almuerzo habría terminado.

—Esta es mi casa ahora —respondí tratando de no ser grosero.

—Tú nunca quisiste venir a Nueva York, lo hiciste por Sorel y, bueno, admitámoslo, porque era una forma de hacernos enfurecer —dijo mi tío—, pero ella se fue, Cash, su vida está en Europa con Andras y no va a volver.

—¿Has hablado con ella? ¿Está bien? ¿Se va a casar?

—Está preocupada por ti. Dice que ha intentado llamarte las últimas dos semanas y no has contestado. En cuanto a lo de casarse, estoy seguro que ella querrá decírtelo a ti primero.

—Cash, tú eres un músico talentosísimo —Reva intervino, sabiendo que en ese momento mis defensas estaban bajas con toda la charla sobre Sorel, y también porque su ego no le permitía estar en un lugar donde no llevara la voz cantante en todas las conversaciones—, fue lo único bueno que heredaste del infeliz de tu padre, además de la apariencia, lo cual le debe haber sentado como una patada en el trasero después de que nos sometió a la humillación del examen de paternidad. Eres la viva imagen de ese desgraciado...

—Reva... —John trató de amonestarla, pero ya yo estaba acostumbrado, no solo a los insultos para con Colton, sino a sus quejas interminables sobre que yo no me parecía nada a su lado de la familia. Donde ellos eran todo piel pálida, ojos verdes y cabello oscuro, yo era McIntire de pies a cabeza con mi amplia gama de marrones y dorados. Un recordatorio que a ella no le gustaba mirar.

—La cosa es que no queremos que tu talento se desperdicie tocando en esos sucios bares de mala muerte —prosiguió ella, dejando de lado los insultos hacia Colton y encontrando un nuevo blanco en mi trabajo—, y como nunca nos has dejado ayudarte...

—No quiero ayuda, quiero lograrlo por mí mismo.

—Lo sabemos y, después de darle muchas vueltas, he dado con una forma. —Reva sonrió, mostrando todos los dientes y me preparé para recibir el golpe—. Tienes que tocar para mí.

No pude controlarme. Estallé en carcajadas. Eso era lo más absurdo que podía salir de la boca de cualquier ser humano. ¡Yo tocando *country* en la banda de mi madre!

—Eso me suena como que has dado con una forma para ayudarte a ti misma —dije, aún tratando de controlar la risa—. Además, yo no toco esa música, no me gusta.

—Claro, porque el *country* es tan horrible, una cosa de campesinos —me contestó ella con desprecio, sacando aún más, si era posible, ese acento sureño que yo me había esforzado por erradicar—. Déjame recordarte, jovencito, que ese ático en el que vives y todo el dinero que botaste cuando vivías en Los Ángeles vino del *country*, pues la última vez que chequeé Colton no tocaba *jazz*. El coche que tanto amas lo pagó el *country*, tu educación también la pagó el *country*. Todas y cada una de las cosas que tienes no las pagó tu amado *rock*, por el contrario, esa música casi te mata, así que quítate la mirada de superioridad...

—Eres tan diva —la interrumpí con burla. Para ella el único fin de la música era hacer dinero—. Lo único que te faltó decir es «yo soy el *country*».

—¡Pues lo soy!

—Y por eso lo odio.

Comencé a levantarme de la mesa, porque el almuerzo, aún antes de que ordenáramos la comida, ya había terminado; pero mi tío John me tomó por el brazo y, aunque hubiese podido sacudírmelo con facilidad, no era con él con quien estaba molesto.

—Tu madre está a punto de comenzar a grabar su nuevo disco, luego irá en una gira nacional —dijo, utilizando su tono de negocios, ante el cual era muy difícil reaccionar de manera emotiva—. Si participas, tu nombre estará en un disco, como guitarrista, compositor, arreglista. Lo que quieras. Además, tendrás la oportunidad de que la gente te vea tocar en una escala más grande. Conocerás personas, harás contactos y, con todo el talento que tienes, en menos de lo que piensas estarás haciendo tu propia música.

—Eso suena bien, en teoría, pero la gente siempre va a saber que soy el publicitado hijo no deseado de la Diva del Country y el múltiple ganador del Grammy. Aunque me cambie el nombre...

—Todo el mundo sabe quién eres, no se puede evitar —me interrumpió—. Ahora tienes que demostrarles lo que eres capaz de hacer, aun a pesar del nombre.

—Solo tengo que volver a Nashville —respondí cínicamente, pues no tenía ningún argumento lógico para negarme, salvo que no quería.

—¿Qué te ata a Nueva York, a fin de cuentas?

«Georgia», fue lo primero que pensé, sin darme cuenta, y no era un pensamiento lógico, más cuando me había prometido a mí mismo que me mantendría alejado.

Tal vez la oferta de mi tío fuese una oportunidad para más de una cosa. A fin de cuentas, siempre regresaba a casa cuando era el momento de desintoxicarme.

—Voy a pensarlo y te llamaré.

Capítulo 12

Georgia

—¿Georgia? ¡Georgia, levántate!

¿Asesinar a tu compañera de piso por intentar despertarte era ilegal? Tendría que preguntarle a alguien de la escuela de leyes. Pero no en las próximas horas. Aún medio dormida, sabía que algo terrible ocurriría si abría los ojos.

—¡Por todos los cielos! ¡Georgia!

Holly abrió las persianas de mi habitación dejando entrar la maligna luz solar. ¡Sí, maligna! Todos los estudios científicos sobre sus beneficios eran mentira, una excusa para hacernos salir de la cama y ser productivos y yo no quería. No obstante, Holly tenía otras ideas y ahora luchaba por arrebatarme la almohada con la que tapaba mi cara.

—¿Qué pasa? —dije, poniendo mi brazo sobre mis ojos a modo de escudo

—. ¿Sabes una cosa? No me interesa.

—Vas a perder un examen parcial.

—¿Qué?

Algo dentro de mí reclamaba que prestara atención y esa voz estaba opacando a la que me decía que siguiera durmiendo.

—Ese examen de Química o Anatomía para el que has estado estudiando es hoy, en quince minutos. Lo dice tu calendario.

Como si mi cama tuviera un resorte que no era controlado por mí, salí despedida y, sin perder el paso, me metí en el baño. No formaba ningún pensamiento coherente. Solo seguía un impulso que me decía que tenía que seguir moviéndome.

Sin embargo, la lamentable imagen que me devolvía el espejo me hizo salir del modo automático para enfrentarme con esa realidad que quería evitar. Tenía el cabello revuelto, que de seguro olía a noche de juerga, y

círculos negros bajo los ojos que hablaban de muchos días acostándome de madrugada, no precisamente por estar estudiando.

Solo tenía tiempo para lavarme los dientes. Necesitaba sacarme ese sabor amargo de la boca y, además, debía intentar borrar el rastro de unos besos que no habían significado nada y todo al mismo tiempo.

Sin embargo, no importaba las maravillas que prometiera Colgate en sus anuncios televisivos, el flúor no sustituía a una lobotomía, y eso parecía ser lo único que funcionaría para hacerme olvidar la boca de Cash sobre la mía, sus manos en mi cuerpo.

«No eres ese tipo de chica» era una frase que pasaría a la historia como el símbolo universal de la humillación.

—¿Qué estás haciendo, Georgia? —Holly me estaba esperando sentada en mi cama y con rostro severo, cuando regresé a mi habitación.

—Necesito vestirme.

Abrí el clóset y no sabía si gritar por la frustración o sentarme en el piso a llorar de la desesperación. Casi no tenía ropa limpia, porque los dos últimos fines de semana había estado con Cash y no había lavado.

—Oye —Holly salió de la cama, advirtiéndome que estaba a punto de derrumbarme, y me tendió unos pantalones cortos y una camiseta que estaban en el suelo, pero que no tenían ningún rastro visible de suciedad. La ropa interior obviamente estaba sobrestimada.

—Gracias —dije, deseando hacerle una estatua lo más pronto posible, y comencé a vestirme.

—Esto tiene que parar. —Holly estaba ahora organizando mi bolso.

—No sé de qué estás hablando.

—Estoy hablando de Cash. Estoy hablando de que sales con él cada noche, bebes, llegas de madrugada, faltas a clases, no estudias y estoy segura de que has dejado de entregar trabajos y perdido algunas pruebas. ¿Es eso lo que quieres? ¿Botar en la papelera tu carrera en Columbia por un hombre que no hace otra cosa que salir a un bar distinto cada noche? Estoy segura de que es un dios del sexo, el mejor que has tenido...

—Necesito irme —dije para acallar la voz en mi cerebro que me recordaba que, si Cash era un dios del sexo, yo nunca lo sabría.

—Georgia...

—No te preocupes. Todo va a estar bien —sonreí, tratando de respaldar con algún gesto mis palabras.

Tomé mi bolso con rabia y a la carrera salí del apartamento. Cada paso que daba retumbaba dentro de mi cabeza como un tambor y el sonido,

sospechosamente sonaba como «estúpida, estúpida, estúpida».

Mi vida tan cuidadosamente planeada, mi esfuerzo de tantos años... Habían bastado unos panqueques y un par de sonrisas para que olvidara, no solo echarle color a las orillas, sino todo el maldito plan y ¿por qué? ¿Por un hombre? Eso por sí solo era patético y, si agregábamos que el mencionado hombre ni siquiera me consideraba su tipo, eso me colocaba en la escala más baja de los organismos unicelulares. Es más, no era más que un vegetal, de esos que crecen cerca de la tierra: una zanahoria o una calabaza.

Lo más triste del caso es que esa mujer que había pasado tres semanas emborrachándose e investigando en internet los orígenes del *rock* era total y absolutamente yo. Ni siquiera podía alegar locura momentánea generada por exceso de lujuria reprimida. Había asumido mi nuevo estilo de vida con la misma determinación y orden con la que había emprendido todo lo demás: hice una agenda para estar con Cash, llené mi cabeza de la información necesaria y me convertí en la amiga perfecta.

¡Hasta comencé a seguir a *The Walking Dead* en Twitter!

Ese había sido el problema. Traté de darle a Cash lo que creí que él necesitaba y me olvidé completamente de lo que yo quería, con el argumento timorato que reza «las chicas buenas no hacen esas cosas».

¡La maldita historia de mi vida!

Corrí escaleras arriba hasta llegar al pasillo donde estaba el salón de clases. La puerta estaba abierta. Aún tenía tiempo.

En cuanto llegué al umbral, el profesor salió a mi encuentro y me miró de arriba abajo con una sonrisa de triunfo.

—Llega tarde, señorita Fisher —dijo, y me cerró la puerta en la cara.

Ya fuera literal o figurativamente, aparentemente portazos en la nariz era lo único que estaba destinada a recibir últimamente.

Con la espalda derecha y el mentón en alto, porque una podría sentirse como una piltrafa, pero jamás debía demostrarlo, llegué hasta la seguridad de la escalera menos transitada y me derrumbé.

«Piensa, Georgia, piensa», me dije a mí misma, porque pensar era mejor que echarme a llorar.

Solo que no podía pensar, porque mi teléfono estaba repicando y, de acuerdo con el identificador de llamadas, era mi mamá. Mi mamá nunca, pero nunca, nunca, llamaba durante mis horas de clases.

¿Sería posible que ya se hubiese enterado de mi fracaso académico?

—¿Mamá? —contesté recelosa.

—Georgia, lamento molestarte cuando sé que estás en la universidad, pero quería decirte que ya envié a tu casa el vestido para el evento de esta noche.

Desesperadamente intenté encontrar en el bolso mi agenda para saber adónde demonios se suponía que debía ir en vez de, como lo tenía planeado, meterme bajo las mantas y comer toneladas de helado con chispas de chocolate. No obstante, y era una prueba de mi maltrecha suerte, la muy escurridiza agenda se negaba a aparecer.

—Gracias —dije, porque era la respuesta menos comprometedora.

—Nos vemos en unas horas.

Cuando cesó la comunicación, la agenda apareció y pude leer resaltado en rojo: *8 PM, cóctel benéfico para el ala cardiológica infantil. Hotel Plaza.* Más abajo, en azul marino: *11 PM. Cumpleaños Mason. Improvisación.*

Era obvio a lo que se refería mi mamá.

El resto del día asistí a clases para comenzar a reparar así el daño a mi promedio. Cuando llegué a casa, previa llamada a la librería para justificar mi ausencia, me concentré en arreglarme para hacerle justicia al hermoso vestido azul cielo de corte asimétrico que mi madre había elegido para mí.

A las ocho y diez de la noche estaba entrando al Hotel Plaza y, durante la siguiente hora, sonreí adecuadamente, estreché manos de futuros mentores y sostuve charlas intrascendentes con profesionales de la medicina que intentaban convencerme de que su especialidad era la adecuada para mí.

Cuando consideré que había hecho suficientes relaciones públicas, me retiré a la barra, y ordené un vaso de agua con hielo, esperando que diluyera el sabor amargo en mi boca.

—Una enorme donación por tus pensamientos.

Sin dar crédito a mis oídos volteé.

—¡Josiah! —exclamé, y finalmente sentí que el aire llegaba de nuevo a mis pulmones—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—No iba a dejar que te llevaras toda la gloria —y sonrió.

Lo mejor de Josiah era, y siempre había sido, su sonrisa. A pesar de su eterna apariencia del Ken de la Barbie, sus trajes Armani y sus camisas Ralph Lauren, su sonrisa le daba la calidez necesaria para que no pareciera hecho de plástico y, en ese momento, yo necesitaba todo el calor que pudiese conseguir, pues desde la noche anterior el Ártico se había mudado a mis venas.

—Menos mal que estás aquí.

Sin pensar en que estaba completamente fuera de lugar en un evento como ese, lo abracé fuerte, pasando mis manos por debajo de su saco para asirlo

mucho mejor.

—¿Georgia? —delicadamente me tomó por hombros y me separó de él, lo suficiente para poder verme la cara—. ¿Qué pasa?

—Estoy reprobando el semestre.

No era exactamente eso, pero con solo mencionar ese pequeño efecto secundario en voz alta sentí que me había quitado un peso de encima.

—¿Por qué no me llamaste? —Y comenzó a pasar las manos por mis brazos, como si instintivamente supiera que lo que necesitaba era entrar en calor—. Puedo ayudarte, darte tutorías por Skype. ¿Qué materia no entiendes?

—No es que no entienda algo, es que... —me separé un poco buscando las palabras adecuadas. No había nada que no pudiera contarle a Josiah, porque era la única persona en mi vida que nunca había necesitado que fuera de una manera u otra. Con él estaba bien admitir que me había equivocado, aunque no era sencillo—, conocí a este sujeto. Es un guitarrista que toca en una banda de *rock*. Tiene el pelo largo y tatuajes y *piercings* y me siento tan estúpida.

Esperé a que pusiese su mejor cara de preocupación, incluso de decepción. Lo que nunca esperé fue que soltara una carcajada.

—¡Georgia Fisher está atravesando su fase de chico malo! No te preocupes, les pasa a todas.

—¡No es un chico malo! —lo interrumpí indignada, antes de darme cuenta de que, pese a mis pensamientos asesinos de las últimas horas, aún defendía a Cash—. Me hace la comida, me espera en la tienda por las noches para que no camine sola. ¡Hasta carga mis libros!

—¿Y eso te hace sentir estúpida por...?

Tomé aliento para darme valor. Estaba a punto de confesar mi humillación en público y, aunque ese público no fuese otro que mi mejor amigo, de todas formas me daba un poco de vergüenza.

—Después de salir por semanas, semanas en las cuales falté a clases y dejé de entregar algunas pruebas de laboratorio, anoche estábamos huyendo de una pelea en un bar ...

—¿Huyendo de una pelea en un bar? —me interrumpió—. ¡Esa es mi chica!

—No estás ayudando. Esto es serio —lo regañé, y procedí a explicarme lo más objetivamente que pude, porque después de torturarme y darle vueltas en mi cabeza había llegado a la conclusión de que, tal y como ocurría en los casos clínicos poco comunes, necesitaba una segunda opinión. Mientras no entendiera lo que había pasado no iba a ser capaz de sacármelo de la cabeza

—. Nos besamos en el medio de la calle por primera vez y él paró y dijo que yo no era ese tipo de chica. ¿Qué significa eso? ¿No soy besable? Porque él no parece ser del que tiene escrúpulos en eso de andar besando gente por ahí.

—Eres cien por ciento besable —y para demostrar su punto me dio un beso en la cabeza—, pero el sujeto tiene razón. No eres ese tipo de chica.

—Repito la pregunta —dije, sintiendo que estaba a punto de perder la paciencia—. ¿Qué demonios significa eso?

—Vamos a bailar —me tomó de la mano y me condujo hasta la pequeña pista de baile— y te daré mi opinión profesional.

—¿Opinión profesional?

—He sido un hombre toda mi vida. Eso me califica como un profesional.

Me tomó por la cintura y, con la facilidad que da la práctica a dos personas que aprendieron a bailar juntas, comenzó a mover nuestros cuerpos al ritmo de una versión orquestada de Tony Bennet.

—¿Recuerdas la primera vez que dormimos juntos? —me preguntó cuando habíamos dado unos cuantos pasos.

—¿Te refieres a esa vez que montamos tiendas de campaña en la terraza de casa de sus padres?

—Sabes que no me refiero a esa vez.

—¿Te ofenderías mucho si te digo que prefiero no recordarlo?

Josiah puso los ojos en blanco.

—Que quede claro que he mejorado mucho desde entonces.

—Lo sé. Estuvimos juntos unos años más después de eso.

—Y he mejorado todavía más —movió las cejas en forma sugerente y luego me dio una elaborada vuelta—. A lo que me refiero es que, cuando decidiste que estabas lista, hiciste una cuidadosa planificación: decidiste el día, reservaste el hotel, compraste los preservativos, la ropa, eso sin contar todo el material que tuvimos que leer. No fue algo que pasó, Georgia, no fue espontáneo.

—Ahora me vas a decir que no querías y que yo te obligué —respondí, un poquito a la defensiva.

—Tenía diecisiete años y había tenido la misma novia desde los catorce. ¡Claro que quería! En ese entonces me sentía como el único adolescente virgen de todo el planeta —hizo una mueca de burla—. Además, yo sabía, tal y como lo sé ahora, que la verdadera Georgia, esa que por tantos años has escondido, no es esta mujer que se esfuerza demasiado por ser perfecta y controlarlo todo, ella es solo una consecuencia de una malentendida responsabilidad. La verdadera Georgia, de la que me enamoré cuando era un

crío, es inteligente pero divertida, cálida y, aunque muy organizada, se permite de vez en cuando ser un poco loca.

—No entiendo qué tiene este viaje al pasado con mi situación actual.

Josiah nos movió por el salón, apartándonos de otras personas que bailaban demasiado cerca, lanzando miradas furtivas y seguramente haciendo sus apuestas sobre cuándo la pareja dorada volvería a juntarse.

—Un sujeto no pasa tanto tiempo con una mujer, preocupándose por ella, cuidándola, si no le interesa. El problema es que esta Georgia que has construido con el paso de los años, esta versión odiosamente perfecta de la original, es una muñeca de porcelana, y las muñecas de porcelana son para tenerlas en una repisa, no para ...

—¿Tener sexo desenfrenado en un callejón?

—Exacto.

Delicadamente pegó aún más nuestros cuerpos e inclinó su cabeza hasta que sus labios quedaron cerca de mi oído.

—No eres Gabrielle ni tampoco eres responsable de llenar su cuota — aunque lo dijo casi en un susurro, sus palabras eran serias. Casi parecía estar molesto—. Deja de ser conserje de la vida de todos los que te rodean y comienza a vivir. ¿De verdad te gusta este sujeto?

—Sí me gusta, mucho más de lo recomendable.

—Entonces preséntale a mi Georgia.

—No recuerdo dónde encontrarla.

—Solo deja de pensar tanto, sé espontánea.

Yo podía ser espontánea, siempre y cuando tuviese tiempo para planearlo.

Capítulo 13

Cash

—¿Me alcanzas una botella de José Cuervo?

Lara me miró desde la barra como si le hubiese pedido un té de camomila.

—¿Tequila? —preguntó, como para estar segura de que yo no hubiese olvidado los distintos tipos de bebidas alcohólicas que podían freírte el cerebro.

—Es el cumpleaños de Mason —me excusé—. Estoy bebiendo según el gusto del homenajeado.

—Ajá, ¿y qué más?

Lara puso la botella sobre la barra, pero había cierta advertencia en sus ojos que me decía que no podía tomar la botella hasta que contestara su pregunta.

Esa mujer en vez de cantinera debía ser maestra de *kindergarten*.

«Mi vida es un maldito desastre» podía ser una buena explicación, aunque no era nueva. «Cada decisión que tomo parece ser la equivocada», esa también se ajustaba, pero era la historia de mi vida.

—Fui a almorzar con Reva —dije, pensando que cualquiera que hubiese pasado por eso merecía algo de agave fermentado.

—¿Qué pasó?

—Veo que estamos empezando temprano —dijo Darrick, apareciendo de la nada y evitándome el fastidio de tener que entrar en el terreno escabroso de las revelaciones familiares para que Lara me diera la maldita botella.

—Nunca es suficientemente temprano para mis amigos Jack, Johnny o José —le respondí con una gran sonrisa, tratando de sumergirme en el ambiente fiestero.

Si podía fingirlo, podía lograrlo.

—¡Amén! —dijo Darrick, agarrando la botella y destapándola.

En vista de que ya no tenía posesión de la única cosa que me hacía soportarla, Lara se dio por vencida y sacó dos vasos pequeños y un plato con unas cuantas rodajas de limón. Claro que, para no verse completamente derrotada, me echó una mirada significativa antes de retirarse.

Tras un breve brindis, di la bienvenida al abrasante calor del tequila bajando por mi garganta y sentí que las tensas cuerdas de mi angustia comenzaban a soltarse.

En el otro extremo de la barra había una rubia que no tenía ningún reparo en ocultar su interés y, en caso de que mi visión presentara algún tipo de fallo, cada cierto tiempo movía la melena de un hombro a otro.

Consideré la opción por medio segundo antes de darme cuenta de que, por esta noche, nada de rubias.

—¡Cash! —Darrick me dio un golpe en el hombro antes de mirar alternativamente a la rubia y a mí con expresión atónita—. ¿Qué carajo estás haciendo?

—Tú sabes, lo de siempre —me encogí de hombros como si no fuera la mayor cosa—. Chequeando lo que hay en el menú.

—¿Dónde está la doctora?

—Siendo perfecta lejos de toda mi imperfección —llené otro vaso y me lo tomé. Sin limón y sin sal. Necesitaba el castigo, lo merecía.

—¡Qué mierda!

Quería decirle que cualquier calificativo escatológico se quedaba corto ante la realidad de cómo me sentía, pero una voz de sacarina me evitó la difícil tarea de dar explicaciones.

—Hola, Cash.

¿Por qué algunas mujeres adultas piensan que deben usar un tono inocentemente infantil para atraerte? Las mujeres deberían hablar con propiedad y certeza, seguras de sí mismas. Eso sí era atractivo.

Estuve a punto de lanzarle una mirada que no dejara lugar a dudas que no estaba interesado en lo más mínimo, pero, en cuanto hice contacto con el cuerpo que le daba vida a esa voz de niña de secundaria, me di cuenta de que era pelirroja y parecía haber chocado de frente con un camión de maquillaje.

Era tan distinta a lo que deseaba que eso la convertía en lo que necesitaba.

—Hola —respondí, sin hacer el más mínimo esfuerzo por borrar de mi rostro la expresión de «tú servirás».

—¿Cómo está todo? —preguntó con el mismo tonito, y hasta recurrió al infantil truco de mojarse los labios con la lengua.

—Mejorando cada segundo —mentí—. ¿Quieres quedarte para el gran final?

—Seguro —me respondió, sonriendo como si hubiese ganado la lotería.

Tomé la botella de la barra y le pasé el brazo por los hombros a la pelirroja.

—Vamos.

Al fondo sonaba *Back in Black* de AC/DC y no pude dejar de pensar que era jodidamente apropiado.

Capítulo 14

Georgia

Esa noche salí hacia Improvisación ataviada con el mismo vestidito azul cielo de corte asimétrico con el que asistí a la gala. Era, tal vez, muy elegante para el lugar, pero, a pesar de parecer perfectamente inocente, se ajustaba en ciertas zonas, dejando bien claro al mundo que yo era una chica. Claro que, para darle cierto toque rockero y minimizar el precio que de seguro había marcado la etiqueta, lo complementé con mis botas militares.

—¡Feliz cumpleaños, Mason! —dije en cuanto llegué a la mesa habitual, tratando de sonar lo más espontánea posible.

De hecho, la felicitación me salió con tanta alegría que, de seguro, me hubiese ganado un puesto en el grupo de animadoras de los Knicks si hubiese habido un cazatalentos en los alrededores. No obstante, a pesar de mi jubiloso saludo, todo pareció congelarse en cuanto llegué: las conversaciones cesaron y sentí que miradas incómodas me taladraban el cuello. Incluso Alex, sentada al lado de homenajeado, tenía la boca abierta y lanzaba ojeadas nerviosas a su derecha.

—Te traje esto —le di a Mason su regalo envuelto en papel de seda con un lazo negro. A fin de cuentas ya estaba allí y tenía la caja en la mano.

—Eres la mujer más dulce que conozco —me contestó tomando la caja y regalándome lo más parecido a una sonrisa que, en el caso de Mason, era mucho decir.

—¿Qué hay de mí? —le preguntó Alex ofendida.

—Tú eres la más *sexy*.

Al menos el intercambio entre esos dos me relajó un poco. Tal vez todas las miradas y silencios me los había imaginado. Una manifestación ficticia que reflejaba lo que estaba sintiendo, una excusa de mi tramposo inconsciente para acobardarme.

—¿Te vas a sentar con nosotros? —preguntó Mason y no me permití dudar.

—Seguro.

En lo que me giré para buscar un asiento vacío, el corazón se me fue para los pies. Cash estaba allí, sentado en el sofá con los brazos extendidos en el respaldar, la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados. Las marcas de la pelea de la noche anterior aún no se habían desvanecido y yo quería preguntarle si se las estaba tratando adecuadamente.

—¿Qué quieres tomar? —me preguntó Rem, aún visiblemente incómodo, pero dando golpecitos en la silla vacía a su lado.

—¿Qué están bebiendo ustedes?

Pasando de la indiferencia de Cash me senté, por lo que ahora tenía a Mason y a Alex enfrente, a Rem a mi derecha y a Cash en el sofá a mi izquierda. En el medio de todos estaba la mesa como terreno neutro.

—Tequila —Darrick apareció con una botella de José Cuervo y la puso desafiante sobre la mesa—. ¿Ha tomado tequila alguna vez, doctora, o teme que mate muchas de sus neuronas?

—No soy doctora —dije casi con fastidio—. Es el cumpleaños de Mason y él se merece unas cuantas de mis neuronas.

—Si tú lo dices. —Darrick puso un pequeño vaso frente a mí, destapó la botella y sirvió un trago—. Ahora la sal.

Como lo había visto hacer en varias oportunidades, eché un poco de sal en mi mano para luego lamerla.

—De un solo golpe —me dijo empujando un poco más el pequeño vaso en mi dirección.

Con decisión tomé el vaso y me lo empiné de un solo trago.

¡Quemaba! Sentí que un fósforo encendido viajaba por mi garganta abrasando todo a su paso hasta que aterrizó en mi estómago. Los ojos se me llenaron de lágrimas y comencé a toser.

—Toma, chupa esto.

Apurada, Alex me pasó una rodaja de limón y el sabor ácido calmó la quemazón. No obstante, algo estaba estallando en mi cerebro con la misma rapidez con la que el líquido había sido consumido, pero con una diferencia: no se sentía mal sino extrañamente liberador, algo así como aflojar un poco un cinturón muy apretado.

—¡Un aplauso para Georgia, damas y caballeros! —continuó Darrick con una entonación que nada tenía que envidiarle al mejor pregonero de circo.

Todos estallaron en vítores y, sintiéndome orgullosa de mí misma sin ninguna buena razón, porque beber tequila era algo que cualquiera con una boca podía hacer, miré hacia Cash para ver si finalmente se había unido a la fiesta.

No. Seguía en el mismo estado.

Cuando estaba a punto de darme por vencida y dedicarme a ignorarlo tal y como él estaba haciendo conmigo, una cabeza, obviamente femenina, salió desde debajo de la mesa y comenzó a trepar con todo y cuerpo por las piernas de Cash hasta sentarse en su regazo.

Las implicaciones eran obvias, porque ¿qué otra cosa iba a estar haciendo la pelirroja debajo de la mesa justo entre las piernas de Cash? ¿Haciéndole la pedicura? ¿Amarrándole las botas? ¿Buscando un lente de contacto?

Sentí que algo hizo «plop» dentro de mi cabeza, y lo que se destapó no fue una botella de champaña, sino la más inusual e irracional ira, cuyo único desahogo parecía ser hacer cosas estúpidas o espontáneas, según la definición que le aplicaran.

—¿Estás tratando de emborracharme, Darrick? —dije, pasando por alto el silencio y las miradas consternadas de todos los que me rodeaban—. Porque hasta ahora el único trago que ha salido de esa botella ha sido para mí.

—Tienes que tomarte otro para que estemos al mismo nivel —me respondió con una sonrisa misteriosa—. Luego iremos uno a uno. ¿Te parece?

—Hecho —me puse de pie, llevando conmigo el pequeño vaso que extendí hacia Darrick, quien inmediatamente lo llenó—. Ahora la sal.

Darrick fue a darme el salero pero comencé a negar con la cabeza e hice un gesto hacia su propia mano.

Una sonrisa sardónica apareció en su boca y, obviamente retándome, echó la sal en su mano y me la extendió.

Creí escuchar en el fondo un ruido desaprobatorio proveniente desde donde Mason estaba sentado y a Rem llamar a Darrick con alarma, pero no estaba segura. En ese momento estaba muy ocupada con la discusión que tenía lugar en mi cabeza. Una de las partes en conflicto me decía que estaba siendo estúpida e infantil mientras la otra me recordaba la pelirroja ahora sentada sobre las piernas de Cash era el tipo de chica que me estaba quitando lo que yo quería. Entre tanto ruido lo único que podía sacar en claro era que ninguna de esas voces, ficticias o reales, era la que yo deseaba escuchar.

Así que, sin sacar nada en claro, pasé la lengua por la mano de Darrick antes de lamer, tal vez por unos segundos de más, el punto recubierto con sal;

me bebí el tequila y luego tomé el limón de su mano directamente con la boca.

Esta vez quemó mucho menos. Al menos no tosí.

—Ahora es tu turno —le dije a Darrick, mirándolo de la misma forma que él me había mirado a mí. Retándolo.

—¿Estás segura de que es mi turno o es el tuyo?

Tomé el salero y puse la sal, no en mi mano sino en la parte interna de mi muñeca. Luego puse la rodaja de limón entre mis dientes y le ofrecí el brazo a Darrick, quien pareció dudar por unos segundos.

Finalmente se inclinó hacia mí y pude sentir su aliento en mi piel y sus labios rozando la parte interna de mi muñeca, hasta que un estrepitoso ruido me distrajo del momento.

—Si la tocas te mato.

Cash estaba parado con ambos puños cerrados sobre la mesa y una mirada asesina.

El silencio regresó. Todo el mundo tenía la boca abierta en diferentes grados, salvo Darrick quien, obviamente, tenía mucho aprecio por su vida, porque con una sonrisa de satisfacción, dio un par de pasos atrás y luego hizo un gesto con las manos hacia mí, como diciendo «toda tuya».

Cash caminó hacia mí, sin ni siquiera mirar a la pelirroja, que aún estaba en el sofá con cara de «no entiendo nada».

—Ven conmigo.

Lo seguí en medio del maremágnum de gente que parecía apartarse a su paso como si de Moisés y el Mar Rojo se tratara.

Finalmente llegamos a uno de los pasillos oscuros de la parte de atrás, que daba hacia los camerinos y, sin previo aviso, me arrinconó contra la pared, puso mis manos sobre mi cabeza y me aprisionó con su cuerpo.

—¿Qué es lo que quieres, Georgia?

«¿Ahorita, ahorita o más tardecita?», fue lo primero que me vino a la mente cuando mi cuerpo captó que estábamos pegados en todas las partes que importaban, pero el rostro de Cash, a centímetros del mío, me hizo saber que no estaba para bromas. La ira de hacía unos minutos aún no se había disipado, chispeaba a través de sus ojos como caramelo líquido, de ese que está tan caliente que es capaz de causar la más dolorosa quemadura.

—Porque si quieres jugar a la chica mala y rebelde que bebe tequila y deja que virtuales extraños le pasen la lengua por el cuerpo, no necesitas a un perdedor como Darrick, necesitas al mejor, y el mejor soy yo. Así que dímelo de una vez: ¿quieres jugar?

—Sí —dije sin permitirme pensarlo mucho. A fin de cuentas por eso había venido.

Escuché a Cash inspirar ruidosamente, como si alguien lo hubiera golpeado sacándole todo el aire de sus pulmones. Sin embargo, la reacción de asombro fue tan breve que estuve segura de que la había malinterpretado, y después no tuve mucho tiempo de formar un pensamiento especulativo o coherente, pues me empujó hacia él, separándome de la pared.

Creí que iba a besarme, pero solo me dio la vuelta para volver a aprisionarme contra el muro de cemento, esta vez de espaldas a él. Mis manos volvieron a su antigua posición, es decir, sujetadas sobre mi cabeza.

—Así es como jugamos este juego, Georgia —su aliento acarició mi oído, mandando una corriente eléctrica que llegó derechito hasta los dedos de mis pies—. No hay besos ni caricias y nunca veré tu cara porque no me importa quién eres.

La mano de Cash que no estaba ocupada imposibilitándome hacer cualquier movimiento con mis brazos bajó por mi costado hasta colocarse justo sobre mi ombligo. Por instinto mi espalda se arqueó, pegando mi trasero a esa parte de él que no dejaba dudas de que este juego le gustaba tanto o más que a mí. Era eso o había algún objeto cilíndrico y duro debajo de sus pantalones.

—Aprendes rápido —volvió a susurrar en mi oído, y en esta oportunidad succionó levemente el lóbulo de mi oreja al tiempo que se frotaba contra mí en movimientos circulares. La mano que estaba sobre mi ombligo comenzó a bajar y alcanzó el borde de mi vestido para subir por la parte interna de mi muslo—. ¿Sabes por qué tiene que hacerse así, pequeña Georgia?

Yo no estaba para contestar preguntas. Quería que sus manos siguieran subiendo. En ese momento importaba más que respirar para impedir un daño cerebral.

—Contéstame, Georgia... —su tono era de amenaza y, por si no lo había entendido, su mano se retiró privándome de la sensación tibia de su tacto mezclado con el frío de sus anillos de plata. Sus caderas dejaron de presionarse contra las mías.

Sabía que debía contestar pero ¿cuál era la pregunta? Ah, sí...

—No lo sé —mi voz sonó a suspiro entrecortado, a una súplica.

Su mano volvió a bajar hasta colocarse sobre mi vientre, empujando un poco, lo que por acto reflejo me hizo levantar aún más el trasero.

—Porque en esta posición da lo mismo si eres hombre o mujer, lo único que tengo que variar es el ángulo.

¿Qué? ¿Se puede estar tan excitada que ese estado interfiera con tu capacidad auditiva? Debía revisar algunas referencias sobre el tema.

—Solo porque me agradas, Georgia, te lo voy a volver a preguntar. — Cash volvió a pegarse contra mí desde atrás, y los títulos de los libros que estaban considerando quedaron para el olvido—. ¿Quieres ser follada por un perdedor bisexual en el medio de un pasillo de un bar, donde cualquiera podrá ver lo que estamos haciendo? Porque vendrán a ver. Siempre me ha gustado dar un buen espectáculo.

El efecto del tequila se me pasó de pronto. Había momentos para ser espontánea y otros en los que pensar era un requisito.

—Suéltame.

Capítulo 15

Cash

Quería asustarla y que saliera corriendo.

Desde que Georgia entró en Improvisación vestida como si acabara de salir de un videojuego de *Resident Evil* supe que, a pesar de mis buenas intenciones, no iba a ser capaz de alejarme por mis propios pies. Lo intenté mandando a la pelirroja bajo la mesa para que me diera un poco de olvido oral, pero lo único que olvidé fue que esa mujer estaba haciendo algo que supuestamente debía sentirse bien. Aún con los ojos cerrados sabía lo que estaba pasando en esa mesa.

Cuando Darrick decidió hacerse el gracioso, olvidé por qué no debía estar con Georgia, olvidé que además de mi baterista, Darrick era mi amigo. Olvidé completamente la propuesta de mi tío ¡Olvidé hasta mi propio nombre!

Lo único que sabía a ciencia cierta era que, si cualquier otro miembro de la raza humana de género masculino la tocaba, yo iba a matarlo y la única manera de frenar mis impulsos asesinos era que ella decidiera alejarse.

Por eso le dije la verdad.

Me gustaba tener sexo rudo, me daba lo mismo si era con mujeres u hombres y me excitaba mucho la perspectiva de ser visto cuando lo hacía, ya fuera por otros participantes o por simples espectadores.

No había tenido sexo privado y cara a cara en más de cuatro años y, por lo que podía recordar de las veces anteriores, la privacidad y el romance estaban sobrevalorados.

Georgia era una buena chica, por lo que lo lógico sería que estuviera saliendo de mi vista en este momento y probablemente vomitando del asco en un callejón, haciendo más fáciles mis decisiones pendientes. Sin embargo, se quedó allí parada, mirándome como si yo fuese un ave de raza desconocida que apareció una mañana en su ventana.

—No entiendo nada —dijo finalmente.

—¿Qué parte no entendiste?

—¿Eres gay?

Esa era una pregunta que me había repetido muchas veces en mi pasado hasta que hice las paces con mi verdadera naturaleza.

—No, no lo soy.

—Pero te gustan los hombres.

—Me gusta el sexo, el recipiente es indiferente.

—¿Yo te soy indiferente?

—En absoluto, y ese es el problema.

—¿Te molestaría explayarte? Sigo sin entender.

Suspiré exasperado. Estaba a punto de darle la razón a Darrick en aquello de nunca salir con una mujer más inteligente que tú. Siempre hacían muchas preguntas.

—Cuando estamos juntos, me sorprendo pensando qué se sentirá estar dentro de ti, tocar tu piel con mi boca, descubrir cómo sabe y qué textura tiene en contacto con mi lengua. Tengo mil sonidos posibles archivados en mi memoria de cómo sonarías cuando llegas al orgasmo, si hablas o si solo gimes, y las últimas canciones que he escrito solo tratan de emular ese sonido. Cada vez es más difícil controlarme cuando estoy contigo, pensé que podía, pero después de anoche estoy seguro de que no puedo y, si no te has dado cuenta por qué eso es una mala idea, no me has estado escuchando.

—Sí lo he hecho, con bastante atención, por cierto. Puedo hacerte un resumen: yo te gusto, también te gusta el sexo. Sigo sin entender —una extraña expresión surcó su rostro—. ¿Quieres golpearme? ¿Azotarme?

—¡Claro que no!

—¿Atarme? ¿Denigrarme?

—Georgia, yo nunca te haría nada que no quisieras.

—¿Y qué hay de las cosas que quiero que me hagas?

—Georgia —esta conversación no estaba resultando según mis planes—, tú eres una buena chica y yo soy solo soy...

—No te atrevas a encasillarme en un escalafón prefabricado con valores imaginarios —me interrumpió—. Si algo he aprendido gracias a ti es que no quiero ser una buena chica ni tampoco una chica mala, ambas cosas son agotadoras. Solo quiero ser yo, con defectos y virtudes como todo el mundo, y a esta yo también le gustas tú, y me refiero al Cash que cocina y es dulce y encantador y que se comporta a veces como un perro guardián; el Cash con suficiente talento para hacer música maravillosa y mantener embobada a una audiencia; incluso el Cash que es peligroso y violento es atractivo en cierta

forma que no entiendo. Y cuando me pusiste contra esa pared y comenzaste a decirme esas cosas no me asusté ni me preocupé, me excité como nunca antes en mi vida. ¿Qué tan buena chica te parezco ahora?

«Una muy muy buena», pensé, pero no se lo iba a decir. Eso solo echaría más leña al fuego y yo lo que necesitaba era agua. Concretamente, una ducha de agua helada me vendría a las mil maravillas.

Hablando de duchas de agua helada...

—Me voy a Nashville —finalmente algo pareció surtir efecto. Sus ojos se agrandaron por la sorpresa—. Tengo una muy buena oferta de trabajo allá y no hay nada que me ate a Nueva York.

—¿Cuándo?

—Pronto.

—Bueno, en ese caso —y una mueca resignada se hizo presente en su rostro. Casi creí que había ganado la discusión. Debí conocerla mejor—, es mejor salir de este dilema mientras estás aquí.

—Georgia, no sabes dónde te estás metiendo.

—Todo lo que me has dicho hasta ahora son hipótesis, y a mí me gusta comprobar las hipótesis —levantó la barbilla tratando de parecer decidida, pero necesitó tragar antes de seguir hablando—. ¿Qué me dices? ¿Esta pared o alguna otra?

Como si estuviera viendo una película donde Georgia y yo éramos los actores principales, nos vi retomando la escena donde la habíamos dejado, pero había más personas, mis amigos y algunos extraños, viéndonos. Tuve ganas de golpearlos a todos y quemarles los ojos con una antorcha medieval o algo así.

Me gustaba ser visto. Enfocar la mirada en otra persona, distinta al receptor de mis embates, cuando tenía sexo. Si eran de confianza, hablarles e invitarlos a mirar más o incluso a participar.

Los miembros de Ares sabían que no era tímido cuando tenía que encargarme de lo que el cuerpo me pedía, e incluso había compartido unas cuantas sesiones conjuntas con Mason antes de que Alex apareciera en el panorama, pero solo de imaginar hacer eso con Georgia como una posibilidad real, más allá del ejercicio de mi mente inquieta, todo el morbo desaparecía dejando solo un deseo irrefrenable de tenerla para únicamente para mí.

—Vámonos de aquí —dije, claudicando—. Si vamos a hacer esto, lo vamos a hacer a solas.

Comencé a caminar de vuelta por el pasillo que conducía al bar.

—Te das cuenta de que gané ¿verdad? —Georgia me alcanzó y comenzó a caminar a mi lado, como tantas otras veces lo había hecho, como si no acabara de convencerme, a fuerza de razonamientos lógicos, de acceder a hacer con ella algo que me había esforzado por no hacer durante varias semanas, aun a cuenta de ciertas partes de mi anatomía que más de una vez se habían quejado.

—Espera que termine la noche para contar tus fichas —dije suspirando—. Puede no gustarte.

—¿Te imaginas? —y soltó una risilla nerviosa.

—¿Qué?

—Que después de todo este esfuerzo seas malo en la cama.

—No soy malo en la cama —respondí ofendido—. Nunca he tenido ni una queja.

No obstante, una vocecita molesta en mi cabeza me recordó que llevaba algún tiempo sin usar una cama para tener sexo, así que ese calificativo podría aplicárseme en algún momento, sobre todo cuando debía estar con alguien en posición horizontal y mirándola a los ojos.

«¿Qué tal si de verdad apesto en esto y termino como en tres segundos y Georgia se queda insatisfecha? Porque con tantas semanas de contención eso podría pasarme», pensé y me di cuenta de que, por primera vez en mucho tiempo, estaba realmente nervioso ante la perspectiva de acostarme con alguien. Y lo que era peor: por primera vez quería complacer a la otra persona.

Capítulo 16

Georgia

El trayecto en coche desde Improvisación hasta el ático de Cash transcurrió en el más completo y absoluto silencio. Normalmente eso hubiese sido incómodo, teniendo en cuenta el propósito de nuestra abrupta salida del bar sin despedirnos del cumpleaños, pero estaba demasiado ocupada martirizándome para darme cuenta de esas pequeñas reglas de etiqueta.

¿Había ido muy lejos? ¿Había abrazado en extremo el concepto del poder femenino? ¿De la espontaneidad?

Una parte de mí quería convencerse, por aquello de que mi comportamiento era moralmente inaceptable, de que escucharlo referirse a sí mismo como un perdedor había activado algo y me había visto en la obligación de rebatirlo en defensa de la verdad y, bueno, la disertación se me había ido un poco de las manos. Sin embargo, sabía bien que aunque había usado muchos razonamientos lógicos para armar mi argumento, mi insistencia no tenía nada que ver con la lógica, sino con esa chispa que pareció encenderse en mí la primera vez que lo vi y que, al conocerlo poco a poco, no se había apagado.

«¿Quién dice que las mujeres no tienen el derecho de tomar la iniciativa?», me repetía una y otra vez.

«Si un hombre actuara así nadie lo criticaría. Las mujeres somos demasiado duras con nuestro propio sexo» era otra de mis frases de autoayuda.

También estaban en mi cabeza la voz de Josiah diciéndome que no pensara tanto y la de Holly diciéndome «esto tiene que parar».

Cuando Cash abrió la puerta de su ático silencié todas esas voces que parecían instarme a que fuera en direcciones opuestas porque, además de estar a punto de volverme clínicamente inestable, la realidad era mucho más simple

y mucho más profunda: por primera vez en muchos años deseaba algo para mí y no iba a dejar pasar la oportunidad.

Con esa convicción y sin permitirme flaquear, entré al ático con paso decidido.

—¿Dónde está tu habitación? —pregunté con una expresión que, esperaba, dejara claro que no aceptaría ningún tipo de excusa.

—La puerta de la derecha.

Sabiendo que si volteaba me convertiría en estatua de sal, seguí mi invasión a su privacidad y abrí la puerta que hasta ese día me había sido negada.

Cash era un desordenado, lo cual era mucho más evidente teniendo en cuenta que en la mencionada habitación no había más que una cama *king size*, dos mesas de noche y una cómoda. No obstante, la cama estaba sin hacer, había ropa apilada en un rincón en el piso y la puerta del clóset estaba abierta. Eso sin mencionar un cenicero lleno de colillas, que apestaba por todo el lugar, en una de las mesas de noche.

Pero ya había llegado hasta allí y esas minucias no iban a detenerme. Abrí la ventana y, siendo una muy mala ciudadana merecedora de una multa, vacié hacia las calles de Nueva York el contenido del cenicero antes de ponerme a hacer la cama.

—¿Qué estás haciendo?

Cash estaba parado aún en la puerta de la habitación con las manos cruzadas sobre el pecho.

—No me voy a acostar contigo en ese nido. ¿Quién sabe qué cantidad de fluidos están contenidos en esas sábanas?

—Solo los míos cuando pienso en ti cada noche. No traigo mujeres aquí.

Y esas palabras me hicieron olvidar el desorden a mi alrededor, el cenicero y los nervios que eran, en realidad, lo que me habían convertido en una mucama muy eficiente.

—Ven aquí, Cash.

Con paso algo inseguro, lo que era poco característico en él, comenzó a acercarse.

—Voy a besarte ahora y me gustaría mucho que me besaras tú también. A partir de allí veremos qué pasa.

Sin darle tiempo a argumentar nada más lo besé de a poquito, como él había hecho conmigo en aquella calle.

A medida que él respondía a mis besos, que no eran más que una caricia de labio a labio, me puse un poco más atrevida y comencé a demandar más.

—Dime si te duele.

—¿Dolerme?

—Tienes el labio partido.

Por toda respuesta fue él quien tomó las riendas, haciendo con su lengua una inspección exhaustiva del interior de mi boca. Así, como toda fuerza retroalimentada, la intensidad fue creciendo hasta que los besos se convirtieron en algo que me quemaba de adentro hacia afuera.

Ya no había su boca ni mi boca, ni su sabor y el mío. Se habían mezclado convirtiéndose en una sola cosa que desterraba con su sola existencia pensamientos, dudas y procedimientos.

Deslicé mis manos de su cuello hasta sus pectorales, tomé entre ellas la tela de la camiseta y lo traje conmigo mientras caminaba hacia atrás. Solo me detuve cuando sentí la cama contra mis piernas.

Mi intención era llegar lo más pronto posible a posición horizontal, pero me detuve un momento para permitir que mi mente despertara y calculara las posibilidades de quedar aplastada si Cash me caía encima.

Finalmente fue él quien resolvió el dilema. Separándose de mí y tomándome de las manos, con mucho cuidado, me ayudó a llegar a la cama.

Me miró desde arriba, con los labios hinchados y el cabello desordenado y me sentí como algo comestible. La idea no era para nada desagradable.

Tomó una de mis piernas entre sus manos y pensé que iba a quitarme los zapatos.

—He deseado tantas veces tenerte desnuda con solo estas botas puestas que no sé si podré soportarlo en la realidad.

Como que las botas se quedaban.

Sin darme tiempo a derretirme ante la posibilidad, comenzó a darme una razón diferente por la que derretirme. Con pequeños besos recorrió la parte interior de mi pierna hasta que se vio en la necesidad de arrodillarse sobre la cama para seguir su camino. Se detuvo justo en mi ingle, se saltó la parte importante, y comenzó el recorrido descendente por la otra pierna.

Debía estar preocupada porque las suelas de mis botas estaban apoyadas en el colchón, porque mis piernas estaban en posición de examen ginecológico, porque mi ropa interior estaba mojada, pero mi capacidad de desarrollar aunque fuera un solo pensamiento coherente había desaparecido. No sabía dónde tenía las manos, si me estaba arqueando o estaba apretada contra la cama como si fuese lo único que me impidiera emprender una caída libre. Lo único que hacía era sentir los labios de Cash, su aliento tibio, su

roce, algunas veces suave como las alas de una mariposa otras usando un poco de sus dientes, mientras recorría mis piernas una y otra vez.

—Creo que debemos deshacernos de esto.

Cash enganchó entre sus dedos el elástico superior de mi ropa interior, y mis piernas se encargaron de levantar las caderas para permitirle deshacerse ese pedazo de tela que se interponía.

En el momento en que la pieza de Victoria's Secret dejó de ser un obstáculo, su boca aterrizó de lleno sobre los otros labios de mi cuerpo, que se morían por un poco de atención.

Esta parte nunca me había gustado mucho. Sí se sentía bien, era un hecho que no podía negarse, pero siempre me preocupaba la idea de si los hombres lo hacían como una deferencia, no porque realmente les gustaba, y eso siempre le había quitado el encanto.

Con Cash no me quedó ni una duda. Me devoró desde el primer momento como si fuese la más deliciosa fruta, succionando, lamiendo, mordiendo, probando distintos métodos sin decidirse por ninguno, pasando de uno a otro con frenético desespero.

Mi cuerpo reaccionó ante las desbocadas atenciones. Mis caderas se movían compulsivamente al ritmo de su lengua y mis manos se enredaban en sus cabellos para al mismo tiempo enterrarlo más en mí y separarlo.

Era tan bueno que asustaba. Quería más y también quería que parara.

—No te muevas —la fuerza de su voz retumbando en mi parte más sensible y no sus palabras fue lo que me hizo quedarme estática. Esperando. No sabía si deseaba que volviera hablar o continuara usando su lengua para otros fines. Cualquiera de las dos estaba bien—. Necesito comerte toda.

Dejó de sujetar mis piernas para poner sus manos en mis caderas manteniéndome donde me quería. Luego me recorrió con la lengua lentamente de abajo hacia arriba tantas veces que no pude contarlas.

—No quiero desperdiciar ni una gota. Sabes tan bien, dulce, deliciosa.

Rodeó mi clítoris con su lengua antes de succionarlo con fuerza.

—Ah —un grito ahogado escapó de mi garganta, una mezcla de placer con dolor.

—¿Quieres que pare?

—No, no, no, por favor, no.

Volvió a la carga y no paró hasta que, gritando su nombre, alcancé el orgasmo más ruidoso que hubiera tenido en mi vida, aunque, para ser sincera, no habían sido muchos de todas formas, y yo nunca había sido particularmente ruidosa para ninguna actividad.

Aún con el cuerpo tembloroso y la visión medio nublada, lo vi salir de la cama. Lo más irónico era que estaba completamente vestido. Ni su famosa correa de cuero con la enorme hebilla de plata estaba desabrochada. Yo, en el otro extremo, no sabía dónde estaban mis *pantys* y tenía el vestido enrollado hasta la cintura.

Era un desequilibrio incómodo.

—¿Cash?

—Necesito una ducha.

—¿Te sientes sucio o algo así? —pregunté, tratando de sonar ligera pero, gracias a mis hormonas alborotadas, me sentía triste y abandonada en esa cama, como una guarnición de lechuga mustia.

—¿Sucio? —cerró los ojos y negó levemente con la cabeza—. No tienes ni idea de lo que es sentirse sucio para alguien como yo —abrió los ojos y me miró directamente, de forma grave—. Estoy tan excitado que si me quedo en esa cama contigo no voy a ser tierno ni considerado. Voy a ser rudo y brusco.

¿Se podía tener un miniorgasmo gracias a dos frases aderezadas con un montón de expectativas? Ahí iba otra bibliografía que debía consultar.

—No quiero que seas tierno y considerado, quiero que seas tú.

—Georgia —se pasó las manos por la larga melena con tanta violencia que creo que perdió unas cuantas hebras—, nunca pensé que darle placer a una mujer con la boca me iba a gustar más que si me lo hicieran a mí. No soy de los que piensan en los orgasmos ajenos, solo me preocupo por los míos, pero contigo fue diferente y quiero que siga siendo diferente. Así que voy a entrar al baño y me voy a quedar bajo el agua fría hasta que esté seguro que al regresar aquí voy a darte algo que sea tan bueno para ti como para mí.

—¿Estarías más cómodo si me voy? —pregunté tentativamente. No quería irme pero tampoco quería sentirme como una ensalada en una fiesta infantil.

—Quiero que te quedes —buscó algo en su armario y me lanzó una camiseta—. Quiero dormir contigo y que tu rostro sea lo primero que vea mañana en la mañana.

Capítulo 17

Cash

El agua fría no ayudó mucho en un principio. Después de no sé cuánto tiempo las uñas se me pusieron moradas y todo mi cuerpo comenzó a hormiguesar entumecido. En ese estado no podría hacer mucho, pero era mejor que hacer demasiado.

Regresé a la habitación con una toalla enrollada en la cintura y encontré a Georgia dormida en la cama vistiendo únicamente mi camiseta de Ramones. Estaba acurrucada de lado, justo en el medio del colchón, con las piernas cruzadas.

Creo que sufrí una pequeña hemorragia cerebral.

Mi Georgia, mi hada guerrera, mi terca intelectual que sabía dulce como la miel y picante como la cayena, cuyos besos eran más potentes que cualquier orgía, cuyos orgasmos eran más estimulantes que cualquier droga. La única persona que me hacía pensar en canciones de amor y no de desesperación.

La moví con cuidado hasta que liberé el cobertor, la tapé para que no pasara frío y me metí en la cama con ella.

«Tal vez», pensé, y las miles de posibilidades que esa palabra implicaba danzaron en mi mente hasta volver mis ojos pesados y acunarme con la promesa de que al día siguiente las cosas estarían más claras.

Y más claras amanecieron. O, tal vez, lo más correcto sería decir más oscuras.

No era lo mismo acostarse agarrotado por una ducha eterna de agua helada que te hacía ver a la persona a tu lado como un ángel mandado para salvarte, que despertar con todos tus miembros funcionales —algunos más que otros— y que la visión a tu lado ya no fuera un ángel, sino un demonio provocador que te recuerda que no eres más que un hombre.

Georgia ya no estaba bajo las sábanas. En algún momento de la noche se había destapado y girado hasta quedar sobre su estómago. Para rematar, mi renegada camiseta se le había subido más arriba de los muslos.

Más que nada en esta vida quería besar ese pliegue que se forma justo donde el muslo pierde su nombre, y esa parte de mí que desde hacía mucho tiempo tomaba sus propias decisiones me pedía a gritos, desde debajo de la sábana, que lo hiciera.

Cerré los ojos pensando que al no verlo podría olvidarlo, pero mi fantasía tomó el gesto como un permiso para entrar y mostrarme con lujo de detalles lo que debería estar haciendo.

Georgia estaba en la cama apoyada en sus manos y rodillas. Parte de su cabello estaba desparramado en su espalda, pero unos mechones rebeldes le caían a ambos lados de la cara ocultando su rostro.

La invitación era del tipo que no podía ser rechazada.

La tomé por las caderas para ponerla donde quería y comencé a penetrarla por detrás, duro, como un desesperado. Ella gemía y decía mi nombre en medio de suspiros.

Ante tanta receptividad moví mis manos más abajo, hasta su trasero, separándolo un poco más y acariciando con mis pulgares esa otra entrada que, si bien poco común, sabía por experiencia que escondía su propio placer. Ella gritó más fuerte apretándose contra mí, follándome a su vez.

—¿Te gusta, Georgia? Sabes que te gusta, dímelo, pídemelo.

—Creo que voy a tener un orgasmo de solo verte.

Abrí los ojos de golpe.

Georgia estaba sentada en la cama a mi lado, tenía las mejillas rojas, las pupilas dilatadas y una media sonrisa.

Y ahí estaba yo. O, más concretamente, mi mano, debajo de la sábana, encargándose de darle una sensación física a la fantasía.

Como un adolescente capturado por sus padres en medio de un ejercicio de masturbación, solté mi miembro —que quedó rígido sobre mi estómago— y saqué la mano desde debajo de las sábanas para aparentar que no estaba haciendo nada.

—Si no hubieses estado diciendo mi nombre me sentiría ofendida, pero en vista de que empezaste sin mí, mejor me pongo al día.

Se sentó a horcajadas sobre mí y esa parte que había sufrido una dolorosa interrupción quedó separada de la fuente de todas sus fantasías por una delgada capa de algodón egipcio.

—Buenos días —me dijo, de lo más educada, y con un movimiento algo torpe se sacó la camiseta y quedó desnuda sobre mí.

¿Buenos días? ¿«Buenos días»? Buenos eran, y seguro era de día. De hecho, el sol en ese momento debía estar brillando en cada parte del planeta, porque la oscuridad no tenía más cabida en la Tierra.

Nunca la había visto completamente desnuda y, ¡madre mía! Era preciosa. Era una muñeca de porcelana suave y lisa, con unas leves curvas en ciertas partes que la hacían parecer una estatua griega. Lo mejor eran sus senos.

Siempre me había considerado un gran admirador de los traseros, pero los suaves pechos de Georgia con sus picos rosados me habían hecho cambiar de opinión. Tuve que alargar la mano para tocarlos y asegurarme de que no eran un espejismo. Me sentía como un adolescente ante la visión de sus primeras tetas.

Los pezones se contrajeron bajo mi tacto hasta parecer pequeños corales y, como todo un buscador de joyas preciosas, no podía dejar de perseguirlos con mis dedos. Aun así era poco.

—Ven aquí, que quiero probarlos.

No me hizo esperar. Se inclinó sobre mí y pude deleitarme alternando entre besarlos, chuparlos, lamerlos e incluso morderlos un poquito, tanteando el terreno, viendo qué reacción obtenía con cada estímulo.

Y hubiese podido pasar horas en ello. Cada vez que Georgia suspiraba o se frotaba contra mí me daban ganas de seguir explorando, de volver a llevarla a ese punto donde las palabras que salían de su boca no eran una disertación sino una recompensa, donde su cerebro dejaba de funcionar y ella era solo cuerpo.

—Es mi turno —me dijo, poniéndole fin a mi diversión.

Me dio un beso en los labios de esos que solo ella podía dar y que eran más un roce que otra cosa. Luego bajó por mi cuello también con besos, dedicándole un tiempo especial a ese lugar donde mi pulso latía como un loco, y siguió descendiendo.

Se detuvo justo en el medio de mi pecho y desde allí me miró. Había cierto brillo malicioso en sus ojos que me hizo tararear mentalmente la canción *Devil Inside* de INXS, esa que no se cansa de repetir que todos y cada uno de nosotros tenemos un pequeño diablo por dentro.

Como toda una provocadora, se acercó a mi tetilla derecha y comenzó a jugar con su lengua con la argolla de plata que atravesaba el pezón. Creí que me había quedado ciego. Mi visión se volvió negra salpicadas de puntitos

brillantes y mis caderas, siguiendo un impulso primitivo, se movieron bruscamente hacia arriba.

—Me parece que te gusta —susurró.

No iba a dignificar eso con una respuesta, menos cuando su tono era el que debían emplear los demonios cuando te torturan a fuerza de placer: mitad diversión, mitad maldad.

En estos casos, las acciones son mejores que las palabras, y yo también podía ser diabólico. Con una mano guie su cabeza para que cerrara su boca nuevamente en mi pezón y con la otra acerqué sus dedos a la otra argolla, que se sentía ligeramente desatendida, y le expliqué sin palabras cómo debía halarla y masajearla.

Estaba a punto de correrme. Corrección: necesitaba correrme.

La lengua de Georgia se encargaba de una de mis tetillas y su mano de la otra. Solo me quedaba, en vista de que era tan buena estudiante que ya no necesitaba más indicaciones, tomar sus caderas y moverla contra mí para ver si un poco de fricción hacía el trabajo y podía terminar. De lo contrario probablemente moriría de una apoplejía, mis testículos estallarían o quedaría paralítico.

Sin embargo, ella tenía otra idea y parecía incluso mucho mejor que cualquiera de las mías: siguió bajando con su boca por mi estómago y mis caderas. En cuanto apartó la sábana ya no podía formar un pensamiento coherente.

—¿Qué es eso?

Había sorpresa en su voz y sabía que debía prestarle atención, pero me tomó un momento volver a conectar mi cerebro, que se había apagado debido a la sobrecarga erótica. Traté de seguir su línea de visión para ver qué era eso que le impedía probarme, chuparme, morderme con su boca húmeda, tibia, pero no veía nada digno de alarma para ella, a menos que no hubiese visto nunca dieciocho centímetros de carne rígida atravesada por...

¡Ah, era eso! Había olvidado que ella no era «ese tipo de chica».

—Se llama «Escalera de Jacob».

—¿Puedo tocarla?

Un escalofrío me recorrió el cuerpo.

—Me estás matando.

Con más delicadeza de la que yo hubiera deseado, pasó los dedos por las cuatro barras de metal que atravesaban horizontalmente la parte posterior de mi pene desde la base.

Creo que siseé, maldije o elevé una oración profana. No estaba seguro. Se sentía tan bien que bordeaba el terreno del sufrimiento más placentero que alguna vez hubiese experimentado.

—¿Te duele?

—No es ese tipo de dolor —conseguí decir mientras trataba de tomar grandes bocanadas de aire para no morir asfixiado con mi propia lujuria.

—¿Me dolerá a mí?

—Nunca he tenido una dentro.

Más respiraciones. Casi creí que estaba en esas clases de parto para mujeres primerizas.

—Pero, según me han dicho, la fricción es altamente adictiva.

Se pasó la lengua por la boca y estuve a punto de tumbarla de espaldas y acabar con toda esa anticipación que me era ajena, pero la conversación me hizo recordar algo importante.

—Preservativo —traté de enfocarme—. Necesitamos un condón y la protección disminuirá un poco la sensación, la fricción seguirá allí pero no sentirás el frío de los *piercings*.

Georgia hizo un pequeño mohín, como el de un niño al que le dicen que no puede tomar un segundo pedazo de pastel. Antes de que mi buen juicio claudicara solo para hacerla feliz, y nos pusiera en riesgo a ambos, alargué la mano hasta la mesa de noche donde guardaba la caja que compraba casi al mayoreo.

Me hubiese gustado pedirle que me lo pusiera, pero con todo ese metal al que ella, obviamente, no estaba acostumbrada, mejor era manejarlo yo.

Siempre había pensado que era capaz de ponerme un preservativo borracho y con los ojos cerrados. De hecho, en más de una oportunidad lo había hecho, pero mientras abría el paquete y me cubría con el pedazo de plástico sentía las manos torpes, lo que era mucho decir para un guitarrista.

Estaba apurado, ansioso y Georgia no ayudaba: se echó de espaldas en la cama apoyada en los codos y ladeó la cabeza viéndome cubrir mi pene.

A este paso no duraría ni un minuto. Usain Bolt sería un lento en comparación.

Con esa misma urgencia, trepé sobre Georgia. Solo cuando la vi desde arriba, toda expectación, me di cuenta de que estaba siendo el viejo y simple Cash, ese que tomaba lo que quería sin consideración por la contraparte; ese que usaba y se dejaba usar.

—¿Ahora qué? —me preguntó como quien está a punto de perder la paciencia.

Pestañeé un par de veces para encontrarme a una Georgia al punto de la desesperación: los ojos muy abiertos, las cejas fruncidas, y se estaba mordiendo el labio, contrariada.

—Eres hermosa.

Y así, sin más, la expresión le cambió, borrándose todo gesto exasperado y poniendo en su lugar una sonrisa.

—Hazme sentir todavía más hermosa.

La besé porque no podía hacer otra cosa. Quería ese contacto, por primera vez en mi vida lo necesitaba mientras me deslizaba dentro de otra persona. Deseaba más que nada en esta vida fundirme con ella, no solo físicamente, no solo en una parte. De alguna manera precisaba llegar hasta su alma y quedarme allí porque sabía, de alguna forma tal vez tonta, que sería el único lugar donde estaría a salvo.

Una vez que no pude avanzar más, pues mi pelvis estaba pegada a esa parte de ella tan caliente, me detuve unos segundos disfrutando de esa sensación de estar completamente aprisionado en un espacio que me daba la bienvenida con su cálida humedad.

—¿Esto está bien? —pregunté en un momento de lucidez. Si yo me sentía tan apretado, tal vez la intrusión fuese demasiado para ella.

—Sí —lo dijo como si le faltara el aire, al mismo tiempo que se movía un poco debajo de mí como tratando de hacerme más espacio—. Mierda, sí, sí.

Comencé a moverme lentamente, retirándome pocos centímetros para volver a disfrutar de la sensación de penetrarla, de ser aprisionado hasta casi el punto del dolor, de unirme con ella metiéndome dentro.

Estiré los brazos lo más que pude para separarme, lo que dejaba unidos nuestros cuerpos únicamente en esa parte a la que se había resumido todo y, aunque extrañé el contacto con su piel, pude ver cada una de sus reacciones: cada vez que abría la boca en un gemido sin sonido, cada vez que arqueaba la espalda para permitirme enterrarme aún más, cada vez que sus pechos se balanceaban producto de mis embestidas.

Empujé un poco más fuerte con el objetivo de hacerla gemir. El sonido siempre había sido lo que más me estimulaba y, si se trataba de ella, era como estar en vivo en el primer Woodstock.

—Así, sí, por favor, así.

Me encantaba verla incoherente, me encantaba verla descontrolada y le di más, le di todo lo que pude con secos empujones, mis caderas golpeando su pelvis en un ritmo enardecido.

—¿Te gusta así, mi Gi?

No me contestó, no con palabras. Se corrió.

Al sentir como me apretaba, me comía, negándose a que abandonara su cuerpo, no pude contenerme más y la seguí.

Allí acunado en el vértice de las piernas de Georgia, que me recibía derramando humedad y devorando todo lo que le daba, comprendí por primera vez que el placer de una persona puede generar el tuyo, que había mucho más en el sexo que «bam, bam, bam y hasta la vista, *baby*».

—Creo que te estoy aplastando —hice amago de moverme, pues, luego de que mis brazos se habían vuelto de gelatina, había caído sobre ella, pero me abrazó fuerte y me rodeó con sus piernas encerrándome en una prisión de la que no quería escapar—. Gi, en serio, el condón, tengo que quitármelo.

—Lo sé, lo sé, solo un rato más.

Me permití por unos segundos disfrutar de la suavidad de su piel en contacto con la mía, que parecía traspasar ese lindero físico y suavizar también mi alma.

—Cometí un error —me dijo muy seria y mi cuerpo se puso rígido esperando el golpe—. No eres malo en la cama.

Y nos reímos. Primero bajito y luego con carcajadas.

Esa era otra cosa que había aprendido estando con ella una sola vez, que nunca en las tantas veces anteriores había experimentado: el sexo y las risas sinceras no eran excluyentes.

Capítulo 18

Georgia

Los dedos de Cash tamborileaban en mi nuca, escondidos detrás de mis cabellos.

Había pasado un mes desde aquella noche que prácticamente lo forcé a ir a la cama conmigo y aún no me acostumbraba al acceso repentino de excitación que parecía tomar posesión de mi cuerpo cada vez que él tenía a bien usarlo como instrumento. Algunas veces era como si yo fuera el traste de su guitarra; otras, el piano; y la mayoría simplemente era un tamborileo sutil, como una clave Morse que mi cuerpo interpretaba como señal de que debía prepararse para recibirlo.

Claro que las interpretaciones de mi cuerpo eran las correctas cuando estábamos desnudos en la cama o al menos solos, pero cuando estábamos en Improvisación rodeados de gente, mis deseos se encontraban con una piscina de hielo. En público nuestra interacción no pasaba nunca de un ligero beso, una tierna caricia o el toque de unos dedos, siempre ocultos de la vista de otros.

Habíamos hablado de muchas cosas durante ese mes: de sus padres, de mi hermana, de la carrera que quería labrar para sí mismo como músico y de mis expectativas en la medicina, pero nunca de aquellas palabras que me dijo en el pasillo del bar.

Una parte de mí estaba convencida de que fueron exageradas, y a la otra, la que creía que eran ciertas, no le importaban, porque por primera vez en mi vida las definiciones eran lo de menos.

No quería definir lo que era Cash, tampoco quería definir lo que éramos juntos. Estaba contenta con cómo estaban las cosas y tratar de reducirlas a una simple palabra era trivial.

La mano de Cash se movió desde detrás de mi cuello para ir a tocar la guitarra justo detrás de mi rodilla y yo estaba lista para irme. Ni siquiera

entendía por qué habíamos venido.

Últimamente no salíamos mucho. La vida con Cash no era caótica como había sido en un principio. Aunque yo me esforzaba por seguir siendo espontánea y no pensar tanto, era él quien se encargaba de que tuviéramos un sistema ordenado, con horarios y rutinas, que me impedían caer en una crisis de *stress*, perder clases u olvidar que era sábado y tenía que almorzar con mis padres.

Los exámenes finales estaban a la vuelta de la esquina, y Cash, aunque había declinado la invitación de su familia para volver a Nashville, sí estaba trabajando como arreglista para el nuevo disco de su mamá. Por ello, cuando no tenía que tocar con Ares, presentaciones a las que ya yo no iba debido a las responsabilidades académicas, pues tenía mucho que recuperar, se quedaba en su casa trabajando en las partituras nuevas de Reva Anglin.

Esos días él se sentaba en el piano a componer y yo en el sofá a estudiar, arrullada por canciones de *country* que invariablemente trataban sobre un hombre malo o un corazón roto. Algunas veces la música paraba y él venía a mí, quitaba el portátil o el libro de mi regazo y me hacía el amor en el sofá. Cuando volvía a trabajar, la canción sonaba mil veces mejor y, obviamente, yo no podía volver a pensar en el uso adecuado del bisturí.

Sin embargo, esa noche Cash había insistido en que debíamos venir a ver a Ordnung, porque Alex estaba en Tailandia y Mason necesitaba apoyo.

Sinceramente, yo no creía que Mason necesitara apoyo para nada en su vida. De hecho, él podía ser el apoyo de treinta personas y un autobús, pero Cash había insistido. Eso sí, en cuanto termináramos de ser unos buenos amigos para Mason había algo que quería hacer: sentir a Cash sin ningún tipo de protección.

En el último mes se había hecho todos los exámenes de sangre disponibles para asegurarse de que estaba «limpio». En un principio, la espera era buena, me daba tiempo a que mis inyecciones para control de natalidad hicieran efecto, pero últimamente me parecía más una excusa que otra cosa. Ya no había más pruebas que hacerse y todo tiempo de incubación había pasado.

—Esta noche, para terminar, vamos a hacer algo diferente —dijo al micrófono el cantante de Ordnung, de cuyo nombre, muy a lo Cervantes, nunca quería acordarme—, y para ello invitamos a alguien que ustedes conocen bien: Cash, de Ares.

Volteé a verlo, confundida, pero él simplemente sonrió de forma un poco misteriosa y caminó hasta la tarima, mirando a todas las personas que aplaudían a su alrededor como un rey lo haría con sus súbditos.

Tras darle un golpe amistoso al tipo de Ordnung en el hombro, tomó el micrófono e hizo un gesto a Mason con la cabeza, quien inmediatamente comenzó a tocar, seguido por el guitarrista. La música era vagamente familiar, una versión de algo que había escuchado antes, pero en estilo *trash rock*.

—«*Uptown girl*» —cantó, dándole a su voz una cualidad mucho más oscura que la que tenía normalmente y que combinaba perfectamente con el estilo que estaba interpretando—. «*She's been living in her uptown world...*».

Me di cuenta de que Cash estaba cantando la popular canción de Billy Joel y me la estaba cantando a mí. El resto de la audiencia también se dio cuenta y, tras unos segundos de anonadado silencio, comenzaron a aplaudir siguiendo el ritmo.

Me sentía pequeña y enorme, como si un gran reflector estuviese dirigido exactamente sobre mi cabeza. Tenía al mismo tiempo ganas de ocultarme y de pararme sobre una mesa. Aunque mejor me quedaba donde estaba, porque Cash había bajado de la tarima y estaba caminando hacia mí mientras seguía cantando.

Llegó frente a mí y, en caso de que algún despistado tuviera dudas sobre de qué iba todo, tomó una de mis manos antes de entonar la última frase.

—«*She's my uptown girl*» —me guiñó un ojo y mi presión sanguínea debió subir como a doscientos—. «*You know I'm in love*».

«Yo también», quise decirle, pero la gente comenzó a aplaudir y Cash llevó mi mano hasta sus labios y besó mis nudillos.

¿Se puede estar tan feliz por una cosa sin nombre que las comisuras de tus labios se levanten sin tu permiso en una sonrisa tan grande que se te sale por los ojos?

La pregunta quedó para después, ya que una voz desconocida nos interrumpió:

—Eso fue muy romántico pero ¿en serio? ¿Billy Joel?

Volteé violentamente para asesinar, al menos con la mirada, a aquel que se había atrevido a enterrar el malicioso alfiler en mi burbuja de felicidad, y en mi abrupto regreso a la realidad me di cuenta de que ya nadie en Improvisación aplaudía. Todos miraban con la boca abierta al responsable de esas palabras, como si la reencarnación de Jimi Hendrix hubiese decidido parar en el lugar por una cerveza.

El hombre parado detrás de nosotros, y que generaba tanta fascinación a su alrededor, no era, en la superficie, diferente a cualquier otro cliente del bar. De estatura promedio, constitución promedio, con el uniforme típico —léase

vaqueros, camiseta y botas—, aunque todo el atuendo lucía costoso. Su cabello, si bien resaltaría en la calle, en el lugar no era nada del otro mundo: en su mayor parte rapado, con solo una cortina de pelo en el centro que le caía hasta la mandíbula. Alguno de esos largos mechones cobrizos eran lisos, otros estaban trenzados como si fuera un *highlander*.

Lo llamativo era su cara. A pesar de que era un hombre que, probablemente, pasaría de los treinta, tenía ese tipo de rostro que nunca pierde su cualidad juvenil. Había algo en la expresión de sus ojos, una burla mezclada con trampa, que me generó un extraño escalofrío en la espalda.

—Marcus —el nombre fue pronunciado por Cash con cautela y una pizca de molestia—. ¿Qué estás haciendo aquí?

No hubo respuesta, porque una decena de mujeres con poca ropa le cayeron encima al tal Marcus, pidiéndole autógrafos y sacando sus teléfonos para tomarse fotos con él. Incluso alguno de esos sujetos que iban a Improvisación, esos con los que no quisieras encontrarte en un callejón oscuro, le estrechaban la mano y le ofrecían comprarle una bebida.

—Vamos, Gi —Cash apretó mi mano, que no había soltado desde que terminó la canción y comenzó a caminar hacia la salida.

Antes de llegar a la puerta, Lara, la cantinera, salió a nuestro encuentro.

—¿Ese es...?

—Sí —la interrumpió Cash.

—¿Y crees que vino para...?

—No lo sé.

Estaba a punto de decir que era absoluta y completamente molesto que fueran capaz de leerse la mente, pues no terminaban las frases y eso me apartaba de la información, pero la voz de Marcus nos alcanzó y Cash se detuvo como si se hubiera topado con una pared de concreto armado.

—¿Estás huyendo de mí otra vez, Cash? —preguntó, queriendo aparentar molestia—. Voy a terminar creyendo que hay algo malo conmigo.

—¿Qué quieres?

Pasó completamente de la pregunta de Cash y volvió su atención hacia mí. Sonrió y estuve segura de que, si de repente veía unos colmillos, no tendría el menor problema en creer que los vampiros existían.

—¡Hola! Soy Marcus.

Pronunció su nombre como si significara algo y me tendió la mano.

—Georgia Fisher.

Estreché su mano, primero porque había sido educada para ello, y luego porque algo me decía que, si quería satisfacer mi curiosidad, ese era el camino

que debía transitar.

—Me gustan las mujeres con nombre de canción, aunque tú eres linda por derecho propio.

—Muchas gracias.

—Íbamos de salida —intervino Cash, recuperando mi mano y apartándola de las cercanías de Marcus.

—¡No seas así! —Marcus parecía un niño haciendo un puchero—. ¿Qué dices, Georgia? Puedo compartir contigo unas buenas historias de cuando Cash era un jovencito que gustaba de meterse en problemas.

La mano de Cash me apretó tan fuerte que pensé que iba a quebrar alguno de mis huesos.

—Lo siento —dije, mirando a Marcus y poniendo en su mejor uso la educación de niña de sociedad por la que mis padres habían pagado una fortuna—, pero tengo un examen mañana y debo estudiar, además de levantarme temprano.

—¿Qué estudias, hermosura?

—Medicina, en Columbia.

Silbó apreciativamente.

—¿Qué tal mañana? —preguntó, pero ya no me veía. Tenía la vista concentrada en Cash—. Estamos todos en el Hotel Plaza. Podemos tomarnos unas cervezas, tocar algunas canciones, solo unos viejos amigos poniéndose al día. Puedes traer a Georgia.

—Ya veremos —fue todo lo que dijo Cash, y comenzó a caminar nuevamente hacia la puerta.

Esperé que una vez que estuviéramos en el coche algún tipo de explicación, aunque fuera un indicio, llegaría.

—¿Te llevo a tu casa o vamos a la mía?

Aparentemente no estaba en modo explicativo en ese momento.

—La tuya está más cerca y mis libros están allá.

Lo espí durante un rato a ver si era buen momento para comenzar a hacer las preguntas del caso, pero su boca era una línea fina y la forma en que cambiaba las velocidades, vengándose de la palanca de cambios como si hubiese cometido un crimen, me dijo que no lo era.

Pero Cash no era la única fuente de información. Google también existía. Así que saqué mi teléfono y comencé con lo más simple: «Marcus» y «rock». No esperaba dar con la respuesta tan fácilmente, pero aparentemente algún elemento cósmico estaba de mi lado.

Centenares de resultados se generaron con esa simple búsqueda, y las fotos me confirmaron que eran los adecuados.

—¡Guau! Insanity es una banda muy importante —dije antes de darme cuenta de que estaba hablando en voz alta.

Cash volteó a verme y pasó alternativamente la mirada de mi cara al teléfono antes de soltar un suspiro de resignación.

—Sí —fue todo lo que dijo.

—Y Marcus es el cantante de Insanity.

—Ajá.

—Su primer disco *Mujeres de pelo oscuro* fue disco de platino, han estado nominados al Grammy y abrieron para Metallica en su gira europea.

—Gracias por la actualización —me respondió sarcástico.

Llegamos a su edificio y Cash se bajó del coche sin darme tiempo decir nada más. El silencio continuó en el ascensor y mientras abría la puerta.

—¿No me vas a decir quién es Marcus?

Estiré la mano para encender la luz, pero no pude llegar al interruptor. Los brazos de Cash me tomaron por asalto al mismo tiempo que su boca se presionaba contra la mía de forma casi desesperada.

Sus manos comenzaron a desanudar los cordones que mantenían mi vestido en su lugar y su boca bajó hasta mi cuello.

El vestido no osó desafiar las leyes de la gravedad y rodó por mi cuerpo hasta no ser más que un charco de tela en el piso.

—Sé lo que estás haciendo —dije, tratando de recobrar el aliento.

—Creo que es bastante obvio —se sacó la camisa que fue a hacerle compañía a mi vestido en el suelo y volvió a tomar mis labios por asalto—. Voy a meterme dentro de ti sin nada que se interponga, pero antes necesito que estés lista, muy muy lista.

Una de las manos de Cash fue a comprobar las cosas, echando mi ropa interior a un lado y tanteando el terreno con sus propios dedos, que comenzaron a moverse con la certeza de todo un profesional, y se me olvidó de lo que estábamos hablando. Es más, enlacé una de mis piernas en su cintura para hacerle espacio.

Tuve que aferrarme a sus hombros como a una tabla de salvación, porque parada en una sola pierna, con los dedos de Cash volviéndome loca, de un momento a otro iba a colapsar de una forma muy poco glamorosa en el piso.

Afortunadamente no duramos mucho tiempo en esa incómoda posición. Cash se dejó caer en el sofá, llevándome consigo, y en un fluido movimiento me tenía sentada sobre él y estaba bajando el cierre de sus vaqueros.

—Tú decides cuánto y cómo —me dijo posicionando la punta de su miembro en mi entrada—. Si es incómodo solo tienes que parar.

¿Parar? ¿En serio? Llevaba fantaseando con esto desde la primera vez que vi las cuatro barras de metal que atravesaban su pene y había considerado la posibilidad de botar la caja de preservativos que estaba en el cuarto para forzar las cosas. Además, todo el escenario —el sofá, yo con las bragas echadas a un lado para que no estorbaran y él con los vaqueros puestos— era la viva imagen de algo que no podía esperar ni un segundo más.

Lentamente me fui empalando en él, queriendo gritar con la sensación de su dureza y calor mezclada con lo frío de la plata y la textura de los *piercings*. De hecho, creo que lo hice: alto, claro e incoherente.

Era algo completamente diferente, mucho más intenso y definitivamente mucho más carnal y primario, tanto que, una vez que lo tuve totalmente dentro de mí, el orgasmo me tomó por sorpresa, invadiendo mi cuerpo sin previo aviso.

Fue entonces que, ante mi incapacidad de hacer absolutamente más allá que la contracción automática de mis músculos, Cash me abrazó, sus manos extendidas por mi espalda, y comenzó a moverme ayudándose con sus propias caderas.

En algún momento sus movimientos se volvieron frenéticos, la forma en la que se abalanzaba dentro de mi casi furiosa. Incluso los ruidos que hacía tenían más de castigo que de placer.

Siempre con él había sido algo intenso, pero para nada exento de ternura. No obstante, en esta oportunidad su brusquedad rayaba en el desespero de alguien encerrado en un cuarto oscuro que golpea desesperadamente la puerta para que lo dejen salir.

—Abre los ojos —le dije mientras le cubría el rostro de besos—. Estoy aquí.

Me miró como si fuera la luz de esa habitación a oscuras y luego sentí lo potente de su orgasmo derramarse dentro de mí.

—No me dejes caer.

—Estoy aquí —le repetí mientras le quitaba el cabello del rostro.

Capítulo 19

Cash

«Vas, saludas, escuchas y te largas», me repetía mientras caminaba por la Quinta Avenida y entraba al Hotel Plaza.

Durante toda la noche había hecho el mayor de los esfuerzos para convencerme de que necesitaba ir, pues tarde o temprano Georgia comenzaría a indagar más sobre Marcus y las preguntas no demorarían.

¿Y, cuando eso sucediera, qué iba a decirle? ¿La verdad?

«La última relación seria que tuve fue con Marcus. Vivimos juntos en Los Ángeles, fuimos a muchas fiestas, a múltiples orgías, pero no te preocupes, estuve tan drogado todo ese tiempo que casi no me acuerdo».

¡Sí, claro! Ese es el discurso que te mueres por soltarle a tu hermosa, fina y educada novia, por la cual estás completamente loco. Eso sin mencionar que dicha novia tenía una hermana que le había roto el corazón en mil pedazos y que era la versión femenina de mí mismo.

Por ese motivo escogí ir a ver a Marcus en plena tarde, cuando Georgia estaba trabajando, así evitaría comentarios que pudieran dejarme al descubierto. Además, cualquier exceso que encontrara en la *suite* no sería nada comparado con lo que, con toda seguridad, se desataba una vez que caía la noche.

Eso último era en mi beneficio. Marcus, fiestas y alcohol era una combinación a la que nunca había podido resistirme, porque era una trífecta que me gustaba.

Una vez que tomé el ascensor hacia el piso veintiuno recordé la maniobra de distracción que había puesto en práctica la noche anterior. Había servido, pero no era una a la que pudiese echar mano cada vez que ella tuviera una pregunta. Lo notaría, era demasiado inteligente.

Además, tal vez por el hecho de volver a ver a Marcus y todos los recuerdos que ese encuentro trajo consigo, el mayor distraído fui yo. Mientras

le hacía el amor a mi Gi, mi otro yo arañó hasta la superficie y por un segundo la convertí en una de esas personas sin rostro, otro lugar oscuro y húmedo en el cual desaparecer por unos minutos.

Al menos me quedaba el consuelo que ella había tenido un orgasmo antes de mi rutina de entra/sal/repite/descarga, aunque no me enorgullecía el haberlo hecho sin protección. Ese pedazo de carne mía había estado en tantos sitios que era casi repulsivo que tocara sin barreras el interior de Georgia.

Toqué la puerta con el cartel de *Terraza Suite* y esperé. Siempre existía la posibilidad de que Marcus estuviese dormido y, de ser así, sería una señal de que no debía escuchar nada de lo que ese hombre tuviese que decirme.

No obstante, la puerta se abrió en diez segundos y la persona detrás de ella no era un mayordomo de los que suelen estar en ese tipo de habitaciones en ese tipo de hoteles. Era el mismísimo Marcus y no lucía como si acabara de despertarse.

—Viniste —sonrió de esa forma que era su marca registrada: presumida y al mismo tiempo algo infantil. Con esa sonrisa lograba todo lo que quería y yo lo sabía muy bien.

—Pensé que eras tan famoso que no tenías que abrir tus propias puertas.

—Te estaba esperando —hizo un gesto con la cabeza para que entrara.

—Tengo que admitir que la confianza nunca fue tu problema.

En lo que puse un pie dentro de la habitación sentí que había traspasado el umbral del tiempo y el espacio: no habían pasado cinco años y todavía estaba en Los Ángeles.

La *suite* del Hotel Plaza era distinta, en lo referido a la decoración, al sitio en el que vivíamos en ese entonces. Para empezar, no teníamos chimenea de mármol, ni sillones dorados, tampoco cortinas, alfombras o una escalera con pasamanos de madera, pero todo lo demás era igual: los chicos de la banda estaban allí, sentados en las mullidas sillas con guitarras en su regazo, la televisión estaba encendida sin volumen y sintonizada en ESPN, había un par de *pizzas* calientes sobre la mesa baja haciendo juego con varias botellas de cervezas a medio consumir, todo envuelto en una nube de humo de cigarrillo que salía a paso lento por la ventana.

La única diferencia era que, en aquel entonces, todo eso, y unas cuantas cosas más, era pagado con mi dinero. Ahora ellos tenían el suficiente para no depender del fideicomiso de nadie para alimentarse, dedicarse a hacer música y pagar por sus vicios.

—¡El Chico Maravilla está aquí! —Rufus, el baterista, me saludó con la misma sonrisa de siempre, como si nunca hubiese pasado nada, como si

nunca les hubiese dado la espalda y ellos a mí, en toda una telenovela de excesos y traiciones de lado y lado.

—Hola, Rufus. ¿Cómo has estado?

Me acerqué hasta el sofá a darle la mano, pero él ya se había levantado. Me alcanzó a medio camino para abrazarme, dándome palmadas en la espalda.

—Ven para acá, niño bonito —otra cabeza se asomó desde el sofá. Era Jason, el bajista—. Vamos a ver si todavía lo tienes.

Más abrazos, más saludos y ya estaba sentado en el sofá con una guitarra acústica en la mano y una cerveza esperándome en la mesa. Sin pensarlo comencé a tocar *Dead or Alive* de Bon Jovi, primero porque era casi instintivo tocar cualquier cosa cuando tenía una guitarra en las manos, y segundo porque era una buena canción para tocar en acústica y la elección usual cuando de calentar se trataba.

Jason me acompañaba con otra guitarra, Rufus daba golpecitos en la mesa para llevar el ritmo y Marcus hacía la segunda voz. Siguió *Tears in Heaven* de Eric Clapton y *No Rain* de Blind Melon.

Era como si nunca me hubiese ido.

La sincronización que una vez habíamos tenido volvió sin buscarla mucho, aderezada por el hecho de que todos ellos habían mejorado con el tiempo. Se habían vuelto profesionales y, de tanto hacer conciertos en vivo, su capacidad de improvisar con otros les salía casi natural.

—Somos famosos ahora —dijo Marcus, dándole un trago a su cerveza cuando terminamos *Runaway Train* de Soul Asylum—. ¿Por qué no tocamos algo propio?

Me miró levantando la ceja. Un reto.

Sin dejar de verlo comencé a tocar *Mujeres de pelo oscuro*, la canción que le dio nombre al primer álbum de Insanity y que los puso en órbita, pues les permitió cautivar a la audiencia metalera más radical así como sonar en emisoras de radio más conservadores.

Yo había escrito esa canción en un arrebato contra mi madre y ahora, al cantar nuevamente las palabras, esa oscuridad que dominaba mi vida, y que con grandes dosis de esfuerzo lograba mantener a raya un día a la vez, volvió a retomar algunos centímetros del territorio que le había arrebatado. Con cada centímetro mi voz se hacía más lóbrega, y mis dedos no acariciaban la guitarra, sino que trataban de hacerle daño.

¡Maldición, se sentía tan bien!

—Eres un maldito bastardo lleno de talento. —Rufus me dio un golpe en la pierna en cuanto toqué el último acorde—. Esa puta canción nunca ha sonado tan bien. Sin ofender, Marcus.

—Al César lo que es del César. —Marcus se encogió de hombros—. Ven conmigo, Cash, tengo una botella de Jack con tu nombre allá arriba.

Aparentemente el momento de sacar los esqueletos del clóset había llegado.

Seguí a Marcus por las escaleras, haciendo oídos sordos de los silbidos y risas que Rufus y Jason hacían desde abajo, y no pude evitar echar una ojeada, a través de una puerta entreabierta, a la habitación con una cama enorme que pasamos en el piso superior. No obstante, Marcus siguió de largo hasta que salimos a una terraza totalmente amueblada. En una de las esquinas había una mesa con botellas.

No me preguntó cómo me gustaba mi bebida, ambos la tomábamos igual: seca, sin hielo ni ningún aditivo.

Una vez que me dio el vaso, sacó un cigarrillo de su bolsillo, lo encendió y se dedicó a contemplar la inmensidad de Manhattan a nuestros pies.

—¿Me vas a decir por qué estás aquí? —pregunté, porque la paciencia nunca había sido una de mis cualidades.

—Te extraño.

—¿Te despertaste esta semana y te diste cuenta? ¿Después de tantos años? —me sorprendió lo amargada que sonó mi voz, por lo que di un trago al vaso para tratar de enmascarar el sonido.

—Nunca he dejado de hacerlo —dijo, aún mirando hacia el espacio vacío—. Debo admitir que en un principio estaba molesto. Me desperté una mañana y te habías ido con una de mis guitarras. Ni una nota, ni un correo electrónico, tampoco una puta paloma mensajera. Simplemente agarraste tus cosas, mi guitarra, y te fuiste.

—Me necesitaban en Nashville, no tenía dinero...

—Lo sé, lo sé todo —me interrumpió—. Cuando firmamos con la disquera intenté contactarte. Corazón roto o no, era tu música y tenías derecho al crédito y al dinero —Marcus botó la colilla del cigarrillo al vacío, se volteó y me encaró—, pero tu tío John me interceptó. Dijo que recién habías salido de rehabilitación y que, si me acercaba a ti, se iba a encargar de deshacer todo lo que Insanity estaba a punto de lograr.

¿Qué? ¿Marcus había tratado de contactarme?

Un extraño sentimiento me invadió, parte triunfo y parte de algo más que no podía identificar.

—Mi tío casi se vuelve loco cuando vio las condiciones en las que llegué a Nashville —dije, tratando de no dejar traslucir ni un poquito lo que estaba sintiendo—. Si recuerdas bien, estaba hecho una mierda.

La carcajada que soltó Marcus la pude sentir dentro de mi garganta, era tan amarga que diluía completamente el sabor del *whisky*.

—A tu querido tío John le importas un carajo, igual que al resto de tu maldita familia. Tu tío John te robó la oportunidad de ser famoso, porque te necesitaba en Nashville, tu querido tío John sabía lo que estabas haciendo en Los Ángeles, sabía lo que bebías, las fiestas a las que ibas y las drogas que tomabas y ¿qué hizo? No fue a buscarte, no, simplemente cerró el grifo de tu dinero porque a los Anglin lo único que les importa es eso. Claro, luego se dio cuenta de que te necesitaba enterito y sano, por lo que decidió meterte en rehabilitación y dejarte preso en el campo en caso de que requiriera otra parte tuya. —Marcus soltó un suspiro exasperado, sacudió la cabeza y una expresión de fría rabia tomó posesión de sus facciones—. Para los Anglin no eres más que una pieza de recambio, algo que usar para un propósito y luego descartar. Tu carrera, tus posibilidades les importan una mierda. De no ser por tu querido tío John, tu nombre estaría ahora en un disco que vendió millones de copias.

—Mi tío John se preocupa por mí —lo interrumpí, tratando yo también de estar molesto, porque estar molesto era mejor que estar confundido, pero solo logré sonar como un niño.

Necesitaba otro trago y un cigarrillo, eso hablando de las opciones con venta legal.

—¿No es ese mismo tío John el que te prohibió que lo llamaras «papá» cuando tenías nueve años y la palabra se te escapó? ¿El mismo que maneja tu dinero y no te deja tocar ni un centavo a pesar de que eres un hombre adulto? ¿Ese que también aprovechó las conexiones de tu padre y la fama de tu madre para convertirse en el productor más influyente de la música *country* que tiene este país? —Marcus hurgó en sus pantalones, sacó una caja de Camel y me la arrojó. El muy maldito siempre había tenido la extraña cualidad de anticiparme, de saber qué era lo que necesitaba. Tal vez porque conocía la mayoría de mis secretos—. Siempre fuiste muy ingenuo, Cash, y esa necesidad patológica de que tu familia te quiera no te deja ver lo que son en realidad.

Por un momento me quedé sin palabras, pero con el cerebro trabajando a mil por hora. Todos esos años en los que vi a *Insanity* hacerse famoso con mi material, a Marcus desfilar por la alfombra roja, a la banda en los vídeos

colgados en YouTube que plasmaban lo monumental de sus conciertos, sentí que me habían robado, que mi destino me había sido arrebatado. Solo que ahora el ladrón no tenía la cara de Marcus, sino la de una de las pocas personas en las que había confiado toda mi vida.

—Llevo más de tres años viviendo en Nueva York —encendí el cigarrillo sin filtro y di la bienvenida al humo dentro de mis pulmones. Me ayudaba a pensar. Mi tío John no era el culpable. Aquí el que robaba y engañaba era Marcus y no podía olvidarlo—. Si me extrañabas tanto, o querías darme el reconocimiento que merezco por haberlos puesto en el camino de la fama, pudiste venir en cualquier momento, ¿por qué justo ahora? ¿Estás seguro de que no se trata de que Insanity necesita un nuevo disco y que el segundo que hicieron ustedes solitos no resultó tan bueno como el primero que yo les escribí?

—¡Estos tres años has estado viviendo con Sorel! —me gritó, pero, a pesar de su mal humor, fue hasta la mesa de las botellas, sirvió otro Jack Daniel's en un vaso nuevo y me lo dio—. Y estoy seguro de que, si aparecía, ella iría corriendo a gritarle a tu tío que el malvado lobo feroz había vuelto a pervertirte.

—Deja a Sorel fuera de esto.

—¡Claro! De todas formas ella está fuera de esto, ¿verdad? Viniste a Nueva York únicamente para que ella pudiera asistir a Juilliard, y cuando tuvo la oportunidad te dejó por su profesor y se fue a Europa donde graba discos y es muy famosa. ¡Todos son famosos! Tu padre, tu madre, tu tío, Sorel, nosotros... todos menos tú.

—¿Cómo sabes todo eso?

—He estado pendiente de ti, siempre —en un momento la ira de Marcus se esfumó, dando paso a algo mucho más triste—. En todos estos años no ha pasado un día en el que no te colaras en mi pensamiento, aunque estuviera decidido a dejarte ir, pero es ahora, cuando ya Insanity tiene una trayectoria sólida, que puedo darme el lujo de no hacerle caso a las amenazas de tu tío. Tú perteneces a esta vida, tú perteneces a esta banda, tú, más que cualquiera, merece la fama, y verte aquí, tocando en bares, me encabrona, porque es como usar el condenado martillo de Thor para poner un clavo en la pared.

—¿Ese es tu discurso de ventas para que escriba otro disco para ti? —Me bajé el contenido del segundo vaso de un solo trago. No iba a claudicar. Los Ángeles había sido muy malo para mí. Tenía que recordar eso.

—No te voy a mentir, soy la única persona en tu vida que nunca te ha mentado. Te extraño, sí, pero también te necesito. Boté a mi guitarrista, tengo

que escribir un disco para volver al estudio, pero, a diferencia de las otras personas en tu vida, yo te doy la opción. Se van a restituir todos tus derechos por *Mujeres de Pelo Oscuro*, tendrás tus *royalties* y, si lo que quieres es ser un tipo que toca en bares y que una vez escribió canciones perfectas para una banda importante, está bien, será tu decisión. Si quieres la fama, los Grammys, la MTV y la portada de la *Rolling Stone*, si quieres ser más grande que tu madre y tu padre juntos, también te lo ofrezco, porque te lo debo, porque te lo mereces y porque me importas.

Marcus se acercó hasta mí con una sonrisa melancólica y acarició la punta de mi cabello con añoranza, y mi cabeza, por reflejo, se inclinó hacia su tacto. Era un tipo de sensación cómoda, reconfortante, como regresar de visita a un sitio donde fuiste feliz o volver a probar el postre que te enloquecía cuando eras niño.

—Lo que tú quieras, Cash.

Marcus estaba demasiado cerca. Su boca a centímetros de la mía, al tiempo que su mano se posaba delicadamente en mi nuca. Extrañamente no me incomodaba. Es más, quería inclinarme esos dos centímetros y volver a aquel lugar donde todo era divertido, donde la vida era un juego en el que yo siempre ganaba y no había que esforzarse tanto, donde yo no era la mala apuesta de mi madre ni el secreto mejor guardado de mi padre, donde portarse mal estaba bien.

—Ahora estoy en capacidad de dártelo.

—Tú siempre me diste lo que yo quería —susurré aún sumergido en el recuerdo de otro Cash, otra vida...

—¿Y eso es algo malo?

Esa era la pregunta que me asaltaba la mente con más frecuencia de la que me gustaba admitir.

En los últimos años había basado mi existencia en la premisa de que ese tiempo en Los Ángeles con Marcus había sido un error, una depravación enfermiza en los que las drogas y el sexo habían sido los protagonistas, pero muy dentro de mí sabía que nunca había escrito música tan buena como aquella, nunca había sido yo mismo, nunca me había sentido tan libre de mi familia y mi pasado. El actual Cash solo era una sombra de lo que había podido ser, una posibilidad que nunca se concretaba, un tipo que estaba allí simplemente como una muleta para que otros aprendieran a caminar.

—Estoy con Georgia ahora —dije, sacudiéndome de esa alucinación y dando dos pasos atrás.

—Linda chica, fina, se nota a leguas que tiene clase. De seguro usa pequeños aretes de diamantes de Tiffany que su papá le regaló cuando cumplió quince años. —Marcus se encogió de hombros, pero no se apartó. Se recargó en la baranda y me miró sonriendo—. Además, va a ser médico, y no de cualquier universidad, sino de Columbia, una de las escuelas más importantes de todo el maldito país.

—¿Y tu punto es? —Fui yo el que di dos pasos hacia atrás.

—Asumamos por un momento que toda esta monogamia heterosexual no es otro de tus intentos de cambiar quien realmente eres para lograr que alguien te quiera, que viste la luz y que ahora te gusta la vainilla con un poquito de chocolate encima.

—Sí, me gusta —lo interrumpí—. Es la mejor relación que he tenido. Estoy enamorado...

—Bien por ti, aunque sea una triste pérdida para el resto de la humanidad —se encogió de hombros otra vez—, pero seamos realistas: esa relación no va a durar si sigues siendo un músico de poca monta que toca en bares mientras ella se convierte en una famosa cirujana o algo así.

—Ella no es así —lo dije sin convicción. Desde el primer momento que la vi supe que estaba unos cuantos escalones más debajo de lo que ella merecía.

—La vida es así. —Marcus hizo una mueca con la boca—. Georgia crecerá profesionalmente y tú seguirás en el mismo sitio. Se convertirá en otra de esas personas a tu alrededor que se volvió famosa mientras tú esperabas, como Sorel, como yo. ¿O me vas a decir que no tienes ni un poquito de resentimiento hacia nosotros? Lo mismo va a pasar con Georgia. Si quieres conservarla, debes dejar de ser un acompañante de los sueños de otro y convertirte en la estrella que naciste para ser. Una doctora y un músico de bar, no va a funcionar. Una doctora y una estrella del *rock*, eso sí tiene posibilidades.

Capítulo 20

Georgia

Terminé de colocar los libros en los anaqueles y volví a echarle una ojeada al teléfono por enésima vez en el día.

Era extraño no saber de Cash. Desde que me dejó en la universidad en la mañana no había recibido ni un mensaje, mucho menos una llamada. Tampoco había estado muy comunicativo en el trayecto, ni después de la intensa sesión sobre el sofá.

Se había retirado a un lugar que yo desconocía, sacando a flote una nueva faceta: un Cash callado y meditabundo, impenetrable y un poco oscuro. Quería comenzar a tocar esa puerta tras la cual se escondía, darle patadas y gritar desde afuera para que me dejara entrar, más cuando mi intuición me decía que esta situación tenía que ver con la aparición de Marcus, y esa aparición era del tipo que lo cambia todo.

Había intentado indagar más sobre él en internet, pero no encontré nada particularmente sórdido o tenebroso, salvo el usual comportamiento de una importante estrella de *rock*. Tampoco encontré nada que lo relacionara con Cash, pero me había dado una vibra extraña cuando lo vi en Improvisación, y si a eso le sumábamos el errático comportamiento de Cash...

Marcus era una especie de virus que se había colado en el sistema linfático de nuestra armoniosa existencia y los síntomas se estaban empezando a notar. La cuestión era que, al no saber exactamente cuál era la enfermedad, no podía aplicar el antibiótico adecuado.

Claro que había una clara opción, una explicación que resaltaba en el fondo de mi mente como un anuncio luminoso, pero no me sentía capaz de afrontarla.

—Georgia —la voz del señor García me sacó de mis muy destructivas y poco prácticas cavilaciones—, Cash está aquí.

Decidí atenerme a mi *modus operandi* usual: si había algo que no entendía, lo mejor era preguntar. A fin de cuentas, la fuente de información primaria compartía la cama conmigo al menos cuatro días a la semana.

Salí de mi escondite, justo detrás de la sección de Mitología y Religión, aún debatiendo si utilizar un enfoque directo o uno solapado.

Cash estaba apoyado en el mostrador conversando educadamente con el señor García mientras Marcy revoloteaba a su alrededor. Él era el único que lograba que mi compañera de trabajo no pareciera a punto de asesinar a aquel que osara dirigirle la palabra.

—¡Hola! —dije para llamar su atención con la mejor sonrisa de mi arsenal.

Cash intentó sonreír, pero solo le salió una mueca que no era, ni de lejos, su mejor intento.

—¿Ya terminaste?

—Sí. Déjame ir por mis cosas.

Fui a la trastienda por mi bolso y, una vez que regresé, Cash me lo arrebató de las manos y se lo pasó por la cabeza.

Con esa misma ausencia, que lo hacía parecer más una sombra dibujada a lápiz que una forma sólida y viviente y que le impedía siquiera tocarme, me siguió afuera. El Mustang estaba aparcado justo frente a la tienda. Me abrió la puerta sin mirarme y, en cuanto nos pusimos en marcha, ya el silencio era mucho más ruidoso que una presentación de Ordnung.

—Nunca se me había ocurrido —comencé con el tono más desapegado del que fui capaz—, pero me parece que el nombre perfecto para un elefante sería... Marcus.

—¿Qué? —Cash volteó a verme con una expresión digna de foto.

—Ojos en la vía, señor conductor —dije, señalando el punto en cuestión—, y estoy hablando del enorme elefante rockero que está ahora sentado en este coche.

—Ahora no, Gi, por favor, tengo mucho en qué pensar.

—Un sujeto de muy buen ver me dijo una vez que yo era la mujer más inteligente que había conocido, y, créeme, él conoce muchas mujeres todos los días.

Cash sonrió, y verlo reaparecer, aunque fuera de una forma tan leve, me dio la dosis de coraje que me faltaba.

—Así que, si hablamos de pensar, estamos justo en la materia que mejor domino, así que pensemos juntos. Te ayudo, sin cobrarte...

—Todos los días me pregunto qué hace una mujer como tú con alguien como yo —dijo en medio de un suspiro.

—Si recuerdo correctamente, fui yo quien prácticamente te forzó a estar conmigo.

—Pero te quedaste, no te has ido. Todos siempre se van, Georgia, toman lo que quieren y me dejan atrás, soy una conveniencia, un momento, y me pregunto cuánto tiempo pasará antes de que te des cuenta de que vas a ser doctora y yo soy un músico de bar y también te vayas.

—No voy a ir a ningún lado.

—¿En serio? —me miró de lado e hizo una mueca como si estuviese chupando un limón—. Te escurres cada sábado a tus almuerzos familiares y nunca me has invitado. No les has hablado a tus padres sobre mí porque te avergüenza estar conmigo.

Sus palabras me dolieron de una forma casi física. Se ajustaba perfectamente a la descripción de un ataque cardíaco o de unas cuantas costillas fracturadas, una agonía punzante que te hace querer apretar una parte de tu cuerpo.

—Mis padres no son unos *snoobs*, Cash. No les importaría que seas un músico. Solo quieren que sea feliz —y exitosa, y cirujana, y que no les cause problemas, y miles de otras cosas que no estaba segura de poder lograr.

—No seas condescendiente, Georgia. En serio, no los culpo, no querría a una hija mía cerca de un perdedor como yo.

—Para el coche —fue todo lo que pude decir por el momento.

Si íbamos a tener esta conversación tan destructiva, la íbamos a tener viéndonos a la cara. No había otra forma de entregar el mensaje.

Pensé que no iba a hacerme caso, pero tras un par de metros consiguió un lugar desocupado y aparcó. No obstante, y aunque ahora no era necesario, pues no estábamos en movimiento, su vista seguía enfocada en la carretera.

—Ven conmigo —me bajé y esperé que se me uniera justo frente al *capot* del Mustang—. ¿Quieres la verdad? Esta es la verdad.

Sin reverencia alguna, di la vuelta a mi bolso, vaciando todos los libros sobre la superficie de metal. Algunos de mis famosos marcadores de colores rodaron hasta llegar al piso.

—¡Qué mierda, Georgia!

—¿Qué ves allí? —dije señalando el desastre.

—Libros, lápices... Georgia, qué...

—No —lo interrumpí—, son posibilidades. Puedo aprender todo lo que dicen esos libros, dar las respuestas adecuadas en cada caso y aun así no

llegar a ser un gran médico nunca, pues para ser algo grandioso, ya sea un artista, un chef o un barrendero, se necesita un talento específico y yo... yo no sé si tengo talento para nada, salvo para vivir de forma organizada.

—Gi, no digas eso.

—Tú, en cambio —proseguí sin hacer el más mínimo caso de su protesta—, tienes el talento y el conocimiento. Eres como una obra de arte terminada que, por ahora, está colocada en el atril de un pintor y no mucha gente ha tenido la oportunidad de apreciarla. Pero, al igual que ese cuadro, tu momento de maravillar, no solo a un pequeño grupo de personas, sino al mundo entero, llegará, porque no tienes otra opción que ser ese músico brillante que ahora eres. Para eso naciste. Yo, yo no soy nada más que una buena estudiante.

—Tú eres lo más cercano a la perfección que he visto...

—No estás escuchando —tomé su cara entre mis manos—. Soy solo una posibilidad, puede que resulte grandiosa o mediocre, aún no lo sé y me da miedo, un miedo que me carcome el estómago cuando me pongo a pensar que puede que no sea tan brillante como se espera de mí. Y sí, tal vez en un principio mis padres tengan una apoplejía grupal si se enteran de que estoy enamorada de alguien como tú, y no puedo darme el lujo de decepcionarlos en eso cuando es muy probable que termine decepcionándolos en todo lo demás.

—¿Estás enamorada de mí? ¿En serio?

—¿Eso fue lo único que escuchaste? ¿En serio? —negué con la cabeza—. Sí, estoy enamorada de ti, imbécil. Y, en cuanto a lo demás, que era por cierto la parte importante, deja de decir que soy perfecta y que te voy a dejar porque algún día voy a ser doctora cuando, asumámoslo, lo más probable al día de hoy es que seas tú el que se vuelva famoso e importante, salgas en la portada de la *Rolling Stone* y ni siquiera recuerdes a esa novia que tuviste una vez, que estudiaba Medicina en Columbia y que, para horror de sus padres, terminó siendo dermatóloga.

—Gi —tomó mis manos entre las suyas—, te amo, más de lo que he amado cualquier cosa en mi vida, probablemente más de lo que tú me amas a mí.

—No creo que haya una forma de cuantificar eso.

Y allí, parados en el medio de una calle sin nombre, me silenció con el beso más tierno que hubiese recibido en toda mi vida y sonrió.

—Voy a hacerlo funcionar, Gi, para mí, para ti, para tu familia.

—Lo sé.

—Pero para eso —siguió como si no me hubiese escuchado—, necesito dejar Nueva York. Debo mudarme a Los Ángeles.

¿Qué? ¿Después de todo este drama estaba terminando conmigo?

Capítulo 21

Cash

—¡En media hora, Cash!

Marcus entró como una tromba en el camerino, encendiendo luces y hablando demasiado fuerte, despertándome así de una siesta que, aunque profunda, se sentía insuficiente.

El último mes había sido una locura: una gira nacional con Insanity que comenzó justo en cuanto aterricé en Los Ángeles y que implicaba grandes conciertos en todos los estadios importantes del país, horas en el autobús mientras componía las nuevas canciones, ruedas de prensa, entrevistas, todo eso sin descuidar el trabajo que estaba haciendo para Reva.

El cansancio me estaba pegando. Dormía poco, comía mal, fumaba como un condenado a muerte, no hacía ejercicio y la exigencia de presentaciones casi diarias intercaladas con viajes interminables por carretera hacía que me doliera cada músculo de mi cuerpo.

—¿En qué ciudad estamos? —pregunté aún medio dormido mientras le daba la orden a mi cuerpo que saliera del sofá, que me había servido de cama improvisada después de la prueba de sonido.

—Seattle —Marcus abrió la heladera del camerino de la cual hizo aparecer mágicamente un Red Bull. Luego sacó de una bolsa de ropa colgada en un rincón el pantalón de cuero que la gente de relaciones públicas había decidido que debía usar esa noche y lo puso sobre una de las sillas—. Te ves como si te hubiese atropellado un camión de dieciséis ruedas.

—Solo estoy un poco cansado.

Lo cual era una puta mentira. «Un poco» ni siquiera se acercaba. No conseguía ni recordar el orden de las canciones que tenía que tocar esa noche.

Mi cuerpo finalmente captó la orden de mi cerebro, aunque ya habían pasado como tres minutos, y fue hasta la mesa donde estaba el Red Bull.

No estaba seguro de si tendría tiempo de tomar una ducha antes de la presentación, aunque a estas alturas estaba convencido de que el agua caliente podría relajar tanto mis músculos que me quedaría dormido en el piso del baño.

—Nadie dijo que ser una estrella del *rock* era fácil. —Marcus se encogió de hombros.

—Tú parece llevarlo muy bien.

Me dejé caer en una silla que estaba cerca de la heladera en caso de que necesitara otra bebida para despertarme. Quería lanzarle una mirada odiosa pero hasta eso me parecía un desperdicio de energía.

—Tengo sexo, casi todos los días, lo que es un conocido liberador de serotonina, y de vez en cuando me ayudo con otras cosas. Tú, por otra parte, no quieres tener asistencia de ningún tipo en esos departamentos.

—Tengo novia.

—Georgia está en Nueva York, nunca lo va a saber —mover las manos exasperado—. Puedes cerrar los ojos e imaginar que es ella. Una pequeña fantasía asistida. Antes te gustaba jugar.

—¿Nunca has notado que cada mujer se siente diferente cuando estás dentro de ella? —Abrí la heladera para sacar otra lata—. En el supuesto de que accediera, cosa que no voy a hacer, y consiguiera apagar mi cerebro, mi cuerpo lo sabría y probablemente se quedaría flácido en mitad del asunto.

—¿Tú? ¿Flácido? —Marcus se rio—. Si recuerdo con exactitud, podías pasar de cero a mil en treinta segundos y repetir la operación hasta cuatro veces en una sola noche.

—Aún puedo —me encogí de hombros—, solo que necesito a la persona indicada.

—¿Estás seguro? —Marcus tomó una de las sillas, la hizo girar y se sentó a horcajadas sobre ella—. Podemos hacer la prueba. Apagamos la luz y vemos qué pasa. Puedes fingir que soy Georgia, no me voy a ofender.

—¿Nunca te molestó, verdad?

—¿Qué? —Marcus sacó dos cigarrillos, los encendió y me pasó uno.

—Tuvimos sexo, Marcus, muchas veces incluíamos mujeres también, otras cada uno se iba a lo suyo con otras personas. También había oportunidades en las que simplemente te quedabas a ver...

—Te ves muy bien cuando follas. —Marcus le dio una calada a su cigarrillo—. Es todo un espectáculo, casi tan bueno como cuando estás en el escenario. Algunas veces verte teniendo sexo es más estimulante que coger.

—Pero siempre fue eso, una exhibición ególatra, una masturbación asistida y pública. Nunca ninguna de esas personas significó algo, no eran nadie cuando me las follaba, solo un hueco oportuno y dispuesto, una forma de experimentar cosas diferentes, de sentirse bien. Incluso contigo.

—Ahora sí que heriste mis sentimientos —Marcus exclamó en tono de burla, poniéndose una mano en el pecho—. Pienso que debemos cambiar el repertorio de esta noche y tocar puras canciones tristes y melancólicas. Me siento tan triste que creo que cantaré algunas de las de tu madre.

—Idiota —le di una leve patada a su silla.

—Nunca fuimos amantes, Cash, solo dos amigos que experimentaron unas cuantas cosas juntos. —Marcus echó su colilla al piso. Su tono de broma había desaparecido—. Cuando dije que te extrañaba, me refería a que extrañaba a mi talentosísimo amigo, el mejor que he tenido, extrañaba hacer música contigo, tocar contigo. En cuanto a lo otro, no te voy a negar que me encantaría volver a verte en acción, porque me gusta ver cosas hermosas. Es bien sabido que soy un perverso morboso.

—¡Quince minutos! —la voz del jefe de gira sonó apremiante tras la puerta cerrada y vino acompañada con tres secos golpes.

—Creo que debes vestirte.

Marcus tomó la colilla que aún estaba en mis dedos, la arrojó al piso y la aplastó con su bota. Luego se puso de pie, le dio la vuelta a la silla para volver a sentarse, arrellanándose y cruzando los sobre el pecho.

—¿Y te vas a quedar aquí mientras lo hago?

—¿No escuchaste nada de lo que acabo de decir? —sin ningún asomo de vergüenza, encendió otro cigarrillo—. Además, me he estado preguntando si todavía tienes la Escalera de Jacob. ¿Recuerdas esa noche? Después de la primera barra tuve que agarrarte los brazos para que no golpearas al tipo que estaba haciendo el trabajo.

—Claro que lo recuerdo. Ese tipo de dolor no se olvida nunca —dije, poniéndome de pie y sacándome la camiseta. Me dolía la espalda—, no importa cuan drogado estés.

—Y luego vinieron esos seis largos meses de abstinencia mientras los *piercings* sanaban. Las mejores canciones del disco las escribiste en esa época.

—¿Te das cuenta? —dije, sacándome los pantalones de ejercicio y caminando desnudo por el camerino hasta llegar al lugar donde estaban los de cuero—. La abstinencia sexual es buena para mi capacidad creativa.

—Nunca he dudado por un segundo de tu capacidad creativa, célibe o no, pero, si te soy sincero, debo admitir que me preocupa la gira.

—¿Qué te preocupa?

En dos rápidos movimientos me metí en los pantalones y comencé a abrochar los botones con dificultad. Sinceramente, hubiese sido menos trabajo salir a tocar con mis cómodos pantalones de ejercicio.

—Ahora voy a pasar todo el concierto pensando que no tienes nada debajo de todo ese cuero. Nota mental: no caer por accidente arrodillado cerca de Cash porque la gente va a creer que soy Gene Simmons de Kiss cuando saque la lengua.

—Deja de joder, Marcus —con más esfuerzo del que normalmente requería para esa actividad, tomé un cepillo para intentar poner mi cabello más o menos en orden. Tal vez debería cortármelo de una vez, a los de Metallica les había funcionado—, y dime cuál es el problema. Creí que las cosas iban bien.

—La gira va mejor de lo que hubiese esperado. Todos hablan de ti, del regreso de Insanity a sus inicios, pero estás agotado. De un momento a otro vas a colapsar en medio del escenario, o lo que es peor, olvidar las canciones y quedar delante de doscientas mil personas como un incapaz.

—Eso no va a pasar —dije con más convicción de la que sentía—. Solo tengo que cogerle el paso.

—Déjame ayudarte.

Como mi cerebro funcionaba tan lento me tomó unos cuantos segundos darme cuenta de por dónde iba el ofrecimiento de Marcus. En lo que tardé en descifrarlo, mi cuerpo se paralizó.

—Ya no tomo drogas. Esa mierda mata.

—Si eso fuera cierto, yo estaría enterrado en un cementerio en Indiana.

—No.

Sabía que debía moverme, salir del camerino e ir a echarle un vistazo a mis guitarras y dar por terminada la conversación, pero por alguna razón que me negaba a admitir, y que no tenía nada que ver con el cansancio, mis piernas no se movían.

—Cuando éramos jóvenes hicimos muchas estupideces, pero ahora es solo medicina. No se trata de algo recreativo, simplemente de un complemento para ayudarte a terminar la gira, porque necesitamos terminar esta gira. Tienes que mostrarle a todos y cada uno de esos que te hicieron sentir que no eras nada, que tomaron tus decisiones, que te usaron y te abandonaron, que no te hacen falta, pues tú solito puedes hacerte el camino.

—Puedo perder el control.

—Aprendí mis límites y tú puedes aprender los tuyos. —Marcus hizo un gesto displicente con la mano—. Estoy aquí si me necesitas y, si no te ayuda, si no te gusta...

—Sé que va a gustarme —no pude evitar la risa amarga—. Cada día extraño esa convicción de que puedo hacerlo todo, de que el mundo en mi maldito escenario, de que estoy vivo caminando al borde de la muerte, de que nada más importa, sino esa sensación de que estás cómodo en tu propio cuerpo. Luego recuerdo la rehabilitación, el dolor en cada uno de mis huesos, en mis músculos, los sudores, los calambres. Pensé que nunca iba a poder tocar una guitarra nuevamente.

—Más a mi favor. Lo que es una jodida mierda es la rehabilitación, por eso yo no lo hago.

Hurgó en el bolsillo de sus vaqueros y sacó un tubo de vidrio con un polvo blanco dentro.

De solo verlo casi pude sentir el sabor en el fondo de mi garganta. Mi cuerpo se estremeció al recordar el efecto, y vaya que en estos momentos necesitaba toda la energía que pudiese conseguir.

—Es solo una pequeña dosis, Cash, para ayudarte con la presentación. La gente de la disquera está aquí, hay periodistas. Necesitamos dar un buen espectáculo y tú no puedes mantener los ojos abiertos —dejó el tubo sobre la mesa y se puso de pie. Solo volteó antes de abrir la puerta—. Eres un hombre adulto y sabes que eso no te controla. Puedes usarla en tu beneficio en vez de permitirle que te use a ti. Necesitas hacerlo funcionar. Por mi, por ti, por Georgia...

Marcus salió, dejándome solo con ese pequeño tubo que llenaba con su presencia todo el enorme camerino y mi mente comenzó a cantar *Sad but true* de Metallica: «Tú eres mi máscara, mi cubierta, mi refugio».

Pero no importaban ni las letras, ni las canciones, ni siquiera que el camerino pareciera haber reducido su tamaño a la mitad: la decisión estaba tomada mucho antes de que me diera cuenta.

A fin de cuentas, le había prometido a Georgia que lo haría funcionar.

Capítulo 22

Georgia

¡Dos meses sin ver a Cash!

Parecía que habían pasado milenios desde ese día que me dijo que se iba a Los Ángeles y, sin embargo, aún podía recordar el vacío negro que me envolvió ante la posibilidad. Por unos segundos pensé que alguien había puesto un botón cósmico de pausa, pero la gente caminaba a nuestro alrededor, los coches seguían transitando por la calle, ajenos a que en ese instante una vorágine oscura, en la que se habían transformado una gran cantidad sentimientos diversos, me impedía respirar.

Ahora, analizándolo en retrospectiva, no podía creer que estuve a punto de pedirle que olvidara toda esa charla motivacional de «tú vas a ser una estrella» y caer de rodillas suplicando a gritos «por favor, por favor, no te vayas».

Eso, además de patético, hubiese sido egoísta.

Cash merecía esa oportunidad, la necesitaba, era algo por lo que había trabajado toda su vida y en solo dos meses estaba ganando titulares de alabanza por parte de la prensa especializada. Eso compensaba, en parte, esta horrible relación a larga distancia que ahora teníamos.

No importaba cuántas veces hubiésemos hablado por teléfono, que leyera todas las reseñas sobre la gira que existieran en el ciberespacio (hasta había puesto una alerta en Google), y que incluso hubiese visto el par de conciertos que se transmitieron en vivo por internet, acompañada de Holly y Josiah, quienes se habían convertido a la fuerza en fanáticos de *Insanity*. Nada rellenaba ni un poquito el agujero de ausencia.

Siempre había pensado que no tenía tiempo para una relación, ahora el tiempo me sobraba para extrañar la que había tenido.

Por eso necesitaba saber si había un límite de velocidad en los aviones para sobornar al piloto para que lo violara y me llevara más rápido a

Los Ángeles.

Mason ya estaba en camino. Había salido hacía un par de días, pues iría por carretera para llevar el Mustang de Cash de regreso con su verdadero dueño.

Por aquello de ser educada y, a pesar del mal humor que se había apoderado de Mason en la última semana, me había ofrecido a acompañarlo. No había terminado de verbalizar mi oferta cuando me cortó de plano, diciendo solamente: «es mejor que llegues a Los Ángeles lo antes posible».

Aparentemente, mi desesperación era más que notoria.

Una vez que aterrizamos, aprovechando el tiempo de espera mientras mi equipaje aparecía en la cinta correspondiente, me escurrí hacia el baño más cercano. Arreglé mi cabello, estiré mi vestidito de verano, me puse un poco de brillo labial y sonreí al ver mis uñas recién arregladas a través de las sandalias. Por recomendación de Holly, tenían unas florecitas pintadas. Toda coquetería era poca después de tanto tiempo separados.

Cuando mi maleta apareció, salí de la sala de equipaje casi corriendo, mostrando todos los dientes mientras recorría con la mirada la sala de espera.

Nada.

Volví a repasar cada rostro con más detenimiento y fue entonces que lo vi: una mujer parada con un cartelito que decía *Georgia Fisher*.

—¿Hola? —pregunté cautelosa, tratando de obviar el erizamiento en mi nuca y la sensación de pesadez en el estómago.

—¿Georgia? Encantada de conocerte al fin —sonrió como si acabara de ganar la lotería—. Soy Melissa, hablamos por teléfono varias veces.

Claro, Melissa.

Por lo que sabía, trabajaba para Insanity y, durante la gira, ella había contestado el teléfono de Cash unas cuantas veces.

—¿Pasa algo? —pregunté, tratando de dejar implícito lo que estaba pasando por mi mente que iba más por el estilo de «¿dónde está Cash?».

—Todo está perfecto —dijo, aún sonriendo, y luego le hizo una seña a un hombre uniformado que se apresuró a recoger mi maleta—. La gira terminó apenas dos días, los muchachos se están relajando un poco. Tú sabes lo matador que es ese tipo de trabajo.

Sinceramente, no lo sabía, pero decirlo me hubiese hecho sonar como una perra, así que recurrí al sempiterno salvavidas que representa una sonrisa educada y la seguí por el aeropuerto hasta que llegamos a un enorme Mercedes negro. El chofer guardó mi equipaje y luego nos abrió la puerta.

—¿Primera vez en Los Ángeles? —preguntó Melissa, cuyo animo alborotado se parecía más al que yo tenía cuando desembarqué que al que se había apoderado de mí en los últimos minutos.

—Sí.

—Bueno, si el tráfico es benévolo, en media hora debemos estar en la casa de Marcus en Malibú.

La casa de Marcus.

Sabía que Cash se estaba quedando con Marcus. Apenas llegó a Los Ángeles, salió de gira, y había regresado apenas dos días atrás, cosa que no daba mucho tiempo para andar explorando las ofertas de bienes raíces. Sin embargo, tenía la ilusión que hubiese buscado un lugar donde pudiéramos estar solos estos pocos días que iba a estar en la ciudad.

A pesar de todo lo que había hecho por Cash, cada vez que pensaba en Marcus lo imaginaba con piel roja y cuernos, bailando en medio de las llamas del infierno.

Aparentemente pasaba demasiado tiempo escondiéndome en la sección de Mitología y Religión.

La única parte buena del trayecto, que tomó más de cuarenta y cinco minutos, fue que Melissa finalmente entendió que yo no estaba en modo conversador y mantuvo la boca cerrada, al menos hasta que llegamos a nuestro destino.

Lo primero que me llamó la atención al bajar del coche fue el insistente olor del mar y el ruido de las olas. En segundo término, la casa.

Para una estrella del *rock* que yo asociaba con cosas claramente satánicas, hubiese esperado de Marcus algo grandilocuente, tal vez un poco gótico, pero solo era una enorme casa blanca de diseño moderno y muchas paredes de vidrio.

Lo principal era que nadie estaba allí esperándome, y por «nadie» me refería a Cash. No ir al aeropuerto era una cosa, no estar esperándome en la puerta con rostro desesperado y correr hacia mí en cuanto llegué, tipo película, era otra.

—Puedes entrar, está abierto —dijo Melissa, obviamente perpleja ante mi inacción—. Yo me encargaré de tu equipaje.

Con un suspiro, traté de convencerme de que nunca había sido una romántica y no había razón para intentar serlo ahora.

Atravesé el suelo de pequeñas piedritas blancas, subí las escaleras y abrí la puerta.

No sé qué me impactó más: el olor, la música o la cantidad de gente. Era obvio que había una fiesta.

Me abrí paso entre un montón de personas, en su mayoría conformado por mujeres de pequeñas cinturas y pechos que tenían que deber su tamaño a los colegas de mi madre, y que eran exhibidos sin ningún pudor en bikinis que no tenían más de medio metro de tela. Si de un momento a otro aparecía Hugh Hefner en una bata de satén, no tendría dudas que me hallaba en una fiesta en la Mansión Playboy. Solo faltaba la gruta.

Llegué hasta un recibidor todo decorado en blanco: pisos, paredes, y sillones. Cada una de las superficies disponibles estaban ocupadas por personas que bebían, hablaban, bailaban y otras cosas un tanto más personales, que me hacían dudar del buen juicio del decorador al usar un color tan claro para el mobiliario. A mi izquierda las paredes de vidrio se abrían para dar paso a lo que parecía ser una terraza que tenía como fondo el mar.

—¡Gi! Qué bueno que ya llegaste.

El apodo me hizo voltear esperanzada, pero no era Cash, era Marcus. No tenía cuernos, tampoco un tridente en la mano. De hecho, no había cambiado mucho desde aquella vez que lo vi en Improvisación: un hombre con cara de niño y un corte de cabello vanguardista. A diferencia de los que nos rodeaban, vestía vaqueros y una camiseta que decía *Insanity*.

—¡Hola! —levanté la mano y la agité a modo de saludo, tratando de borrar de mi expresión que el uso del sobrenombre por una persona distinta a quien lo había creado me hacía sentir expuesta. Era como ser desnudada en público.

Cuando Marcus llegó hasta donde estaba, me abrazó como si fuésemos los mejores amigos. El abrazo se volvió incómodo, pues se demoró unos cuantos segundos más de lo normal, presionando la totalidad de su cuerpo contra el mío.

—Estoy tan feliz de que estés aquí.

Momento incómodo número dos: las palabras de Marcus fueron dichas en un susurro a mi oído, para luego darme un delicado beso peligrosamente cerca de la comisura de mis labios.

—¿Dónde está Cash? —pregunté, tratando de no sonar aprehensiva y separándome de él lo más delicadamente posible.

—Debe de andar por algún lado. —Marcus miró a su alrededor con fingido interés antes de tomarme de la mano—. Vamos a buscarlo.

Comenzamos a caminar entre la gente, ahora con dirección a la terraza, aunque con ligeras escalas para saludar a personas que se acercaban para mostrarle a Marcus su adoración.

—¿Quieres tomar algo? —me preguntó cuando pasamos cerca de un bar, atendido por un profesional que mezclaba bebidas para los asistentes.

—No, estoy bien, gracias.

Como tratando de agotar mi paciencia, Marcus sí se paró en el bar y ordenó un margarita.

¿No podía ordenar algo que se sirviera directo de la botella? Noooo. Tenía que ser algo que involucrara una batidora, hielo y que el cantinero mostrara sus habilidades al darle vueltas en el aire a las botellas.

—Es tan divertido vivir con Cash otra vez.

—¿Otra vez? —pregunté medio ausente, todavía escrutando a mi alrededor, con la esperanza de que Cash apareciera primero que el coctel de Marcus.

—Sí, vivimos juntos aquí en Los Ángeles hace muchos años, ¿no sabías? —sonrió de forma tan inocente que tanta candidez resultaba ficticia en alguien como él—. Estábamos juntos la noche que se puso los *piercings*. Sí has visto los *piercings*, ¿verdad?

«Demasiado personal, amigo mío», pensé.

—Sí, los he visto —le di el mejor ejemplo de una sonrisa condescendiente.

—La recuperación de esos malditos fue un dolor en el culo, y Cash no es muy ordenado que se diga, así que me tocó a mí...

Eso era, definitivamente, más información de la necesaria. Estuve a punto de desconectar mi cerebro, pues la imagen de Marcus encargándose de cuidar esa parte de Cash era... Menos mal que ese fue el momento en que la música dejó de sonar y la casa fue invadida por el más bello sonido proveniente de instrumento alguno que hubiese escuchado.

Dejando a mi inconveniente anfitrión atrás, comencé a caminar hacia a la terraza atraída por esa bella música, pero no provenía de allí, era más abajo.

A ambos lados de la terraza, sendas escaleras daban a una piscina rodeada de sillas de extensión. Aún faltaba la gruta, pero estaba segura de que las conejitas aparecerían con todo y orejitas peludas en los próximos minutos.

Las personas en el lugar parecían igual de atraídas que yo hacia un hombre parado en una de las sillas, tocando en un violín algo que sonaba barroco.

Podía llevar meses sin verlo, él podía estar de espaldas y yo viéndolo desde arriba, pero lo reconocería donde fuera: Cash.

El pelo le caía suelto hasta debajo de los hombros desnudos, un poco más largo que lo usual, y parecía haber perdido peso, lo que era evidente ya que solo tenía puestos unos pantalones playeros que le llegaban por encima de las rodillas, pero seguía siendo el mismo hombre capaz de sacar sonidos maravillosos hasta de una lata vacía de sardinas, mucho más de un violín.

—Nuestro muchacho está feliz.

Marcus apoyó su cabeza en mi hombro y tuve que hacer mi mejor esfuerzo para no mover bruscamente mi articulación hacia arriba y sacármelo de encima.

—¿Feliz? —pregunté, caminando hacia la escalera para desembarazarme de ese hombre, pero no se dio por aludido. Me pasó un brazo por los hombros, atrayéndome nuevamente hacia él.

—Siempre toca el violín cuando está feliz, ¿no lo sabías? Fue el primer instrumento que aprendió a tocar.

Si la intención de Marcus era hacerme sentir mal con todas esas cosas que yo debía saber de Cash, lo estaba logrando. Si volvía a escuchar otro «¿no lo sabías?» iba a ponerme verdaderamente violenta.

—Creía que su primer instrumento había sido el piano —dije antes de comenzar a bajar la escalera.

Cualquier cosa para mantener a Marcus alejado de mí, pero me siguió.

—No, el piano vino después —hizo una mueca de disgusto—, por Sorel.

—No parece que te agrade Sorel.

—Esa perra se interpuso entre nosotros y no voy a dejar que pase nuevamente.

Me quedé perpleja. Lo único que sabía de Sorel era que era la prima pequeña de Cash que había tenido cáncer, por lo que eso de llamarla «perra» me parecía excesivo.

—Nadie conoce a Cash mejor que yo, ni siquiera Sorel, mucho menos tú —continuó Marcus y una sonrisa malévolamente se colgó en sus labios—. Yo sé lo que necesita antes de que él se dé cuenta; conozco sus demonios, todos y cada uno, y me da un enorme placer alimentarlos, porque nutren los míos. Cash y yo nos complementamos de una forma única, en la música, en la vida, en la cama.

Esa era la imagen a la que le había negado la entrada a mi mente desde que conocí a Marcus, pero que se había quedado revoloteando en la periferia sin que yo le diera acceso. Ahora, convocada por esas palabras, la muy

atrevida se coló, tomando forma definitiva en mi lóbulo frontal en alta definición.

Tanta claridad de un solo golpe puede dejarte ciego y, en este caso, tanta información, con más poder que un rayo de sol sin filtro atmosférico, apagó mi cerebro producto de una especie de cortocircuito, dejando las reacciones a un nivel más visceral: mi estómago dio un par de volteretas y sentí que iba a vomitar.

Palabras.

Hasta ese momento, las confesiones de Cash habían sido solo palabras. Y aunque yo era una firme creyente en las palabras, las aprendía, y muchas de ellas las aceptaba como verdades de fe, en el caso de las tendencias de dormitorio de Cash, siempre habían sido una referencia casi mitológica.

La cosa cambiaba cuando tenía la prueba viviente parada frente a mí y unas imágenes no muy agradables danzando en mi cerebro, cobrando con intereses todo el tiempo que las había excluido.

—No te preocupes —me dijo Marcus, sonriendo presumido. No sabía cuál sería la expresión de mi rostro en ese momento—. No tengo problemas en compartir, siempre y cuando sepas cuál es tu lugar.

—¿Gi?

La música había cesado, pero yo no me había dado cuenta. Aún estaba tratando de descifrar si había un «lugar» en todo aquello que yo quisiese ocupar, por lo que me tomó unos cuantos segundos darme cuenta de que Cash me veía desde el otro lado de la piscina como si yo fuese un espejismo en medio del desierto.

—¡Estás aquí!

Le dio el violín a la primera persona que se le atravesó y prácticamente comenzó a correr. Solo se detuvo cuando estuvo frente a mí, bebiéndome con la mirada. Tomó mi cara entre sus manos y me plantó un beso de esos que hacen que se te muevan hasta los dedos de los pies y que logra que los pensamientos desagradables se tomen un descanso.

—¿Por qué estás aquí? —me preguntó confundido.

—Hablamos el lunes, te dije que vendría —lo dije bajito. No quería que nadie, y por nadie me refería a Marcus, nos escuchara.

—Sí, pero pensé que habías dicho el viernes.

—Hoy es viernes —con delicadeza aparté un mechón de cabello que le tapaba la mitad de la cara. Lucía cansado y a la vez inquieto. Tenía círculos oscuros bajo los ojos, las pupilas dilatadas y se mojaba los labios como si estuviera sediento—. ¿Estás bien?

No me contestó. Se volteó hacia la multitud que nos miraba con fingido desinterés e hizo el anuncio como si estuviera parado en un escenario.

—Ella es Georgia, mi novia, la mujer más importante de mi vida, a la cual amo con locura y a la que no he visto por dos meses. Así que, si me disculpan, voy a encerrarme con ella en la habitación más cercana.

Esa declaración tenía que ser buena, ¿verdad? Tal vez Marcus había estado mintiendo, tal vez mi excesiva imaginación me estaba jugando trucos.

Sin darme tiempo a seguir torturándome con respuestas que no tenía, Cash me cargó y me puso sobre su hombro como si fuera un saco de patatas y comenzó a caminar hacia la escalera.

—¿Adónde vamos?

—¿No escuchaste lo que dije? —Se detuvo y volteó la cabeza para mirarme y guiñarme un ojo antes de seguir escaleras arriba.

Capítulo 23

Cash

No sé qué mierda habría estado pensando. O mejor dicho, no había estado pensando en absoluto. En medio de la gira perdí el concepto del tiempo y todo se convirtió en un borrón de lugares y rostros que no me decían nada.

Lo único que sabía era que debía estar limpio cuando Gi llegara. Solo eso. Sin embargo, había olvidado contar los días desde que regresamos.

Obviamente alguien, de seguro Marcus, (¡bendito fuera!), había recordado la fecha y enviado a alguien al aeropuerto, pero algún tipo de advertencia hubiese estado bien. Al menos no debió darme esa mezcla inyectada cuyo sabor pude sentir en la boca en el momento en que la aguja tocó mi piel.

Estaba tan drogado que todo parecía moverse a una velocidad diferente a mí alrededor. Tenía esa ya conocida necesidad de hablar con todo el mundo, de bailar, de jugar un partido de fútbol y de conquistar al mundo, y al mismo tiempo una sensación de desapego que solo existe cuando estás soñando.

Nada podía dañarme porque nada era real. Ni siquiera ella.

No importaba que mi ritmo cardíaco se hubiese acelerado aún más, si eso era posible, cuando la vi. Todo seguía teniendo una cualidad onírica, arropado en una sensación de urgencia.

Por ello parecía un buen momento para hacer realidad todas las fantasías con las que me había masturbado cada noche durante la gira y quemar el exceso de energía hasta que el efecto pasara, dejándome, como de costumbre, con la certeza de que mi vida no valía nada, de que yo era un desperdicio de aire y espacio en el universo. Solo que esta vez Georgia estaría allí para abrazarme, para hacerme sentir, de forma natural, que yo importaba.

No necesitaba nada adicional para sentirme bien si ella estaba conmigo.

No fue hasta que llegamos a la habitación y cerré la puerta con una patada que la puse en el piso. Una vez que estuvo estable sobre sus dos pies, en todo lo que podía pensar era que quería follármela, duro, mientras le daba órdenes

y la hacía gritar lo suficiente para que todos los que estuvieran en la casa lo escucharan y supieran que era mía y yo suyo.

Lo primero que atacó fueron sus labios. Eran tan suaves como siempre y sabían tan bien que quería devorarlos. Mis manos acariciaron sus hombros para luego dedicarme a sus pezones y frotarlos en círculos a través de la tela.

Aún así estaba muy lejos.

—¿Me extrañaste? —dije, abandonando sus pezones para bajar las manos por sus costados y desviarlas hacia atrás para acariciar sus nalgas—. Porque yo me he estado volviendo loco sin ti.

—¿Estás seguro de que estás bien?

—Ahora lo estoy.

Y como no quería más preguntas, pues mi mente había tomado otros derroteros donde la conversación no era apreciada, la volví a apretar contra mí mientras la besaba una y otra vez, prolongando el momento, evitando ese instante en el que despertaba sintiéndome como una porquería en una habitación de hotel de una ciudad cuyo nombre no recordaba.

Por un momento pensé en ir a cerrar las persianas, pues toda una pared de la habitación eran puertas corredizas de vidrio que daban a un balcón que compartía con Marcus y, además, había mucha gente en la casa, pero sinceramente la idea no me llamaba en lo más mínimo. La privacidad no formaba parte de mis prioridades.

De todas formas, por reflejo, mi vista se desvió momentáneamente hacia el balcón, y allí estaba Marcus, recostado en la baranda con un cigarrillo en la boca y una mirada tan intensa que podía sentirla a través del cristal.

Algo carente de todo raciocinio, esa parte oscura que habitaba en mí y que había ido ganando espacio día tras día, reclamó el cuerpo que le había pertenecido sin que yo tuviera ni las fuerzas ni las ganas de evitarlo. Éramos dos en uno, pero en esta oportunidad los dos queríamos la misma cosa al final.

—Te quiero follar por atrás —sin esperar respuesta la giré, haciéndole apoyar las manos en la pared más cercana y frotándome contra su trasero—. Te va a gustar, nena linda, prometo que va gustarte.

—¿Qué demonios pasa contigo?

Georgia me apartó violentamente y noté que era la primera vez que me tocaba desde que habíamos entrado en la habitación. Claro, no tuve tiempo de repasar los recuerdos detenidamente para cerciorarme, porque me miraba y su expresión era mitad asombro y mitad rabia y eso robó toda mi atención. Así no se suponía que debía ir esta fantasía.

—¿Tienes alguna idea de con quién estás? Porque por primera vez me estás haciendo sentir como todas esas personas sin rostro que solías usar.

—Claro que sé que eres tú, Gi, he pasado los últimos dos meses soñando contigo, imaginando este momento...

—¿Por eso prefieres no verme la cara? ¿Ni decir mi nombre? ¿Qué es toda esa porquería de «nena linda»? —me interrumpió—. ¿O es que estabas tratando de imaginar que era Marcus?

—¿Marcus? —pregunté algo confundido.

¿Lo había visto a través del balcón? Mi mente estaba trabajando más rápido que la capacidad de mi boca de articular una palabra, además esos pensamientos iban en todas direcciones y una de ellas era que no había estado pensando en Marcus pero tampoco había estado pensando en ella, solo había estado pensando en mí. Obviamente, eso no era algo que juzgaba prudente decirle, podía estar estimulado, pero no era un idiota.

—No sé de lo que estás hablando.

Georgia comenzó a caminar hacia mí, mirándome mientras fruncía las cejas como cuando estudiaba un capítulo de uno de sus libros de Medicina. Para colmo de males, esa energía que estaba dentro de mí se negaba a disiparse, por mucho que me masajeara el cuello o me frotara los brazos.

—¿Qué pasa, Gi? —pregunté, sintiéndome repentinamente sediento y tal vez un poco paranoico al ser observado de una forma tan clínica.

—¿Estás drogado?

Esa era una pregunta para la que no había ninguna buena respuesta. Hasta en ese estado, donde siempre creía que podía salirme con la mía, me daba cuenta de que una admisión no me haría ningún bien. ¿Negarlo de plano? Tampoco.

—¿Qué? ¿Por qué me preguntas eso?

Traté de apartarme, pero ella me tomó por el brazo. Sus ojos se agrandaron cuando vio el pequeño punto rojo que había dejado la aguja hipodérmica. El punto hubiese sido menos visible si hubiese estado en el otro brazo, escondido en medio de la tinta de los tatuajes, pero hacer eso sobre el nombre de Sorel hubiese sido profano.

Georgia se me quedó viendo mientras soltaba mi brazo, aunque esto último no pareció algo consciente. Fue más como si lo dejara ir y con esa extremidad me dejara ir a mí también. Abrió un par de veces la boca como si fuese a decir algo, pero de ella solo salía aire. Después, envuelta en ese mismo silencio que taladraba mis oídos más que cualquier cacofonía, se dio la vuelta y salió de la habitación.

—¡Georgia!

Sin saber por qué, volteé de nuevo hacia las puertas de vidrio de la terraza. Marcus seguía allí y parecía estar sonriendo.

No quise comprobarlo. Salí tras Georgia, tratando de no perderla de vista entre la gente. No tenía idea de qué iba a decirle, lo importante en ese momento era alcanzarla porque sentía que estaba cayendo en un precipicio y el corazón se me iba a salir del pecho de un momento a otro, literalmente.

Tuve que pestañear un par de veces, porque a los pies de la escalera, en el medio de la gente, pude ver la cabeza afeitada de Mason abriéndose paso, y había alguien más con él.

«Eso que me dio Marcus es una mierda», pensé, porque el objetivo de drogarse debía ser mantener alejados a los fantasmas, no convocarlos.

—¿Sorel?

Capítulo 24

Georgia

«No puedo lidiar con esto, no otra vez», era todo lo que podía pensar mientras intentaba llegar a la puerta.

Tal vez si me lo repetía hasta el cansancio lograría alcanzar ese bendito punto en el que las palabras perdían su significado y pasaban a ser solamente sonidos que a nadie le importaban. Estaba convencida de que solo así se disolvería el grito frustrado de rabia y desesperación que tenía atorado en la garganta.

¿Un novio bisexual que vive con su ex? ¡No hay problema! Esa era la menor de mis preocupaciones. A fin de cuentas, la sexualidad de Cash era una realidad sobre la que él había sido sincero y, además, no era intrínsecamente dañino o ilegal, al menos en esta parte del mundo.

Sin embargo, ¿drogas? Allí era donde mi escala de valores dibujaba la imaginaria, pero firme, línea que me impedía avanzar. El juego terminaba. Fin. *Finito*. Se acabó.

Toda mi vida adulta había tenido una política de cero tolerancia hacia las drogas. Mi propia hermana se volvió un caso perdido gracias a ellas, convirtiendo mi adolescencia en una carga de responsabilidades que no me gustaba recordar, y lo peor del caso era que Cash lo sabía, por lo que sus acciones se sentían como un golpe deliberado en mi contra.

«Necesito salir de aquí. Tengo que pensar», me dije, echando de menos, por primera vez en mucho tiempo, a esa mujer a la que la espontaneidad le importaba tres pepinos y que meditaba cada una de sus acciones treinta veces.

Esa Georgia no estaría en esta situación. Esa Georgia estaría ahora en Nueva York, sentada y sonriendo en cualquier cena benéfica, no sintiendo nada más allá del deber y la responsabilidad. Eso era mejor que sentir el dolor de la traición, era mejor que estar confundida, queriendo correr sin saber adónde, queriendo quedarme y odiándome por ello, queriendo respuestas y

explicaciones que, desafortunadamente, no encontraría en ningún libro y, mucho menos, en un salón de clases donde era seguro obtenerlas, donde los hechos se presentaban en blanco y negro.

Seguí caminando, tratando de abrirme paso entre toda esa gente con poca ropa que, en una visión muy dramática, parecía querer asirme y obligarme a permanecer en un mundo paralelo donde todo lo que clínicamente estaba probado como dañino era solamente diversión.

Aparentemente no todas las casas del horror eran oscuras y sombrías. Las más terribles pesadillas también podían atacarte en lugares playeros, soleados y decorados en blanco.

En medio de mi escape de esa versión de *Hotel California*, pero habitada por gente viva, choqué contra lo que parecía la puerta de un garaje, solo que era de carne y hueso. Al mirar al obstáculo que se interponía en mi camino, me topé con el rostro que menos esperaba pero que, contradictoriamente, era el que más necesitaba.

—Mason, menos mal que estás aquí —dije con un suspiro de alivio, porque, en medio de tantas revelaciones terribles, una detrás de la otra, era bueno encontrar a alguien familiar, aunque no fuera del tipo intrínsecamente reconfortante.

Sin embargo, aunque Mason me tenía sujeta por los hombros, cosa que evitó que rebotara contra su cuerpo y aterrizara en el piso, no me veía. Su mirada pasaba por encima de mi hombro.

Seguí su línea de visión y vi a Cash parado al pie de la escalera, con una madeja de sentimientos bailando de forma intermitente por su rostro. Era una especie de caleidoscopio de emociones que iban desde la alegría hasta el pánico. El objeto de tan contradictorias expresiones no era Mason, tampoco yo, sino la versión humana de una hadita malvada que caminaba hacia él con paso decidido.

Era pequeña y muy delgada, con una piel pálida acentuada por un cabello negro como la tinta que usaba muy corto, salvo unos mechones que le caían sobre la frente. Sus ojos estaban bordeados de gruesas líneas de maquillaje negro y un aro de plata atravesaba su labio inferior.

—¿Sorel? —preguntó Cash incrédulo.

¿Sorel? ¿Esa era Sorel?

Mi mente siempre la había imaginado, según las historias de Cash, como una dulce y frágil niña que había encontrado el amor en una especie de príncipe perfecto de un país exótico. Jamás como la prima punk de Campanita.

—¿Qué carajo crees que estás haciendo? —le preguntó ella molesta.

Corrección: la prima punk y malhablada de Campanita.

—La famosa Sorel Anglin ha decidido honrarnos con su presencia. — Marcus apareció de la nada sonriendo de forma casi siniestra—. El mayor talento musical de su generación, aderezado por una historia triste, de lucha y supervivencia. ¡Vaya que a los Anglin le gustan los titulares dramáticos!

Nunca creí que presenciara una escena tan discordante, y seguramente Marcus tampoco, porque no acertó a reaccionar, ni siquiera después de que el puño de Sorel aterrizara violentamente en su estómago dejándolo doblado.

¿Frágil? Aparentemente no tanto.

—Mantente alejado de Cash —le dijo ella con una expresión que hasta a mí me daba miedo—, o te prometo que tu banda de pacotilla no va a poder ni siquiera abrir un concierto para el siguiente grupo de chicos que se ponga de moda.

—Vete de mi casa —dijo Marcus, aún abrazando su estómago.

—Con gusto, y espero la misma cortesía de tu parte porque Cash es mi casa —volteó a ver a Cash quien, como el resto de los asistentes, había presenciado el intercambio con la boca abierta—. Vámonos.

Pero Cash no tuvo tiempo de responder. La mirada vidriosa desapareció pues sus ojos se pusieron en blanco y simplemente se desplomó a los pies de la escalera, perdiendo el sentido.

—Llama a emergencias —le dije a Mason y la frase me salió sin pensarla.

Extrañamente, mientras todos gritaban, el salón se había vuelto una locura y las pesadillas que había tenido sobre Gabrielle muchos años atrás estaban regresando para acecharme con dientes afilados, una calma desconocida se había apoderado de mí y me hacía enfocarme en algo preciso.

Caminé hasta la figura desparramada en el piso, atraída por una especie de necesidad enterrada muy dentro. Ya no era el hombre que significaba tanto para mí, era una persona que necesitaba ayuda.

Me arrodillé y revisé las pupilas de Cash, que no mostraron ningún cambio. El pulso en su muñeca era casi inexistente, pero aún estaba respirando, aunque levemente, y pude encontrar un latido en su pecho.

—Mantén su cabeza de lado, necesitamos sus vías respiratorias lo más libres posible —le dije a Sorel, quien estaba mucho más pálida que cuando entró.

—¿Quién rayos eres tú? —me preguntó, arrodillándose a mi lado y sosteniendo la cabeza de Cash de forma posesiva.

—Ella es Georgia.

La voz de Mason sonó a mis espaldas y tan solo mi nombre pareció relajar a Sorel, quien colocó la cabeza de Cash sobre sus piernas y siguió mis indicaciones.

Comencé a administrarle a Cash una versión rudimentaria de un masaje cardíaco. Sin pensarlo mucho comencé a hablarle:

—No te atrevas a morirte, tenemos una discusión muy seria pendiente y voy a estar molesta contigo mucho, muchos años si no me dejas decirte en tu cara lo imbécil que eres.

A pesar de mis buenas intenciones y mis amenazas, el masaje no estaba funcionando y me estaba empezando a desesperar. Tenía que existir algo más que pudiese hacer, que ganara algo de tiempo hasta que llegara la ambulancia.

Miré a mi alrededor buscando inspiración divina pero lo único que encontré fue la cara horrorizada de Marcus.

—¿Qué tomó? —pregunté con toda la desaprobación de la que era capaz, pero sin dejar de masajear el pecho de Cash.

—¿Por qué crees que lo sé?

—No es momento de andar con mentiras, Marcus —la voz de Mason vino nuevamente a mi rescate y eso, conjuntamente con su presencia, era suficiente para alarmar a más de uno—. Si Cash se muere aquí vas a estar enterrado en una tonelada de mierda, eso sin mencionar que yo vendré por ti cuando menos lo esperes.

—*Speedball.*

—Imbécil —fue todo lo que pude decir, y ni siquiera tenía claro si me refería a Marcus o a Cash, tal vez a ambos. Dos sustancias tan opuestas mezcladas generalmente producían un colapso, pues una aceleraba el ritmo cardíaco y la otra lo relajaba, dificultando la respiración—. ¿Tienes Naloxone aquí?

Su cara me dijo que no tenía ni idea de lo que estaba hablando.

¡Estúpidos adictos! Ni siquiera se ocupaban de tener las medidas de contingencia a la mano.

—¿Alguien es alérgico y tiene una inyección de epinefrina? —pregunté, lanzando una que otra mirada al grupo de personas que nos había rodeado.

Milagrosamente, alguien me hizo llegar un EpiPen, una de esas dosis inyectables preparadas que siempre llevan consigo los alérgicos al maní o a las picaduras de abeja en caso de emergencia.

La epinefrina no era el tratamiento adecuado para estos casos, pero estaba rezando por un milagro, pues era lo único que tenía, y me rehusaba a que Cash se muriera ahí bajo mis manos.

Si lograba elevar su ritmo cardíaco, aunque fuese errático, solo hasta que llegara la ayuda...

Mis manos no temblaron mientras masajaba su bíceps. Muchos hubieran optado por ponerle la inyección directa en el corazón, pero esta era mi única oportunidad y no iba a arruinarla por mi falta de experiencia.

Enterré la aguja delicadamente y esperé los diez segundos reglamentarios para que el dispositivo automático hiciera efecto. Retiré la aguja y masajee nuevamente el punto de entrada. Luego volví a chequear las constantes vitales.

Ya podía sentir su pulso, aunque débil e irregular, y su pecho subía y bajaba como muestra de que respiraba un poco mejor. Incluso creo que vi algún movimiento en sus ojos.

—Abran paso —escuché antes de ver llegar a los técnicos de primeros auxilios con una camilla.

—Sobredosis de *speedball*. Presumiblemente tres partes de cocaína y una de heroína —comencé a recitar mientras me ponía de pie y le daba espacio a los paramédicos para trabajar—. Se le administró masaje cardíaco y 0.3 miligramos de epinefrina. Sus latidos regresaron, aunque con arritmia. No presenta obstrucción en las vías respiratorias pero su actividad pulmonar ha descendido.

—¿Es usted doctora? —me preguntó el técnico que no estaba encargándose de Cash.

—No, lo siento —le respondí avergonzada—. Solo soy una estudiante.

—No se disculpe —me apretó el brazo con simpatía—, le salvó la vida.

—¿Algún familiar que quiera acompañarlo en la ambulancia? —preguntó el otro paramédico mientras amarraba a Cash en la camilla y le ponía una mascarilla portátil de oxígeno.

—Yo soy su familia. —Sorel se adelantó y, sin dedicarme ni una miradita, salió detrás de los paramédicos.

—Vamos, doctora Georgia. —Mason me pasó la mano por los hombros en un gesto más protector que afectuoso—. Yo te llevo al hospital.

Por primera vez en mi vida el título no me molestó.

Capítulo 25

Georgia

Lo primero que pensé cuando llegué al hospital Cedars Sinai de Los Ángeles fue que era extraño, y por lo tanto muy californiano, tener un concierto de música clásica en el vestíbulo.

Para algunos hospitales era una práctica común ofrecer música en los vestíbulos como forma de relajar a los familiares de los reclusos. Había leído sobre ello en alguna revista médica, pero nunca lo había presenciado.

Solo que, al mirar más de cerca, era obvio que se trataba de algo improvisado: había un piano, sí, pero su cubierta de plástico había sido removida únicamente para dejar las teclas a la vista y la que estaba sacando del instrumento una melodía rabiosa y llena de frustración era Sorel.

A pesar de ello, sonaba tan perfecto, tan profesional, que tuve que cerciorarme que de verdad era un sonido en vivo y no algo reproducido por algún hilo musical. Lo mismo pasaba con las otras personas que entraban por la puerta principal, salían de las oficinas administrativas, o pedían alguna información en el módulo respectivo.

La mezcla de esa música clásica brillantemente interpretada, sacada de un piano medio escondido por alguien que se veía como ella (es decir, como una persona hostil que podía hacerte daño si se lo proponía), hacía que la gente mirara a su alrededor esperando encontrar que estaban siendo víctimas de una broma o, al menos, de un *flashmob* al que finalmente se sumarían otros instrumentos.

—*La Revolucionaria* de Chopin —anunció Mason a mis espaldas. Era la primera vez que hablaba desde que habíamos salido de casa de Marcus—. Algunas veces da rabia que tanto talento haya sido repartido en una sola familia. Tienes que verlos tocar juntos. Sorel y Cash haciendo música al mismo tiempo es como si de repente comenzaran a brillar fuegos artificiales dentro de tu mente.

—¿Tú la llamaste? —lo miré de forma severa, tratando de evitar pensar que no iba a estar mucho tiempo por ahí para ver a Cash y a Sorel intentar demostrar quién era el músico más brillante de la familia—. Tú sabías, ¿verdad?

—Tenía mis sospechas. La historia de Marcus y Cash nunca ha sido buena. Cuando vivían juntos aquí en Los Ángeles eran un par bastante... disipado. Fue Sorel quien lo trajo de vuelta. Es por eso que tiene su nombre tatuado en el brazo y no en otra parte. Allí era donde él solía... —Por primera vez desde que lo conocía creo que vi a Mason incómodo—, tú sabes.

—Debiste decirme.

—Claro, porque soy, obviamente, del tipo conversador. —Mason me miró con su típico rostro de malas pulgas, volviendo a ser así el de siempre—. Mira, Georgia, sé que estás molesta, que esto debe parecerte el fin del mundo, pero no puedes analizar un viaje cuando te montaste en el autobús justo en la última escala.

—No trates de justificarlo, Mason.

—No lo hago. Solo digo que las personas son más complicadas que la información que las define.

—¿Estás tratando de ser profundo?

Sorel dejó de tocar abruptamente. Muchas personas comenzaron a aplaudir, otras seguían esperando que algo más pasara. Ella no les hizo caso. Caminó hacia nosotros de esa forma, estilo amazona guerrera diminuta, que parecía ser su marca registrada.

—Está en terapia intensiva —anunció y cruzó los brazos sobre el pecho—, y no me dicen nada.

—¿Llamaste a la caballería? —le preguntó Mason, haciendo un seco movimiento de cabeza hacia la puerta principal del hospital por donde entraban un hombre y una mujer tan parecidos entre ellos, y tan parecidos a Sorel, que no me quedó dudas de quiénes eran: Reva y John Anglin.

Había visto sus fotos en internet, sobre todo las de ella, pero las estáticas imágenes promocionales y de revistas de chismes tenían poco que ver con esta mujer con un traje de negocios, tacones y una expresión en el rostro como si fuera la dueña del mundo que, por demás, había sido interrumpida cuando estaba en una sesión de su consejo de guerra trazando estrategias para tomar la luna por asalto.

—¿Dónde está mi hijo? —le preguntó a Sorel con un típico acento del sur, tal vez un poco exagerado.

—Gusto en verte, tía —le contestó ella en cuanto terminó de dar un cariñoso saludo a su padre, rematado con un beso en la mejilla.

—No me vengas con sarcasmos, señorita. Todo esto es tu culpa —había algo en el tono de Reva que me molestaba y no era el acento. Era como si hablara para que otros la escucharan más que para decir algo—. Te fuiste a Europa persiguiendo un cuento de hadas con tu príncipe húngaro y dejaste a mi pobre hijo solo en esa ciudad a la que tus maquinaciones lo arrastraron.

—No me culpes. Yo traté de llevarlo conmigo pero no quiso —ahora Sorel también hablaba con acento—. No tenía idea de que Marcus iba a volver. Pensé que ustedes se habían encargado de él.

Por un momento Reva pareció recordar que había otras personas allí. Su primera opción fue recorrer a Mason con una mirada claramente apreciativa.

—¿Tú eres Marcus?

—No, señora —le contestó él, sonriendo, aunque no era una sonrisa de felicidad, era más bien como «ven y atrápame si puedes»—. Soy un hombre temeroso de Dios y me gustan las mujeres.

Una cierta llama en los ojos de Reva, acompañada de un leve movimiento de sus cejas, me hizo poner los ojos en blanco. Creo que hasta musité un «no lo puedo creer» que, aparentemente, me salió más alto de lo que esperaba, porque los ojos verdes de esa odiosa mujer se clavaron en mí.

—¿Y tú eres? —me preguntó con una mueca desdeñosa.

—Georgia Fisher.

—La otra punta de todo este desastre.

—Creo que tiene un problema de oído, señora, me llamo Georgia Fisher, no Abuso de Sustancias.

—Si no fuera por ti —y me apuntó con un dedo rematado con unas largas uñas pintadas de color rojo rubí—, mi hijo estaría ahora en Nashville bajo el cuidado de su familia y no víctima de toda esta situación, lo que me pone en el penoso trabajo de lidiar con la prensa, justo cuando tengo que comenzar a grabar un nuevo disco. Mi único hijo —dijo, poniéndose una mano en el pecho—, tuvo que sacar esos genes malignos de su padre.

—Cállate, Reva, que no hay cámaras aquí.

Todas las cabezas se voltearon al unísono hacia un hombre que bien podría ser Cash de aquí a veinte años.

—Si quieres dar excusas estúpidas comienza por el nombre de músico drogadicto que le pusiste a mi hijo.

Yo sabía quién era Colton McIntire. Creo que hasta mi padre y el muchacho que trabajaba en la cafetería sabían quién era Colton McIntire. Sin

embargo, al verlo de cerca, el parecido con su hijo dejaba de ser un hecho que los confirmaba como parientes para transformarse en algo un poco perturbador: el mismo pelo color chocolate amarrado en una coleta, los mismos ojos, las mismas facciones. Incluso vestía vaqueros y una camiseta y usaba anillos.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó Reva y, por primera vez desde que llegó, la vi descolocada.

Colton pasó completamente de su pregunta, estrechó amablemente la mano de John, abrazó a Sorel y luego miró a Mason.

—¿Tú eres Marcus?

—¿Por qué todos siguen preguntándome eso? —Mason se envaró como quien está a punto de comenzar a lanzar puños en todas direcciones.

—Disculpa —Colton hizo un gesto con las manos que le había visto hacer a Cash decenas de veces cuando se ganaba una respuesta exasperada por parte de Mason.

La genética era una disciplina fascinante.

—Marcus no va a aparecer por aquí. —Mason sonrió de una forma un poco siniestra—. Tiene mucho aprecio por su cara bonita.

—Tú me agradas.

El momento relajado duró hasta que Reva, obviamente sintiéndose ignorada en la que sería su fiesta privada de sufrimiento materno, tomó a Colton por el hombro y lo hizo voltear.

—No te quiero cerca de mi hijo. Nunca te importó, nunca lo quisiste, no sabes lo terrible que fue para él afrontar todos esos juicios y demandas, crecer sin un padre.

—Sí, sí, sí. Terrible para él y muy lucrativo para tu carrera. —Colton suspiró y se metió las manos en los bolsillos—. Fui un mal padre, lo sé, pero recuerda que me obligaste a tener un hijo y yo no quería. Cuando finalmente me hice a la idea, pusiste una orden judicial en mi contra.

—¡Nunca peleaste esa orden!

—¡Porque no quería tener nada que ver contigo!

—¡Cállense todos! —dije más alto de lo políticamente correcto. Ya este circo había abusado de mi paciencia—. Esto es un hospital y la gente viene aquí porque está enferma y necesita tratamiento médico que, invariablemente, requiere reposo. Así que si lo que quieren es ventilar su ropa sucia en público pueden irse al programa de Jay Leno o, mejor, pedir ser invitados especiales con las Kardashians. Tal vez hasta les ofrezcan su propio *reality*. A fin de cuentas, esto es Los Ángeles.

—Creo que está un poco fuera de lugar, señorita. Esto es un asunto familiar —me amonestó el papá de Sorel, pero yo ya estaba más allá de los regaños. Si alguien necesitaba una buena tunda, aunque fuese verbal, era esta supuesta «familia».

—Me va a disculpar, señor Anglin, y si quiere no me disculpe, ¡no me importa!, pero un bañito de realidad no les vendría mal, así que aquí va, sin costo adicional: Cash está en terapia intensiva producto de una sobredosis. Mientras tanto, ustedes están aquí, en el vestíbulo, buscando a quién echarle la culpa. ¿Adivinen qué? ¡Es su día de suerte! Es culpa únicamente de Cash. Él es un adulto y cada quien es responsable de las decisiones que toma en la vida.

—Georgia —la voz de Mason sonó como una advertencia a mis espaldas, incluso sentí su mano en mi hombro, pero ya había empezado y no iba a detenerme.

—Hay gente que viene de peores hogares y sale bien. Hay otros que tienen los mejores padres del mundo, son criados en un ambiente lleno de amor, confianza y oportunidades y salen mal —en ese momento mi voz flaqueó y me odié por demostrar algún tipo de debilidad ante estas personas, por dejar caer mi máscara tan fácilmente, pero un rostro igual al mío cuyo paradero actual desconocía había aparecido en mi mente—. Denle a Cash el derecho de asumir sus errores. Si quieren que tome decisiones adultas, paren de justificarlo cada vez que meta la pata y, por sobre todas las cosas, dejen de querer endosárselo unos a otros como si fuese una abuela enferma que necesita cuidados constantes.

Y como toda esta gente me resultaba tan odiosa les di la espalda y salí de allí, justo en la dirección opuesta de los ascensores, de la sala de emergencias, de los Anglin y de los McIntire. Caminé y caminé hasta que terminé en el estacionamiento, lo que era muy estúpido teniendo en cuenta que no tenía coche.

—Georgia —la aterradora voz de Mason me sorprendió cuando trataba de evaluar hacia dónde ir ahora, tanto en el sentido real como en el figurado.

—Esa es la más perfecta definición de una familia horrible —dije sin mirarlo, como si de verdad hubiese algo que llamara poderosamente mi atención entre esa maraña de coches estacionados—. Deberían, por ley, impedirles que se reproduzcan para evitar daños psicológicos a personas inocentes.

—Sí, son incluso peores que mi familia y, créeme, eso es mucho decir —se recostó en uno de los coches y encendió un cigarrillo. Lo supe por el ruido

de su Zippo al encenderse y el olor a bencina—. Te vas a ir, ¿verdad?

—Sí —respondí con esa tristeza que te da la certeza, y no fue una admisión solo para Mason. Necesitaba decirlo en voz alta para asumirlo como un hecho real—. Rompí muchas reglas de mi vida para estar con Cash, pero no esta. No me quedaré a ver a otra persona que amo volverse un extraño y destruir su vida voluntariamente.

—¿Otra persona?

—Sí, ¿todo esto? —e hice un movimiento impreciso con mi mano—. Ya lo viví, ya me destruyó, creo que hasta visité la tienda de regalos y me compré un trauma para recordar el viaje durante toda mi vida.

Me sentía tan agotada que tuve que recostarme en el coche yo también, justo a su lado.

Mason pasó uno de sus brazos, precisamente el que estaba sosteniendo el cigarrillo, por mi hombro, y me atrajo hacia él en un abrazo que no le era característico, pero que se sentía más sincero que todo lo que había experimentado en el último día. Tal vez por eso, el humo y el olor de la nicotina eran la última de mis preocupaciones.

—De todas formas, creo que deberías esperar a que Cash despierte y decírselo. No te conviertas en otra persona que lo abandona sin darle ni siquiera un motivo.

—Cash sabe lo que me pasó. Seguro que es capaz de imaginarlo él solito.

—Si te vas ahora vas a estar molesta durante mucho tiempo —me dijo Mason con su voz de película de terror—. No hay nada que dé más rabia que las cosas que dejamos sin decir.

Pensé en Gabrielle, en todas las cosas que quise decirle y nunca pude y en la frustración que, aún después de tantos años, eso me producía.

Siempre estuve enfrascada en minimizar el daño: haciendo cosas para aliviar el dolor de mis padres, manteniéndome ocupada para olvidar el mío, siendo perfecta para enmascarar la imperfección de mi otra mitad, pero nunca le dije en su cara lo que pensaba de ella, nunca le pregunté por qué.

—De verdad eres un tipo profundo —le dije a Mason asombrada.

—Si sigues con eso, te voy a dar la respuesta usual para estos casos y no quiero.

—¿Cuál sería?

—No tienes idea de cuan profundo puedo llegar.

Capítulo 26

Cash

Podía jurar que estaba muerto y, contrariamente a lo que la mayoría podía pensar, había ido al cielo. Era reconfortante saber que allá arriba no te recibían con aburrida música de arpa, como rezaba la creencia popular, sino con las notas tristes de una guitarra.

Claro que, según esta visión que estaba teniendo, el que tocaba la guitarra no era otro que Colton McIntire. Si esto resultaba ser cierto, y no algún tipo de alucinación inducida, y mi mamá se enteraba de que el encargado de recibir a la gente muerta era una especie de doble de su archienemigo, iba a estar muy, pero que muy molesta.

La noción me dio risa y en el esfuerzo de mi cuerpo por expresarse fui enviado al mismísimo infierno, donde el malestar y el dolor físico eran la tortura estándar por una vida gastada sin ningún tipo de consideración.

—¡Mierda! —fue todo lo que alcancé a decir, pero mi voz sonó como un pedazo de madera seca que cruje ante un peso mayor a sus capacidades y, aparentemente, las cosas gastadas que crujen ocasionan dolor.

—Perfecta descripción. —Colton levantó la cabeza, dejó la guitarra a un lado, se puso de pie y me alcanzó un vaso de plástico—. Hielo, créeme, te hará sentir mejor.

—¿Qué estás haciendo con mi guitarra?

Era una pregunta absurda. A ese hombre, también conocido como mi padre, lo había visto pocas veces en mi vida, y en este bizarro ambiente en el que me había despertado, y que aún no comprendía en su totalidad, su presencia podría generar una pregunta mejor que esa, pero fue lo primero que se me ocurrió y cualquier pedazo de información que pudiera obtener en esa tortura nebulosa era mejor que nada.

—Esta Fender es mía —dijo, volviéndose a arrellanar en la silla y tomando la guitarra con gesto posesivo—. La que te regalé cuando tenías

quince la mandé a hacer para que fuese una réplica exacta de mi guitarra favorita.

Abrí la boca para decir algo, pero mis cuerdas vocales reflejaron las imágenes que estaban en mi cabeza, es decir, ninguna. Esa revelación tenía que significar algo, tenía que hacerme sentir algo, pero el malestar físico opacaba cualquier otra cosa.

Traté con el hielo y aunque fue un alivio para mi atormentada garganta, no alejó el dolor muscular. Por un momento me pregunté si había estado en una pelea y alguien me había golpeado con un bate de béisbol.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Era obvio que el «aquí» era un hospital —eso ya lo había deducido yo solito— pero mi presencia en él aún era un misterio, ni hablar de la de Colton McIntire.

—Tu madre está abajo encargándose de los periodistas, y Dios sabe que la mitad de mi vida ha estado dedicada a mantenerme alejado de esa mujer. Sorel estaba montando guardia en la puerta por si esa diablesa de cabellos oscuros decidía subir, pero la llamó el novio.

¿Sorel estaba aquí? ¿Por qué? ¿Estaba enferma otra vez? ¿Por qué entonces era yo el que estaba en la cama? ¿Otro trasplante? Un frío se extendió por mi pecho y no tenía nada que ver con el hielo que estaba masticando.

—Resulta que el muchacho —prosiguió Colton ajeno a mis cavilaciones—, Andras creo que se llama, estaba dirigiendo algo, una orquesta, un concierto o algo así en Viena. Cuando Sorel recibió la llamada de Mason se vino de Hungría sin avisarle...

Dejé de escucharle, porque con el nombre de Mason algunos recuerdos inconexos, y otros que parecían más bien formar parte de una pesadilla reciente, estaban regresando y, aunque algo distorsionados, trajeron consigo una especie de nube negra que se estacionó sobre mi cabeza, anunciando malas noticias.

—¿Puedes darme algún tipo de información útil? —lo interrumpí en medio de una diatriba sobre Andras y su paranoia, lo cual no era ninguna novedad.

Colton volvió a poner la guitarra en el piso y me miró con rostro grave.

—Estás en Los Ángeles, en un hospital. Tuviste una sobredosis por una mala mezcla de *speedball* y esta vez casi no lo cuentas.

Una sobredosis.

Marcus, la aguja, el último mes consumiendo todo lo que me ponían al frente y una Sorel apareciendo de la nada en medio de la más angustiante confusión que había comenzado cuando Georgia se marchó, fueron recuerdos que me golpearon con más fuerza, si eso era posible, que el dolor físico.

—¿Cuál es la situación ahora? —tenía que saber en qué cantidad de mierda estaba metido—. ¿La policía o algo así?

—No llegó a esos extremos. Gracias al cielo que tienes ese rubio ángel protector que estudia Medicina y te aplicó una táctica estilo McGyver con un EpiPen que te mantuvo respirando hasta que llegaron los paramédicos, pero los periodistas ya se enteraron —hizo una mueca de disgusto—. Creo que la versión oficial será que te intoxicaste con un *sushi* en mal estado, pero eso se va a desmoronar cuando dejes *Insanity*.

—Espera un momento —lo interrumpí, porque el *sushi* e *Insanity* eran lo de menos. Finalmente había colocado la última pieza en un difícil rompecabezas y la imagen que tenía enfrente no era otra que la de todo lo que me importaba en esta vida ardiendo en el infierno de mi propia estupidez—. ¿Estás hablando de Georgia? ¿Ella sabe? ¿Estaba allí?

—Claro que sabe. Maneja las cosas en este hospital como si hubiera nacido para ello —se rio bajito—. Debiste verla mandando a callar a Reva y poniéndonos a todos en el lugar que merecemos. Uno de los mejores momentos de mi vida. Me gusta llamarla «señorita Georgia», porque es así, toda mandona y competente, lo cual es *sexy* como un demonio.

—Necesito verla.

Para decirle qué, no estaba tan seguro, probablemente para intentar dar la más patética disculpa que hubiese tenido lugar en el universo desde el principio de los tiempos.

Intenté incorporarme para salir de la cama, pero con muy pocos resultados. En dos pasos Colton estaba parado a mi lado con una de sus manos, sorprendentemente iguales a las mías, en mi pecho, obligándome a permanecer acostado.

—Tranquilo, jovencito. Cuando te calmes y decidamos qué vamos a hacer a continuación tendrás tu tiempo para despedirte.

—¿Despedirme? ¿De quién?

—Ingresaste a un hospital con una sobredosis. —Colton ya no era ese tipo que hablaba sin parar de cosas que no me importaban, tampoco esa figura ligada a mi por la genética que me miraba sonriendo desde las pantallas de un televisor. Se había vuelto una persona seria y un poco autoritaria, como una especie de abogado de cabellos largos cuya presencia no era fácil de ignorar

—. No te queda otro remedio que ir a rehabilitación. Encontré un excelente lugar en Nashville y ya arreglé tu ingreso.

—No necesito rehabilitación, no esta vez, fue solo una mala mezcla y, por sobre todas las cosas, no voy a volver a Nashville —intenté nuevamente incorporarme, pero la mano de Colton pesaba más que un camión.

—Claro que lo harás —insistió—, y cuando salgas de rehabilitación te vas a vivir conmigo.

—¿Qué? ¿Quién te crees que eres?

—Tu padre.

—¡Gran mierda!

—No me voy a sentar tranquilo a ver como la cosa más perfecta que he creado en toda mi vida se destruye.

—No voy a destruir tu carrera, no soy tan importante, así que no tienes que esconderme.

—No hablo de mi carrera, hablo de ti —me señaló con un dedo que usó después para darme un golpe en el pecho—. En este punto de tu vida necesitas vivir con la única familia que tienes que te encuentra perfecto tal cual eres, a ver si de una vez por todas lo entiendes y dejas de intentar matarte.

—No estoy intentando matarme —dije molesto ante la idea—. ¿Por qué habría de hacerlo? Soy el guitarrista principal de una banda de *rock* importante, encontré a la mujer perfecta para mí que sorpresivamente también me quiere...

—Y así y todo no eres feliz.

—¡Claro que no! Estoy en un maldito hospital a punto de perderlo todo —mi voz sonaba ronca y hablar a ese volumen dolía, pero no podía evitarlo, quería decir esas cosas y muchas más, quería gritarlas.

—Porque nunca creíste que eras suficiente, ni para la banda ni para la mujer —su mano se movió hasta mi hombro donde apretó. Era el tipo de gesto que se da en los funerales a las personas que han perdido algo importante—. Déjame ayudarte, hijo.

—No quiero tu ayuda y no me llames hijo. Llegaste un par de décadas tarde.

El rostro de Colton se contrajo como si lo hubiese golpeado. Luego suspiró y se sentó en la cama.

—Empecemos por el principio, jovencito. Cuando fuiste —meditó la palabra— concebido, entré en pánico. Tal vez si hubiese tenido tiempo para acostumbrarme a la idea las cosas hubiesen resultado diferentes, pero Reva no

espera por nadie. Es lo que ella quiere cuando ella quiere. Así que comenzó a presionar y a presionar y con cada punto de presión, yo rechazaba aún más la idea. Luego naciste y ya no había vuelta atrás, así que traté de ocuparme de ti de la única forma que sabía.

—Con un apellido, dinero y regalos.

—No dije que fuera una buena manera, dije que era la única que conocía —se encogió de hombros—. Sin embargo, John es inteligente. Se aseguró de que todo lo que yo te daba era solo para ti, no para Reva, y una vez que esa lucha dejó de ser una preocupación, me inundó con fotos tuyas. En mi estudio de grabación hay una del día que te comiste tu primera papilla y tengo muchas más desperdigadas por la casa. Poco a poco, la idea de tener un hijo ya no era algo que me daba escalofríos, era algo real, un pedazo de mí que estaba allí en el mundo y que de alguna forma me hacía trascendente.

—Me alegra haberte hecho sentir importante —dije, destilando cinismo—. Lamento informarte que, por el contrario, tú me hiciste sentir como una molestia.

—Cuando tenías nueve años, llamaste «papá» a John —siguió Colton pasando completamente de mis palabras—. Él me lo dijo y en ese momento sentí que alguien me había robado y golpeado salvajemente en el proceso.

—Debiste haberme llamado —dije indiferente—. En esa época estaba tan necesitado que hasta hubiera llamado papá al carnicero.

—No quería llamarte —me dijo, mirándome de una forma que reconocía porque la veía cada día frente al espejo: era ira disimulada—, quería secuestrarte, robarte, llevarte a vivir conmigo. Solo me detuvo el hecho de que, ya para ese entonces, tu madre estaba sonando fuerte en la radio gracias a esas canciones en las que hablaba pestes de mí, y no quería darle más municiones para su guerra, porque la única baja en esa batalla serías tú.

—De todas formas lo fui, pero no te preocupes, ya estoy grande y soy generoso, papá. ¿Feliz? Ahora puedes quitarte de mi camino para que pueda ir a buscar a Georgia.

—Un año después tu tío me envió la primera grabación tuya tocando el violín. Eras como mi pequeño Mozart, así te llamaba en mi cabeza —sonrió distraídamente, ahora sin verme, desviando la mirada, como cuando alguien recuerda algo privado que lo pone triste—. Se dice que los padres comienzan a amar a sus hijos la primera vez que le toman el dedo y lo aprietan. Yo nunca tuve esa posibilidad, pero, al reconocerme en esa personita de rostro serio tocando una música que estaba más allá de su edad, lloré como un bebé.

—¿Me viste tocar de niño? —pregunté antes de poder sorprenderme por el hecho que el tono no era de resentimiento. Aparentemente era imposible pelear con alguien que no respondía a tus ataques, pero que con cada palabra sacaba el aire de tus pulmones.

—Tengo grabado cada maldito recital —soltó algo que buscaba pasar por una risa pero que sonó amargo—. Decidí entonces que haría todo lo que estuviese en mi mano para que fueras feliz, y la música parecía hacerte feliz, así que ¿ese profesor japonés de violín? Te puedo decir que no llegó a Nashville de la nada. Yo lo contraté.

—¿Qué?

—Y cuando comenzaste con el piano con ese polaco, al que conseguí, por cierto, en una calle de Varsovia —levantó una ceja—, tu tendencia era más hacia el *blues* y el *soul*, así que hice la prueba y te regalé la mejor guitarra del mundo.

—Hay mejores guitarras.

—No seas terco, muchachito. Esa Fender es *la* guitarra, y lo sabes —me guiñó un ojo—. Entonces comenzaste a tocar *rock*. No me gustaba mucho eso de los gritos y la rabia, pero lo entendía y me dolía porque sabía que era mi culpa, pero si era lo que querías, lo que necesitabas, yo iba a facilitarte el camino. ¿Cuáles fueron los regalos entonces?

—Partituras originales dedicadas, discos, libros... —contesté confundido.

—No te di coches deportivos ni cosas caras, como hacía Reva. Intenté darte cosas que te gustaran y que te ayudaran, aunque tuviese que arrastrar mi trasero por todo el país para conseguir que Ozzy Osbourne firmara un disco y escribiera tu nombre en la dedicatoria —puso los ojos en blanco—. Cada una de las partituras tenía las observaciones de los grandes guitarristas que las habían hecho famosas anotadas al margen. Siempre esperé que supieras que esos regalos eran especiales, de mí para ti, y que tarde o temprano intentaras contactarme, aunque fuese una llamada telefónica para darme las gracias o para pedirme algún consejo técnico sobre cómo tocar un rasgado correctamente. Nunca ocurrió.

—Yo sé cómo tocar un rasgado.

—Sigue diciéndote eso y nunca vas a mejorar —e hizo un gesto indolente con la mano—. Cuando te fuiste a Los Ángeles y comenzaste a actuar como un imbécil, bloqueé todo intento de Insanity de alcanzar una disquera, firmé los papeles para que tu tío cerrara el flujo de dinero, pensé que eso te llevaría de regreso a casa. No funcionó, así que hice de tripas corazón y le pedí a una niña de diecisiete años que estaba pasando por el peor momento de su vida

que te llamara. Sorel no quería cargarte con su enfermedad, pero le supliqué como nunca he suplicado por nada en mi vida. Le estaré eternamente agradecido.

—Por eso hiciste lo de Juilliard —y por alguna egoísta razón me sentí molesto—. Conseguir que la readmitieran, darnos un lugar donde vivir, fue todo por Sorel.

—Yo hubiese hecho lo que fuera por Sorel, pero fuiste tú quien me llamó, y que me necesitaras finalmente me hizo tan feliz que decidí dejarte esa tarjeta de crédito, no como una manera solapada de darte dinero y olvidarme de ti, sino para saber exactamente qué podrías estar necesitando en esa nueva vida. No obstante, nunca la usaste hasta hace tres meses, y fue en una librería.

¡Gi!

Sus palabras me recordaron que había algo mucho más importante que reparar mi relación con este señor. Con Colton nunca había tenido ningún tipo de vínculo, pero la persona que me impulsaba a seguir respirando estaba en algún lugar de este hospital, y que no se hubiera ido me daba esperanzas.

—Mira, Colton, yo agradezco que me hayas contado eso, no sé si es verdad, pero no es importante porque no cambia nada —me pasé la mano por los ojos tratando de aclarar qué decir a continuación—. Yo no voy a dejar mi vida atrás para tratar de recuperar años perdidos contigo, eso no se recupera. Nunca volveré a tener doce, edad en la que, por cierto, dejé de esperarte; tampoco quince, cuando me hice la idea de que para mi padre yo no era más que un cumpleaños en el calendario. Tengo una vida...

—Lamento decírtelo, Cash —me interrumpió—, pero no tienes nada. Tu carrera no existe, porque me voy a encargar personalmente de destruir a Marcus, física y artísticamente, y tu talento no vale de nada porque has perdido demasiado tiempo actuando como un muchachito molesto y exhibicionista.

—Tengo a Georgia.

—Georgia no se va a quedar contigo después de todo esto.

—Tú no conoces nada de Georgia —dije más envalentonado de lo que realmente me sentía—. A ella no le importa ni la fama, ni el dinero. Ella me ama.

—Conozco de dos cosas en mi vida: mujeres y música. La mayoría de las mujeres tienen una extraña necesidad de reparar lo dañado, de cuidar de alguien, pero Georgia es de esas muy escasas, y por lo tanto preciosas, que nacen sin ese cromosoma. Ella es del tipo que quiere un compañero, un igual, no un cachorrito de que ocuparse.

—No voy a dejar a Georgia porque tú lo digas, y no es nada personal, tampoco ganas de llevarte la contraria, simplemente... —medité la posibilidad—. ¡No puedo! Ella es la luz que espanta mis fantasmas, mi razón para hacer las cosas bien. Yo puedo ser lo que ella necesite que sea.

—Eso suena mucho a necesidad, y la necesidad nos vuelve egoístas. —Colton negó con la cabeza y suspiró—. El amor, el amor es otra cosa, es libre albedrío, es una elección, es querer pero de ningún modo necesitar. No se trata de encontrar a alguien que nos complete, porque para amar de verdad necesitamos estar completos. Siempre exististe como una razón para alguien más, la razón de tu madre para chantajearme, la razón de Marcus para ser famoso, la razón de Sorel para estar viva. Ahora debes encontrar qué puedes ser por ti y para ti.

—¿Y lo voy a encontrar viviendo contigo? —pregunté en medio de un bufido.

—Tal vez no, pero el ambiente podría ayudarte. Tengo ganas de empezar a componer para un nuevo disco...

Una risa amarga escapó de mi garganta interrumpiéndolo.

—Y finalmente llegamos al punto. Ahora me vas a decir que quieres que te ayude y que eso va a ser más beneficioso para mi que para ti. Debes buscar otro discurso, ya he caído muchas veces con ese como para no darme cuenta de que son patrañas para usarme.

—¿Cuántos Grammys has ganado? —me preguntó molesto—. Si recuerdo bien, ninguno. Yo, en cambio, tengo más de diez y he estado haciendo esto, con muy buenos resultados, desde antes de que nacieras. Así que no necesito la ayuda de un músico que grita en un micrófono, que no sabe escribir correctamente una partitura y que en casi diez años no ha podido hacer un *riff* que valga la pena.

—¡Yo he escrito muchos buenos *riffs*!

—Tu música es como tu vida. La haces para satisfacer o molestar a los demás, no para ti, y eso se nota —se encogió de hombros—. Ven a vivir conmigo, descubre quién eres. Solo cuando estés cómodo dentro de tu piel serás capaz de entender la diferencia entre necesitar y amar.

Capítulo 27

Georgia

«Está despierto».

Esas fueron las palabras de Colton McIntire cuando salió de la habitación de Cash. Llevaba tres días esperando este momento, tres días debatiendo las posibles opciones, analizando las situaciones hipotéticas; tres días ensayando lo que iba a decir.

Durante gran parte de mi vida hice cosas que no quería hacer sin siquiera darme cuenta. Las hice por los demás, por el bien de mis padres, de mi familia, incluso de mi hermana, pero nunca había tenido que hacer algo para mí que doliera tanto.

Parada frente a la puerta de la habitación 411 volteé nuevamente al pasillo. Allí estaba Sorel, peleando con alguien cuyos gritos de pánico se escuchaban a través del teléfono; Mason aterrorizando y encantando, a partes iguales, al personal médico; y Colton flirteando en el puesto de las enfermeras. Como escenario de fondo, la vida que quería para mí: estetoscopios, bisturís y llamadas de emergencia.

Gracias a Cash, finalmente, había descubierto lo que quería hacer con mi vida, algo que siempre había estado allí pero que, por estar tan cerca y ser tan evidente, no había podido entender.

Algunas veces, simplemente, había que distanciarse un poco para encontrar el camino.

Abrí la puerta y la imagen que me recibió resumía lo mejor y lo peor de esa relación que, para bien o para mal, había cambiado mi vida sin posibilidades de retorno.

Cash estaba en la cama del hospital, con un monitor cardiaco y una vía conectada a su brazo derecho y se veía, tal cual, como quien ha pasado casi tres días en terapia intensiva producto de una sobredosis: la barba le había empezado a crecer, estaba del color de la tiza y su, por lo general, brillante

cabello estaba sucio y desordenado. Tenía una guitarra entre los brazos y estaba tocando algo que sonaba como *Creep* de Radiohead.

Aún así, para mí seguía siendo el hombre más hermoso que había conocido, por fuera y por dentro; pero tenía esa parte oscura, desgastada y dañina con la que yo no podía convivir porque, por experiencia, sabía que terminaría arrastrándome.

La vieja Georgia, esa que siempre hacía lo correcto para los demás, se hubiese quedado ayudando, sacrificándose; pero esta Georgia había aprendido que tenía que vivir para ella, no para los demás. Lo irónico era que la nueva yo había salido a flote gracias a él y no había forma de volverla a poner en la caja, aunque eso significara dejarlo atrás.

Cuando Cash sintió que no estaba solo, levantó la vista. Su mirada estaba cargada de vergüenza, desesperación y más amor del que creía merecer. También había expectación, la esperanza de encontrar una respuesta sin palabras, algún indicio de lo que vendría a continuación.

—Hola —dije, rompiendo ese momento mágico que no nos llevaría a ninguna parte porque, tal y como había dicho Mason, había cosas que tenían que ser dichas, no insinuadas o dejadas a la imaginación. El problema era comenzar a decirlo—. ¿Cómo te sientes?

—Mejor de lo que merezco.

Bajó nuevamente la vista y el silencio volvió a extenderse entre nosotros.

—Cash... —comencé, dando un par de tentativos pasos hacia él. No estaba segura de si la cercanía física ayudaría, pero si tenía que despedirme no quería hacerlo en la distancia.

—Colton dijo que me salvaste la vida —me interrumpió.

—Solo tuve suerte —di un par de pasos más. Quería llegar hasta él, que me viera, que entendiera.

—Suerte tuve yo en el momento en que fui a esa librería, cuando me permitiste prepararte el desayuno y me hiciste el gran honor de dejarme entrar en tu cuerpo y amarte aunque no lo mereciera. Suerte tengo ahora porque aún estás aquí —levantó la vista de la guitarra. Había tal intensidad en su mirada que lograba calentar esa parte de mí que llevaba días congelada, dormida; enterrada entre rabia, decepción y frustración—. Una vez me dijiste que los médicos salvan vidas, pero las personas deben salvarse ellas mismas. Tú salvaste mi vida, ahora es mi turno de hacer algo con ese regalo y debo hacerlo lejos, solo.

—¿Estás terminando conmigo? —pregunté más confundida que otra cosa.

No contestó, no inmediatamente. Puso la guitarra a un lado y pasó un dedo sobre las cuerdas de esa forma tan delicada que tantas veces había puesto en práctica en mi cuerpo.

—Estoy tan enamorado de ti que siento que no podré respirar cuando no estés, que mi corazón dejará de latir y que seré engullido nuevamente por la oscuridad, pero alguien me dijo que el amor no es necesidad y es cierto —dijo, levantando la vista finalmente—. Así que debo dejar de necesitarte tanto para poder amarte de verdad, y soy un adicto. Siempre he necesitado algo o a alguien, así que no estoy seguro de poder lograrlo, por eso no te pediré que esperes ni te haré falsas promesas de que lo haré funcionar. Probablemente no lo logre.

Yo creía que estaba preparada para esto. Es más, llevaba tres días preparándome para esto, tratando de estimar y categorizar los grados de dolor que podría sentir, pero la vida, según había aprendido recientemente, era mucho más potente que las palabras que se usaban para explicarla y, por lo tanto, el dolor que producía era millones de veces más intenso.

Lo que sentí en ese momento no era teórico, era real y amenazaba con romperme en dos.

—¿Gi?

La pregunta sonó lejana, un ruido sordo en mis oídos acompañado de una especie de pitido que eclipsaba cualquier otro sonido. Sin embargo, la voz y el apodo eran cosas que me obligaban a responder, como un canto de sirena, pero necesitaba unos segundos más. Si abría la boca en este momento las palabras saldrían estranguladas.

Fui hasta su cama, me senté en el borde y lentamente recorrí su cara con mi mano, tratando de memorizar a través del tacto esas facciones que probablemente no vería nunca más.

Cash se inclinó ante cada caricia y podría jurar que suspiró un poco, tal y como si mi toque fuera un bálsamo especialmente diseñado para aliviar su dolor. Finalmente lo besé, suave, lento, inocente, parecía más un primer beso que un último, y cuando sentí que tenía el corazón lleno de todo el amor que podía almacenar para soportar su ausencia, puse mi cabeza en su pecho y me dejé arropar por sus brazos.

La rabia, la confusión e incluso gran parte de la desesperación desaparecieron y con ellas se fue también el nudo en mi garganta.

—Cuando te conocí yo estaba atascada en esa especie de zona de confort donde solo quería navegar con la corriente. Tú me obligaste a querer cosas que nunca pensé que desearía y a ir por ellas —mi estómago se contrajo al

recordar cómo había empezado todo. En pequeños *flashes*, Cash entró de nuevo a la librería, apareció en mi casa balanceando una bolsa de papel frente a mis ojos, le partió la cara a un sujeto en un bar, intentó desnudarme en medio de la calle—. Descubrí que me gustan los bares y desayunar panqueques; que me encanta estudiar, pero el mundo no desaparece si falto a una clase; que los hombres con *piercing* y tatuajes no son necesariamente brutos e insensibles; que me puede gustar Iron Maiden sin que eso limite que una vez más que otra quiera escuchar a Taylor Swift; que las reglas impuestas por otros sobre lo que es bueno o malo importan poco, porque lo único que se resume todo es a cómo te ves a ti mismo. Dices que te salvé la vida pero tú me enseñaste a vivir. Gracias.

Sentí mi mejilla mojada y pensé que finalmente había comenzado a llorar, pero me di cuenta de que no era yo. Las lágrimas venían de más arriba, de Cash.

—Supongo entonces que estamos a mano —dijo con una voz que quería aparentar ligereza, pero yo tenía la prueba húmeda en mi mejilla que no era así—. Te amo.

—Yo también, pero aparentemente no siempre es suficiente.

—Lo siento.

—Cántame algo, Cash, hasta que nos volvamos a ver.

Las primeras palabras de *Georgia en mi mente* fueron las que hicieron que mis lágrimas aparecieran.

Capítulo 28

Cash

Seis meses después

Sentía cada gota de sudor que bajaba por mi espalda y cada tirón de los músculos de mis piernas. No obstante, el azul del cielo nunca había sido tan azul, el sol nunca había brillado tanto y los árboles jamás habían sido tan verdes.

Mientras terminaba mi carrera matutina, me sorprendió la constatación de que la vida mejoraba mucho cuando la veías sin el velo del alcohol, las drogas o la nicotina. También cuando dejabas de querer probar que eras esto o aquello y simplemente te limitabas a ser lo que eras.

Después de veintisiete días de desintoxicación —mucho menos dolorosa físicamente que la primera vez, pero millones de veces más profunda en el aspecto mental—, y cinco meses viviendo con Colton, finalmente estaba en un punto de mi vida donde cada mañana no corría huyendo de algo o hacia algo, corría porque me gustaba.

La finca de Colton en Nashville ayudaba: apartada de todo, con cinco hectáreas de terreno separándola del mundo exterior y, en el interior, todo lo que podía necesitar para no pensar en abandonarla, como su propia sala de música y estudio de grabación.

Sorel había pasado un mes conmigo aquí, Mason venía frecuentemente y a mis tíos iba a visitarlos una vez al mes. Reva se negaba a verme, pero eso estaba bien. Aunque en mis sesiones de terapia había comprendido que cada quien tiene su manera de querer, aún tenía problemas enfrentándome a la forma de querer de mi madre.

También estaba Gi. No había pasado un día en estos seis meses en que no pensara en ella. Primero como una compulsión, una necesidad que me taladraba el pecho y me sacaba lágrimas de verdadera pena y gritos de

desesperación. Luego se transformó en una especie de placer culposo: pensar en alguien perfecto que tuviste entre tus manos solo para ti y que nunca más volvería a ser tuyo por imbécil, drogadicto y perdedor. Ese pensamiento se convirtió en una tortura masoquista en la que me gustó revolcarme durante un tiempo.

Ahora pensaba en ella con una sonrisa, con el pecho henchido de un amor que había pasado de tener como protagonista a un ser etéreo y sin mácula, a una mujer a la que amaba y deseaba en partes iguales sin que eso me llenara de vergüenza o desprecio hacia mí mismo.

—¡Buenos días! —el animado saludo de Colton me recibió en cuanto trasasé la puerta de la cocina—. Acabo de hacer café.

—¿Te caíste de la cama? —pregunté receloso.

Debían ser las nueve de la mañana y él nunca se adentraba en el mundo de los vivos tan temprano. Como colofón, estaba completamente despierto, vestido y con una taza humeante de café enfrente.

—Soy un hombre de negocios —dio un sorbo a su enorme taza— y, desafortunadamente, tu tío es una de esas horribles personas matutinas que inician el día poniendo en orden su agenda y, para colmo de males, lo hace de buen humor.

—¿Todo bien? —insistí, aún no completamente convencido con su explicación—. No sabía que tú y John tenían negocios juntos.

—Ese hombre tiene una visión extraordinaria para el dinero —hizo una mueca y se encogió de hombros—. Aunque, en efecto, es un conflicto de intereses que maneje cualquier asunto relacionado conmigo, es la persona perfecta para hacerse cargo de los tuyos.

—¿Los míos? —Ahora sí estaba confundido. «Negocios» era algo que nunca había tenido, a menos que contara cobrarle al dueño del bar en el que tocaba y, desde hacía unos meses, ni siquiera eso.

—Estamos pensando en devolverte el manejo de tu dinero.

Ya más calmado, tomé la toalla que había dejado sobre una silla antes de salir y comencé a secarme el sudor de la cara y el cuello. El asunto con mi dinero difícilmente podría ser catalogado como «negocios».

—La última vez que vi no quedaba mucho —dije indiferente mientras me dirigía a la nevera para tomar una botella de agua—, pero gracias. Tal vez pueda invitarte a comer unas hamburguesas.

—Es impresionante lo que un hombre con visión puede hacer con tan poco capital —volvió a darle otro sorbo a su café—. En estos últimos seis

años, John invirtió sabiamente lo que quedaba, y tu fideicomiso está casi igual que cuando empezaste a dilapidarlo.

—¿Qué? —de golpe cerré la puerta de la nevera.

—Eres un joven bastante acaudalado y, en algunos meses, volverás a estar en posesión de tu cuenta de banco.

Me recosté sobre la encimera de la cocina porque súbitamente miles de opciones bailaban por mi mente. No era solo el dinero, que, si recordaba correctamente, cuando empecé a gastarlo eran unos cuantos millones de dólares, lo que me causaba ese repentino mareo. A fin de cuentas, algunas veces más, algunas veces menos, siempre había tenido el suficiente. Se trataba de la confianza que, tras seis años de ausencia, me había sido devuelta, y lo más curioso era que había ocurrido precisamente cuando dejé de tratar de obtenerla.

—Y aún hay más.

—¿Más?

—El disco nuevo de Insanity sale a la venta la semana entrante.

Ahora Colton no sonreía, me miraba como estudiando mi reacción. Yo aún no había terminado de procesar lo de mi dinero y ahora tenía que afrontar el abrupto cambio de tema.

Tenía que admitir que, de una forma un tanto rara, extrañaba Insanity, extrañaba estar en una banda importante, hacer monumentales conciertos en vivo y, de una manera aún más retorcida, extrañaba a Marcus. Mejor dicho, el niño que habitaba en mí extrañaba a ese Marcus que siempre lo alababa y le decía lo que quería escuchar, que hacía ver cada acto terrible que cometíamos como un juego divertido en el que nadie tenía que salir lastimado.

Ahora sabía que no era así, que mis acciones no solo tenían consecuencias para mí sino para todos los que me querían, pero en la distancia esa parte lúdica de mi vida con Marcus guardaba cierto atractivo.

—Me alegra que decidieras no hacer desaparecer a Insanity —esa era la respuesta más sincera que podía manejar—. A fin de cuentas, son músicos con talento y no me hicieron hacer nada que yo no quisiese hacer.

—Yo no soy tan maduro como tú —escuché a Colton decir a mis espaldas mientras sacaba una taza y me servía café—, pero John me hizo ver que, si los aplastaba, no tendrían con qué pagar lo que te debían por *Mujeres de pelo oscuro*, y son cinco años de *royalties* que deben estar ingresando a tu cuenta en el próximo mes, conjuntamente con el pago inicial de los derechos por el material que les escribiste para este nuevo disco, sin mencionar los arreglos para el disco de Reva. Así que creo que podrás invitarme a algo más que una

hamburguesa —se dio un par de golpecitos afectados en el mentón—. Estaba pensando en ir a comer enchiladas a México o tal vez a ese sitio de fusión que hay en Tokio, creo que te lo mencioné una vez.

—No todo es acerca de dinero —lo interrumpí antes de que terminara de programar una gira gastronómica mundial.

—No, no lo es, pero hace las cosas mucho más sencillas.

—No me parece correcto —dije y, por toda respuesta, Colton puso su mejor expresión de signo de interrogación—. Es como si me estuvieran recompensando por una época de mi vida que solo fue un desperdicio.

—La vida es una contradicción constante y no hay ningún desperdicio en ella. Si lo piensas bien, todo lo que hiciste, lo bueno, lo malo y lo peor, te ha llevado a este momento, a este Cash que eres hoy, y este Cash es un tipo que me agrada bastante. —Colton se dio cuenta de que se había puesto repentinamente serio y volvió a sonreír relajado. Era algo que había notado en él, una táctica para parecer despreocupado todo el tiempo cuando en realidad era un hombre de muchas capas—. Además, el dinero te viene bien. No quiero que vivas conmigo eternamente ¡Eres extremadamente aburrido! —agitó los brazos en el aire con fingida exasperación, lo que se compaginaba perfectamente con su tono de niño quejica, completamente fuera de lugar para un hombre de su edad—. Sin alcohol, sin fiestas, sin mujeres, sin pollo frito. Solo comida horneada, dos cervezas al día y horas interminables en la sala de música. Únicamente nos divertimos cuando Mason viene de visita.

—Me alegra que te guste Mason.

—Sí me agrada, aunque algunas veces es algo extraño. ¿Sabes que reza en las mañanas? ¡Y los símbolos de sus tatuajes! Y no quiero comenzar a hablar de los *piercings*.

Obviamente esta era una señal inequívoca de que el momento de alejarse de temas existenciales e introspectivos había llegado, y no era yo quien iba a insistir. Además, Colton algunas veces dejaba fluir un lado chismoso que lo hacía parecer una viejecita italiana de Brooklyn, y me había dado la entrada perfecta para escandalizarlo. A pesar de toda su fama como «muchacho malo», no podía competir conmigo en ese departamento.

—¿Has visto todos los *piercings* de Mason? —le pregunté, levantando una ceja.

—Bueno, está el de la nariz... —pensó un momento hasta que un rictus de horror se instaló en su cara—. No, no, no —y levantó una de sus manos como tratando de bloquear sus ojos de algo que no estaba viendo—. Nunca entenderé por qué un hombre querría hacerse eso *allí*.

Estallé en una carcajada.

—Tiene sus beneficios colaterales —tratando de parecer presumido, encogí uno de mis hombros.

—¿Y tú cómo sabes dónde Mason tiene sus *piercings*? —Colton cruzó los brazos sobre el pecho y me miró con expresión expectante.

Dejé mi lugar al lado de la cafetera, caminé hasta la mesa de la cocina y apoyé en ella los brazos inclinándome hacia él, como quien está a punto de hacer una confidencia.

—¿De verdad quieres saberlo? —pregunté con una media sonrisa y mi mejor voz enigmática—. ¿Con todos los detalles?

Los ojos de Colton se abrieron de sorpresa por una fracción de segundo antes de volver a relajar su expresión.

—No, no quiero —dijo, negando con la cabeza—. Hay cosas sobre ti que prefiero que queden en la teoría.

Me incorporé de la mesa sonriendo. El hambre por el cotilleo de Colton evidentemente tenía un límite.

—Cuando vuelvas a pensar que soy aburrido —dije, caminando hacia la puerta y dándole una cariñosa palmada en el hombro—, tengo un par de historias que podrían gustarte, papá.

Escuché la palabra y me sorprendió, pero no de mala manera. Nunca había llamado a Colton «papá», no era una palabra que asociara con él. Sin embargo, en esta oportunidad, me había salido sin meditarla antes, como la cosa más natural del mundo, y no dejó ningún sabor residual.

Pensé que, debido a la llaneza con la que había sido dicha, tal vez Colton no se había dado cuenta. Sin embargo, en cuanto sentí su mano apretar la mía, que todavía estaba en su hombro, me di cuenta de que sí lo había notado.

—No te vayas que aún hay más —y por alguna razón la voz de Colton sonó en un punto medio entre ronca y ahogada, tanto que tuvo que dar un leve carraspeo.

—¿Más?

—¿Recuerdas ese *demo* de ocho canciones que grabamos la última vez que Mason estuvo aquí?

—Sí —contesté desconfiado, temiendo lo peor.

—Se lo di a este amigo mío...

Bruscamente retiré la mano.

—Dime que no lo hiciste.

—Tranquilízate. ¡Por Dios! Estos son los únicos momentos en los que lamento que no te parezcas más a tu madre —puso los ojos en blanco—. Mi

amigo se lo dio a otro amigo y así sucesivamente para crear una larga cadena que garantizara el anonimato. Incluso llegó a la disquera con un seudónimo.

—¿Disquera?

Al parecer las noticias de esta mañana me habían transformado en un idiota que solo era capaz de hacer preguntas que, para colmo, eran de una sola palabra.

—Sí, y están dispuestos a ofrecerte un contrato.

Me apoyé en la pared que tenía más cercana, pero aun así no fue suficiente. Mis piernas no querían cooperar, así que, para evitar accidentes embarazosos, me deslicé por el muro hasta quedar sentado en el piso y, aun así, tuve que poner la cabeza entre mis piernas para poder respirar.

Por un breve momento me sentí completa y absolutamente feliz, tanto que tuve la extraña urgencia de llamar a Georgia para contárselo. Claro, esa era una tentación en la que no caería, no todavía, tal vez nunca, pues inmediatamente fui invadido por un negro terror.

Esto era lo que siempre había querido: lograrlo por mí mismo haciendo una música que no se adaptara a los estándares de nadie más allá de los míos. Por ello, un posible fallo tendría un único culpable y yo no quería necesitar a Georgia para que me dijera que todo iba a estar bien, que mi momento de brillar había llegado.

Me había jurado a mí mismo que, si alguna vez volvía a ella, lo haría con todas las piezas adecuadamente colocadas en el tablero. Si para ese momento era demasiado tarde, al menos tendría la compensación de que ella era feliz en alguna parte.

—Necesito ponerme a trabajar —dije decidido a afrontar el posible problema por mí mismo, sin muletas y tampoco sin exceso de pensamientos negativos—. Ocho canciones no hacen un álbum.

—Diez —me corrigió Colton y, como no quería seguir haciendo preguntas de una sola palabra, lo dejé explicarse, aunque me pareció que pasaron horas antes de que emitiera sus siguientes palabras—. ¿Esa canción que tocas una y otra vez en el piano? Estoy a dos conversaciones de cerrar el trato por los derechos, y hay una mía que tuve tiempo de terminar cuando aún te estaba ayudando con lo tuyo, porque así soy yo de talentoso, y te la voy a regalar. Así que, si quieres trabajar en algo, comienza a hacer una versión del tema ese que ya parece el himno de esta casa. No sé, apártalo del piano, ponle violines, guitarras, tal vez un saxofón, y hazlo tuyo. Aléjalo del original, pero sin que pierda su esencia, porque esa canción es más o menos sagrada. Eso sí, hazlo rápido, en dos días tenemos la reunión con la disquera.

—¿Tenemos? —pregunté, aunque realmente lo que quería comentar era eso de «dos días».

—Te dejé hacer esto en tus propios términos. Ya probaste que eres talentoso y que puedes conseguir un contrato, ahora es mi turno de entrar a escena. No voy a permitir que mi único hijo sea jodido con un contrato de mierda por una disquera importante. Te voy a enseñar cómo se juega este juego.

—¿Gracias? —lo dije en tono de pregunta porque no se me ocurría más nada.

—No hay problema —se puso de pie y me miró desde arriba. Por primera vez en mi vida sentí esa presencia paternal que te embarga cuando solo le llegas a las rodillas a tu progenitor que, además, te parece una mezcla entre un dios y un superhéroe pues, además de grande, tiene todas las respuestas—. Considéralo una compensación por nunca enseñarte a lanzar una pelota de béisbol.

—¿Sabes algo de béisbol?

—Ni la más mínima mierda, pero sé hacer unos excelentes barridos con la guitarra —estiró una mano en mi dirección—. Te puedo ayudar a practicar.

—¡No hay nada malo con mis barridos! —traté de sonar exasperado, pero estaba sonriendo. Tomé su mano y le permití que me ayudara a ponerme de pie.

—Sigue diciéndote eso.

Capítulo 29

Georgia

Seis meses después

—No puedo creer que esté aquí.

La marea de gente amenazaba con engullirme. Todos riendo, haciendo ruido, tratando de contagiarme con un entusiasmo que no sentía, o tal vez sentía demasiado.

Nunca había ido a un concierto en el Madison Square Garden pero, en vez de disfrutar la experiencia, estaba a punto de tener un ataque de pánico.

Sin darme cuenta comencé a retroceder, alejándome un paso a la vez de la entrada a la sección vip, a la que mi pase especial me garantizaba el acceso.

—¿Adónde crees que vas? —La mano de Holly en mi codo me impidió seguir con mi estratégica retirada.

—No puedo hacerlo.

—¡Georgia! —Una cabeza de rizos rubios me miraba sonriendo desde la entrada y agitaba las manos con una excitación que solo podía compararse con la de su sonrisa: Alex.

Con una agilidad sorprendente para alguien que usara unos tacones de esa altura, se abrió paso entre la gente sin ningún tipo de problema y, antes de que pudiera darme cuenta, me estaba abrazando, matando así todas mis posibilidades de salir huyendo.

—Me alegra tanto verte —dijo en cuanto nos separamos, pero mantuvo las manos en mis hombros—. Pensé que no vendrías, me estaba poniendo nerviosa.

—No se perdería esto por nada del mundo —intervino Holly, cuando la realidad era que había considerado, en múltiples oportunidades, perdérmelo.

—Vamos, ya va a empezar.

Dentro de la zona vip, la multitud era mucho menor. Todos estaban sentados, con una bebida en la mano y, en algunos casos, libretas, que marcaban a sus dueños como periodistas. Hice la vista gorda al notar que las bebidas de cortesía eran cervezas Heineken.

Eso no significaba nada.

En cuanto alcanzamos nuestros lugares las luces se apagaron, y creo que Holly musitó a mí oído «ya vienen», por lo que me sentí invadida por una sensación de *déjà-vu* que no hacía nada por apaciguar la tormenta que tenía lugar en mi estómago.

Una sola luz se encendió sobre el escenario y dejé de respirar.

La semana anterior, un inofensivo mensajero de Fedex había tocado a mi puerta para entregarme un sobre. Dentro había un disco compacto. Cash estaba en la carátula, sentado al lado de una guitarra y, como único título, su nombre en letras cursivas: *Cash McIntire*.

Tenía el cabello mucho más corto, apenas le caía hasta debajo del cuello, y los alfileres de sus cejas habían desaparecido, pero el cambio iba mucho más allá de la apariencia. Había ganado algo de peso y se veía bien, sano.

En el sobre venían también dos entradas para su primer concierto en Nueva York y una nota escrita a mano que solamente ponía: *por favor*.

Después de recobrar me del *shock*, cosa que me tomó cerca de dos horas sentada en el sofá con el disco en una mano y la nota en otra, tuve el valor de escucharlo. Era perfecto. Una mezcla de *jazz, blues, rock y country* tan diferente a cualquier cosa y, a la vez, tan Cash que no me sorprendí al averiguar que había debutado en el Top 10 de la cartelera Billboard y había mantenido la posición por semanas. Las entradas para el concierto se habían agotado tres días después de que se pusieran en venta.

Me alegraba por él, pero aun así consideré el asistir como una posibilidad. No sabía si podría soportarlo.

Sin embargo, Holly encontró los boletos y estuvo una semana dándome la lata, recordándome que Cash y yo nos habíamos separado en buenos términos, que sería un terrible gesto de mala educación no aparecer, que, en teoría, aún después de un año sin saber el uno del otro, éramos amigos.

Ahora, viéndolo sobre el escenario con una guitarra acústica colgada en el hombro emanar esa misma vibra que la primera vez que lo vi en Improvisación, el término «amigos» me supo a cal.

Ya no era mío ni yo era suya. Había pasado un año. La decisión había sido la correcta para ambos, pero no iba a engañarme a mí misma negando el hecho de que, cada día desde que había vuelto de Los Ángeles, siempre había

algo que me hacía extrañarlo: una canción, el sabor de una cerveza, hasta unos brócolis en el supermercado.

De su parte nunca hubo nada. Ni una llamada el día de mi cumpleaños o una postal en Navidad. Nada. En algún momento dejé de esperar que regresara.

Su ausencia me hizo darme cuenta de que el amor tenía poco que ver con el físico, la química o el intercambio de fluidos corporales. Esos eran solamente elementos que hacían que dos personas se juntaran, pero el amor era más como una energía gaseosa sin forma definida que tenía la capacidad de transformarse y nunca desaparecía. Su desventaja era que, para que tuviera alguna aplicación beneficiosa, debía ser compartido.

Cash comenzó a tocar la guitarra y el público rugió en cuanto sonaron las primeras notas de *Tú no me haces mejor, me haces feliz*. Era la única canción netamente *country* del disco y yo sabía, porque había memorizado toda la información que pude encontrar, que era de Colton.

—«No te pido que me salves. Estoy a salvo, / No te pido que me completes. Estoy entero, / Yo no te necesito. Simplemente te quiero, / Tú no me haces mejor, me haces feliz».

Cerré los ojos y me dejé invadir por el ambiente, por esa energía que salía de Cash y que hacía sentir a cada una de las personas en el lugar que cantaba especialmente para ella. Solo de esa forma mi aprehensión se tomó un rato de descanso. Ya no había significados ocultos ni expectativas, solo había música, y era de esa música que te transportaba, que parecía escrita especialmente para ti y susurrada en tu oído.

—Quiero agradecerles a todos por estar aquí esta noche —abrí los ojos de golpe. Cash estaba en el centro del escenario y podía jurar que me estaba mirando directamente, que me estaba hablando—. La próxima canción tiene un significado especial para mí, incluso quería que fuera el título del disco, pero ya saben, mi familia es de Tennessee y no iba a permitirme titular mi disco con el nombre de otro estado. Sin embargo, no es sobre un lugar. Quien conoce la verdadera historia detrás de esta canción, sabe que es sobre una mujer. Las mejores canciones siempre lo son.

El ciclorama sobre el escenario se abrió y desde el suelo emergieron dos pianos, uno frente al otro, encontrándose en la curvatura de la cola como dos amantes en un abrazo.

—La familia y los amigos son dos de las cosas más importantes en la vida, por eso esta noche me acompañan el reconocido concertista mundial, Andras Nagy, y mi prima, Sorel Anglin, que es incluso mejor que él.

Hizo un gesto hacia los pianos y dos reflectores nos mostraron a ese duendecillo malvado que era Sorel, que había logrado que sus picos de cabello negro apuntaran al techo, y a un hombre alto y bien parecido vestido de traje, pero sin corbata, que hizo un serio gesto de saludo hacia la multitud, como si estuviera acostumbrado a ser adorado y no lo impresionara en lo más mínimo.

«¿Este es el famoso príncipe húngaro?», pensé atónita. «Bien hecho, Sorel».

—También me acompaña mi mejor amigo, Mason —el aludido, que había estado tocando la batería durante todo el concierto, hizo un pequeño solo desde la tarima que lo colocaba por encima del resto—, y mi padre...

En medio de una ovación, Colton McIntire hizo su entrada al escenario tocando la guitarra.

—Algunas veces, puedes tener la familia, los amigos, pero al final sigue tratándose solamente de ella...

Aguanté la respiración, porque sabía lo que vendría. A fin de cuentas había escuchado el disco unas cincuenta veces. No obstante, preparada o no, cuando Sorel y Andras hicieron sonar los pianos con la introducción de la famosa canción *Georgia en mi mente*, esa misma que Cash me había cantado cuando nos despedimos, creía que iba a sufrir un ataque cardíaco.

No solo había dos pianos, guitarra, batería y hasta un saxofón, sino que Cash desapareció brevemente del escenario para entrar nuevamente con un violín, transformando la sencilla canción en una sinfonía.

Luego comenzó a cantar con esa voz que te golpeaba por su rudeza, pero al mismo tiempo te tocaba en la más tierna de las caricias.

*Georgia, Georgia,
durante todo el día,
solo una vieja y dulce canción
mantiene a Georgia en mi mente.*

Cerré los ojos y libré una batalla contra las lágrimas, contra la arritmia y contra una inminente crisis de hipertensión. Demasiados recuerdos, demasiados finales alternativos y ahora imposibles, demasiados sentimientos que no podían ser catalogados y etiquetados.

Por suerte, la mano de Holly apretaba mi antebrazo con tanta fuerza que de seguro tendría moretones al día siguiente, pero no importaba, al menos de esa forma estaba segura de que no soñaba.

Traté de separarme del sentimentalismo y poner las cosas en perspectiva. A fin de cuentas, era solo una vieja canción, probablemente puesta en el disco con fines comerciales. No necesariamente tenía que ver conmigo y, aunque así fuera, era una tonada dulce, escrita para la hermana de alguien y que le venía a medida a una amiga a la que le estaba agradecido.

Nada más y nada menos.

La canción terminó, muchos minutos después los aplausos cesaron y la luz regresó, pero yo seguía allí, sentada con los ojos cerrados, tratando de convencerme de tantas cosas que, a estas alturas, no importaban.

—¿Georgia?

Abrí los ojos. Holly y Alex me miraban con expresión preocupada.

—¿Vas a ir a felicitarlo, verdad? —Holly me preguntó expectante.

Sabía que si decía que no lo iba a lamentar por mucho tiempo, pero si decía que sí...

—Estará muy feliz de verte —insistió ahora Alex, sonriendo.

—Claro, seguro —me puse de pie, aún sintiendo como si habitara en una especie de universo paralelo.

Hasta hacía una semana yo estaba bien. Había proseguido con mi vida con el mismo cuidado que los pacientes que sufren la pérdida de un órgano importante: me había adaptado al cambio para poder seguir viviendo de la mejor manera posible. No era una vida plena, aunque a veces lo parecía, pero era una vida posible.

Holly se negó a ir con nosotras tras bastidores, alegando que debía levantarse temprano al día siguiente, y Alex me arrastró entre la gente antes de que pudiera protestar y decirle que no me demoraría mucho, que sería solo un momento.

Una vez que dejamos el área del público todo pareció estar demasiado silencioso, a pesar de que había personas trabajando, desmontando luces y empacando instrumentos, y también otras que caminaban de un lado a otro por los angostos pasillos con una expresión ocupada. Me di cuenta entonces de que era yo la que no escuchaba nada, más allá de los latidos nerviosos de mi corazón retumbando en mis oídos.

—¡Doctora Georgia! —Una figura enorme salió de una de las puertas que teníamos al frente y me tomó menos de dos segundos darme cuenta de que era Mason.

No había cambiado en lo más mínimo: tatuajes, cabeza rapada y argolla en la nariz. Solo que estaba sin camisa y así era demasiado intimidante como para identificarlo como aquel hombre que me había consolado en el

estacionamiento de un hospital. Además, todos los diseños que adornaban su piel robaban la atención de su, por lo general, imponente presencia.

Me abrazó hasta levantarme del piso y me balanceó un poco de lado a lado. Era como estar secuestrada por King Kong.

—Estoy feliz de verte —me dijo con su voz de película de terror.

—Yo también —y de verdad lo estaba.

Le di un beso en la mejilla en cuanto me puso en el piso.

—Ahora anda a ver a Cash —y con la cabeza señaló unas puertas al otro lado del pasillo—. De lo contrario, voy a necesitar tus servicios pronto.

—¿Por qué?

—¡Porque ese imbécil es un dolor constante en el trasero y se va a poner peor! Así que al menos que quieras examinar mi culito, ve allá y dile algo agradable.

Con paso decidido Mason siguió hasta donde estaba Alex, dándome una visual de su espalda que estaba cubierta en su totalidad con un ángel hincado en una rodilla, su cara descansando en uno de sus antebrazos. Las inmensas alas iban de hombro a hombro y descendían por sus omoplatos hasta la cintura.

Claro que, en cuanto llegó hasta Alex, toda visión angelical quedó descartada, pues la tomó entre sus brazos, haciendo que soltara un chillido de esos que son mitad placer mitad sorpresa, y luego la besó de esa forma que hacía que todos los que estaban a su alrededor se voltearan avergonzados.

Sin querer sentirme como una *voyeur*, respiré hondo y avancé hacia una de las puertas cerradas. Levanté la mano para llamar, pero antes de hacer contacto, la puerta se abrió y Andras Nagy apareció frente a mí.

Sinceramente era un hombre bien parecido, exótico, de esos que te hacen voltear si te los cruzas por la calle. Lo más gracioso era que lucía muy serio y hasta un poco estirado, definitivamente el extremo opuesto de Sorel.

—¿Puedo ayudarle en algo? —preguntó. Si la apariencia general no hacía que se te aflojaran un poco las rodillas, el acento lo lograría.

—Disculpe —no sé por qué me estaba disculpando, tal vez era el dejo desaprobatorio en su expresión el que me impulsaba a hacerlo—. Mi nombre es Georgia Fisher...

Inmediatamente su rostro se suavizó y hasta me dedicó una sonrisa.

—«Tal dulce y clara como la luz de la luna» —dijo, citando la canción—. Encantado de conocerte finalmente. Yo soy Andras Nagy.

—Encantada de conocerlo, maestro —estiré la mano para saludarlo apropiadamente pero no tuve tiempo, la puerta se terminó de abrir con algo de

violencia y allí estaba Sorel, con los mismos pantalones de cuero y la camiseta desgastada que usó en el concierto, mirándome de hito en hito.

—No empieces con eso de «maestro» —dijo, poniendo los ojos en blanco—. Después seré yo quien tenga que aguantarlo, y tal vez me pida que lo llame «amo del universo» o algo así.

—Tú eres la ama de mi universo —respondió él, abrazándola e inclinándose para besar delicadamente el aro que atravesaba su labio inferior, y Sorel se derritió.

Nunca pensé que vería nada similar, pero la pequeña amazona guerrera de maquillaje extravagante desapareció, para dar paso, nada más y nada menos, que a una jovencita enamorada. Casi creí que iba a soltar una risita dulce y tierna.

El momento duró unos segundos antes de que ella volviera a levantar su fachada y enfocar su mirada hostil hacia mí.

—Puerta equivocada, doctora —y con un movimiento de cabeza me indicó el lugar al que debía ir.

—Gracias —dije antes de volverme.

Allí estaba la puerta. Solo tenía que llamar, entrar, saludar e irme. Ser una buena amiga o, al menos, una conocida bien educada. Eso no podía ser tan difícil, ¿o sí?

—Georgia —la voz de Andras sonó a mis espaldas y, aprovechando el momento para demorar un poco más mi entrada, me giré—. Para tu tranquilidad, las rupturas en hospitales parecen ser la marca registrada de esta familia, pero, créeme, todo se resuelve al final con un poco de música.

Asentí, aunque no estaba muy segura del significado de sus palabras, y me dediqué por unos segundos más a mirar la puerta como si fuese una obra de arte.

—¡Oh, por Dios! —se quejó Sorel a mi espalda—. La gente piensa que tiene todo el tiempo del mundo. ¿Cuándo aprenderán que no es así? Cada minuto cuenta.

En tres zancadas estaba a mi lado y, sin ningún tipo de reverencia o aviso, abrió la puerta.

—¡Cash, tienes visita! —gritó, para luego guiñarme un ojo y desaparecer. Ya no había escapatoria.

Tentativamente di un par de pasos al interior del camerino y fui golpeada por la visión de Cash abotonándose una camisa que le caía suelta por encima de los vaqueros desgastados.

Pensé que verlo durante el concierto me serviría para aclimatarme, como entrar poco a poco en el mar; pero aquí en esta pequeña habitación, teniéndolo tan cerca, era como saltar a un río en pleno invierno.

Lo peor llegó cuando me vio. Por unos segundos pareció incrédulo, luego confundido y finalmente sonrió y era su sonrisa, la sincera, la del niño, la que le hacía arruguitas alrededor de los ojos e iluminaba todo su rostro.

—¿Hola? —fue lo único que pude decir y no tuve la intención de que sonara a pregunta, pero así salió, porque tenía algo en la garganta muy parecido a una pelota de golf.

Dio un par de pasos apresurados hacia mí para luego pararse en seco.

—Hola.

Y así nos quedamos, sin decir nada, mirándonos solamente.

—¿Puedo abrazarte? —preguntó finalmente.

—No lo sé.

No sabía qué pasaría si me tocaba. Probablemente moriría.

—¿Aún somos amigos, verdad?

—No lo sé.

Odiaba seguir diciendo eso. Una parte esencial de mí odiaba no tener las respuestas adecuadas en cualquier tipo de situación. Así que, tratando de no recurrir a las explicaciones verbales que, obviamente, me habían abandonado en el momento menos conveniente, salvé el par de pasos que nos separaban, pasé mis brazos por su cintura, sin apretar mucho, sin acercarme demasiado y delicadamente apoyé mi mejilla en su pecho.

Solo podía escuchar los desbocados latidos de su corazón, que iban incluso más acelerados de los míos, y ese hecho me hizo perderme en un mar de posibilidades, tanto que no me di cuenta inmediatamente de que no me estaba abrazando a su vez.

Comencé a retirar mis brazos, pero no pude terminar. El abrazo de Cash llegó con la fuerza que da la contención, como un dique al que se le cae una pared, dejando que el agua arrasara todo a su paso.

Los brazos que me envolvían apretaban fuerte y sus manos abiertas sobre mi espalda me pegaban a su cuerpo, haciendo que cada célula de mi cuerpo bailara y cantara de dicha. No importaba que casi no pudiera respirar, que su tacto dejara un calor que estaba cerca de ocasionar una quemadura de tercer grado. En ese instante no importaba nada más.

Casi creí que comenzaría a llorar cuando sentí que me dio un beso en la cabeza y lo escuché musitar «mi Gi», aunque tampoco era que pudiera afirmarlo bajo juramento, pues estaba ebria por su cercanía.

El momento duró poco, al menos para mi gusto. Fue él quien se separó.

—¿Quieres sentarte? —preguntó, señalando un pequeño sofá.

No respondí, no podía. Todo mi esfuerzo estaba concentrado en mantener una expresión serena, en no llorar o reír, en no besarlo o golpearlo. Así que me limité a ir hasta la silla y sentarme.

—¿Quieres beber algo?

—No, gracias.

Abrió un pequeño refrigerador y sacó una botella de Perrier. La destapó, le dio un trago y se sentó en el otro extremo del sofá. Estábamos compartiendo el mobiliario pero a una distancia prudente.

Dio un par de vueltas más a la botella antes de darle otro trago y colocarla en el piso a sus pies.

Era curioso cómo se podía estudiar claramente los movimientos de una persona cuando hacía algo completamente ordinario y aun así encontrarlos atractivos: los tendones de sus antebrazos que se contraían al destapar la botella, la forma de sus labios cuando bebía, ese rebelde mechón de cabello que se liberaba desde detrás de su oreja para balancearse en su cara y que yo quería capturar para llevarlo a su lugar.

—¿Cómo has estado? —preguntó, sacándome de mi abstracción y haciéndome notar que me le había quedado mirando con más fijación de la políticamente correcta.

—Bien —mentí—. Ha sido un año de locos. Terminé el tercer año de Medicina, dejé de trabajar en la librería...

—¿Por qué? —preguntó, y parecía preocupado.

—En el tercer año comenzamos a hacer prácticas en los hospitales y me gusta, mucho, incluso tomé un par de turnos como voluntaria y ya no tenía tiempo. De todas formas, los visito de vez en cuando. Por cierto —dije buscando en mi bolso. No podía creer que lo había olvidado—. Te traje un regalo.

Le extendí el libro y nuestros dedos se rozaron brevemente, mandando una especie de corriente eléctrica por todo mi cuerpo.

—Gracias —estudió la portada y levantó la vista confundido—. ¿*Moby Dick*?

—Un libro sobre un hombre y una obsesión y cómo esta lo destruye —lo vi encogerse en la silla como avergonzado y supe que había metido la pata—. No es que tenga nada que ver contigo, ni que me recuerde a ti, ni nada de eso. Es un clásico y quería darte algo.

—Te conocí gracias a un libro. Es apropiado que me des un libro ahora —dijo, dándole vueltas al libro en sus manos una y otra vez, hasta que levantó la vista—. ¿Eres feliz, Georgia?

«No. Sí. Algunas veces». Todas esas posibilidades danzaron por mi mente así como el «te extraño todos los días».

—He estado preocupada por ti —esa era la respuesta más aceptable—. Ha pasado un año, un año sin saber si estabas bien —mi voz comenzó a transformarse. Ya no era casual o educada, mucho menos controlada. Había adquirido un tono de recriminación—. Sé que dijiste que no ibas a hacer promesas, que no sabías si volverías y, de verdad, no me senté a esperarte, seguí adelante, pero una postal diciendo «estoy vivo» no hubiese estado de más, ¿te costaba mucho darme un poco de paz mental?

—Georgia, yo... —se pasó las manos por el cabello y miró a su alrededor como buscando inspiración divina—. Cuando me fui a Nashville pensé que tenía que ser mejor, por ti, para estar a tu altura, pero luego me di cuenta de que la única que podía decir qué tipo de hombre quería a su lado eras tú, así que decidí hacerlo por mí. Ahora estoy en el sitio donde siempre quise estar, soy el hombre que siempre quise ser y soy feliz con mi música, mi familia y mis amigos. Ya no bebo, no tengo sexo descontrolado, tampoco uso drogas, porque no lo necesito, y con cada día que pasé lejos descubrí que tampoco necesitaba que tú estuvieras allí manteniendo a raya la oscuridad, que tenía la capacidad de hacerlo solo, sin muletas.

—Eso es bueno —lo interrumpí, y me supo a mentira.

No era que no me alegrara escuchar de su boca que estaba bien, que toda esa pesadilla de las drogas y el sexo, que era lo que nos había separado, habían quedado atrás. Simplemente no podía, ni deseaba, seguir escuchándolo decir que no me necesitaba, pues en mi diccionario eso significaba que no me quería y, aunque su silencio de un año lo había dejado perfectamente claro, invitarme a su concierto para decírmelo en mi cara era inmensamente cruel.

Tal vez simplemente tenía que cerrar un ciclo o disculparse. En algún lugar había leído que eso formaba parte de los famosos doce pasos.

—Yo te amo, Gi.

—¿Perdón? —pensé que había escuchado mal. Tenía que haber escuchado mal.

—No te necesito, te amo, más que antes, más que nunca. Es real —y sonrió con convicción—. Vengo ahora porque es cuando estoy seguro, cuando puedo ver más allá de todo ese equipaje malsano que me dejó mi jodida crianza, y debo saber si existe la más mínima posibilidad de que aún

sientas algo por mí, de que todavía puedas quererme un poco, de que no es demasiado tarde. Puedo trabajar duro por ese amor pero solo si estás dispuesta a darme otra oportunidad.

—No puedo... —y no pude decir nada más. No podía respirar. Era como si alguien hubiese dejado caer una losa enorme sobre mi pecho.

Cuando los brazos de Cash me rodearon, la reacción natural de mi cuerpo fue inclinarse hacia él y esconder la cabeza en su hombro y solo entonces pude llenar mis pulmones de aire.

—Está bien, Gi, no llores —dijo mientras pasaba delicadamente las manos por mi espalda. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba llorando—. No quería hacerte daño ni irrumpir en tu vida, tampoco esperaba que aún me quisieras, pero necesitaba saber. Sé que ya debes tener a alguien más en tu vida, eres demasiado maravillosa... Me iré otra vez, y si no quieres verme nunca más no importa, aunque tenía la esperanza de que al menos pudiéramos ser amigos.

—¿Te vas a ir otra vez? —pregunté casi gritando, separándome bruscamente para verle la cara—. ¿Amigos? ¿De qué estás hablando?

Delicadamente, Cash pasó los dedos por mi cara, recogiendo a su paso mis lágrimas, como si fuesen un tesoro.

—Entiendo si no quieres ser mi amiga.

—Yo no puedo ser tu amiga, es más, no quiero. Si vuelvo a escuchar esa maldita palabra creo que voy a golpearte —respondí todavía medio sollozando.

—¿Qué quieres de mí, Georgia? Dímelo, lo que sea.

—No quiero nada de ti. ¿No lo entiendes? Te quiero a ti.

Por unos segundos se me quedó mirando como si le hubiese dicho que los Beatles eran pura publicidad o que los Rolling Stones eran unos viejos sin talento.

—¿Estás segura? —preguntó dudoso—. Tienes que tener claro que un adicto será siempre un adicto, y aún tengo una relación complicada con Colton y ni hablar de Reva, y he estado con hombres, Georgia, necesito que entiendas eso no como algo retórico, sino como algo que ocurrió. Aunque ya no siento ese deseo, hay días que pienso en Marcus y descubro que no lo odio. Además, tu carrera es complicada y la mía también, vamos a estar mucho tiempo separados. Solo te puedo prometer que no voy a mentirte, nunca más, tampoco voy a desaparecer. Si meto la pata serás la primera en saberlo, porque no quiero volver a herirte, tú eres muy...

Y me cansé de escucharlo. No quería definiciones ni promesas, quería trabajo de campo para ver si en esta oportunidad sí funcionaría. Así que tomé su cara entre mis manos, haciéndolo callar y, por si acaso decidía retomar su discurso, cerré su boca con un beso.

—Tenía que interrumpirte —le dije cuando me obligué a separarme de sus labios—, porque ese fue el peor discurso de ventas que he escuchado jamás. Espero que hagas mejor trabajo publicitando tu disco.

—Tenía que ser sincero contigo —y estaba sonriendo con esa sonrisa infantil que me mataba—, pero puedes interrumpirme todas las veces que quieras.

—Pienso hacerlo muchas veces.

Epílogo

Cash

Estaba soñando con Georgia.

Soñaba mucho con ella, dormido e incluso despierto, y me gustaban esos sueños, me daban ideas para cuando la viera nuevamente. Era difícil mantener interesante una relación cuando tenía que estar viajando por todo el país haciendo conciertos y entrevistas y ella no podía dejar Nueva York.

Además, cuando iba a la ciudad estaban esos almuerzos con sus padres que nos robaban buena parte del poco tiempo que teníamos.

Los Fisher aún me miraban con recelo, cada diez segundos estudiaban mis pupilas para ver si estaba drogado y me hacían miles de preguntas, como esperando que empezara a contradecirme.

No los culpaba, y si esa era mi penitencia, la aceptaba con gracia.

Medio dormido, giré en la cama y un cuerpo tibio y suave chocó contra el mío. Por un momento me entró el pánico, recordando las muchas otras veces que no sabía dónde dormía ni con quien despertaba, pero en esta oportunidad el olor me dijo que estaba en el lugar que debía y, por sobre todas las cosas, con la persona indicada.

En medio de la bruma del sueño recordé que estaba en Nueva York, grabando un concierto para MTV, y que la figura que se curvaba contra mí en la oscuridad era la de Georgia.

No quería despertarla, pero tampoco podía estar cerca de ella sin tocarla. Teníamos siempre tan poco tiempo. Así que enterré mi cabeza en su cabello para emborracharme con su aroma y pegué más mi pecho a su espalda para encerrarme con ella en el capullo de nuestros cuerpos.

—¿Por qué estás despierto? —me preguntó en un tono que dejaba claro que aún estaba medio dormida—. Son las tres de la madrugada.

—Es que aún dormido te extraño.

Pasé uno de mis brazos por su cintura y mi boca encontró un nicho donde hacer su trabajo en su cuello.

—Cursi —me dijo, pero no pudo ocultar ni la risa ni tampoco la forma en que su trasero se pegó contra esa parte mía que ya se estaba despertando.

—Pero sigue siendo efectivo.

Para comprobarlo, y también para acelerar el resultado, esa mano mía que estaba descansando en su estómago bajó un poco hasta encontrar el borde de mi camiseta de Ramones, con la que Gi siempre dormía. Acaricié la parte interior de su muslo y el calor que había en ese lugar me hizo buscar como un desesperado la fuente de origen. Allí era donde quería llegar y el suspiro que escapó de su boca fue la recompensa por mi hallazgo.

Georgia me hizo espacio levantando un poco una de sus piernas y comenzó a frotar su trasero contra mí al mismo ritmo que estaban marcando mi mano y mis dedos.

Quería que se corriera y luego meterme en ella para sentir sus contracciones comiéndome. Luego volver a llevarla a ese punto donde el sonido no existía y el silencio no molestaba pues estaba construido sobre gemidos de placer. Pero antes tenía que parar y voltearla.

Nunca le hacía el amor a mi Gi por detrás. Me gustaba verla cuando me deslizaba dentro de ella y, más aún, me ponía a mil disfrutar de las expresiones que danzaban por su rostro mientras la llenaba.

Algunas veces un temblor de esfuerzo me recorría el cuerpo cuando me obligaba a quedarme quieto dentro de ella. Mis caderas se rebelaban ante el instinto de moverse, pero me gustaba verla cuando me enterraba hasta donde no podía seguir avanzando. Saber que estaba en ella, dentro, me hacía sentir enorme.

Además estaba todo el tema del pasado. Aunque ya no sentía que había partes de mí que luchaban por salir a la superficie, nunca se sabía qué tipo de recuerdos y, por lo tanto, comportamientos, podría despertar en la memoria de mi cuerpo la forma más animal del acto sexual.

Retiré mi mano y delicadamente la empujé para ponerla de espaldas.

—¿Por qué paraste?

—Porque voy a hacerte el amor y quiero verte —aunque no era del todo cierto, tampoco era una mentira.

Sonrió y, aun en medio de la oscuridad pude leer en sus ojos que sabía la verdad, que podía oler mi miedo.

—Ven conmigo.

Haciéndome una seña con la cabeza salió de la cama.

La seguí sin saber de qué iba todo aquello. Tal vez buscaba alejarse de la cama para darme una larga charla psicoanalítica en terreno neutral. Estaba casi convencido de esa posibilidad, pues parecía ir hacia la puerta de la habitación, pero se detuvo antes de abrirla y me instó con una de sus manos para que me acercara.

—¿Sabes quién soy? —me dijo bajito.

—Claro —respondí, no muy seguro de lo que me estaba preguntando.

Georgia se acercó todavía más, puso sus labios en los míos y todas las preguntas desaparecieron. Era ese tipo de beso carnal por sobre todas las cosas, que pone tu mente a funcionar en un solo sentido.

—¿Sabes quién soy? —insistió casi en susurro cuando nuestras bocas se separaron.

—Sí —respondí jadeando.

—Ahora me vas a follar por detrás, justo contra esta pared, y vamos a sacar este obstáculo del camino —dijo en mi oído antes de que sus labios tomaran como campo de juego el lóbulo de mi oreja—. Si en algún momento olvidas quién soy me voy a dar cuenta, y será mi decisión si te detengo o si se siente tan bien que no me importa.

Quería protestar, lo hubiera hecho, al menos debí hacer uso de una maniobra de distracción, pero la mano de Gi me acariciaba a través de la tela del pantalón del pijama, siguiendo todos los contornos de mi erección al tiempo que me daba otro de esos besos que solo significaban sexo.

—¿Segura? —pregunté haciendo un último intento.

—Segura —y se pasó la lengua por los labios con anticipación.

¡A la mierda con las buenas intenciones!

Tomé sus manos y las besé antes de voltearla y hacer que se apoyara contra la pared. En vez de cubrir sus manos con las mías o ponerlas a ambos lados de sus hombros, como era mi comportamiento estándar en esos casos, me dediqué a acariciar su cuerpo a través de la camiseta, poco a poco, mientras mi boca se encargaba de su cuello y su espalda.

—Te amo, Gi —dije mientras bajaba mi mano hasta su vientre y la hacía inclinarse un poco—. Ahora aprieta los brazos, no quiero que vayas a golpearte la cabeza con la pared.

—Le estás quitando la diversión a todo esto.

—Ya veremos —le dije mientras colocaba una de mis manos en su cintura para ponerla donde la quería y con la otra guiaba mi erección hasta su entrada.

Sin esperar un segundo más me sumergí en ella y, aunque quería comenzar a golpear salvajemente, adentro y afuera, una y otra vez, me tomé

unos segundos para asegurarme de que todo estaba bien. Claro, fueron solo unos segundos, pues mi impaciente Gi ya se estaba moviendo.

—No, no, no, señorita —le dije, asiéndola fuerte por las caderas y obligándola a detenerse—. Aquí el que manda soy yo.

—Por favor.

El tono era de niña melosa, uno que Georgia jamás empleaba y que me molestaba sobremanera. Ella lo sabía, por lo que quedaba claro que estaba jugando y el juego estaba bien siempre y cuando los dos estuviéramos en él. Así que comencé a moverme lentamente, retirándome solo unos centímetros antes de volver a entrar.

—¿Así? ¿Suavecito?

—Más fuerte.

—¿Segura, Georgia? —usé su nombre completo de forma deliberada.

—Sí —respondió entre jadeos y ya no quería jugar, quería tomar su cuerpo, con urgencia, con pasión, pero también con amor, interpretando cada una de sus reacciones para llevarla al límite conmigo.

Me retiré completamente y me clavé dentro de ella con tanta fuerza que tuve que sujetarla bien para que no se golpeará contra la pared y no paré, no quería, no podía.

No obstante, con cada empujón sabía a quién tenía debajo, sabía perfectamente de quién eran los jadeos, de quién era la piel que chocaba con la mía creando el más erótico de los sonidos, y mi lengua reconocía el sabor de la persona que estaba probando.

Más que la pura sensación física de tener a alguien bajo mi mando, castigándola con mis embates, apretando y frotando mi sexo en la más placentera de las sensaciones, me excitaba hasta el punto de perder el control el hecho de que los gemidos y las palabras entrecortadas provinieran de alguien a quien yo amaba. Y, juzgando por cómo temblaba su cuerpo, la estaba haciendo gozar.

No había mayor placer que ese.



ERIKA FIORUCCI (Nacionalidad venezolana).

Periodista. Se graduó en la Universidad Central de Venezuela, la más prestigiosa del país, en 1996.

Sus veinte años de ejercicio en la profesión la han llevado a campos tan variados como la producción de noticieros de televisión, la prensa escrita, la conducción de espacios radiales y el periodismo digital.

Fue finalista del Premio HQÑ Digital en el año 2013 con *Cuatro días en Londres*.

Aburrida de la monotonía que representaba escribir noticias políticas se dio un descanso del periodismo y actualmente vive en Los Teques, una pequeña ciudad satélite a la capital, Caracas, donde es gerente de ventas de una fábrica de zapatillas de *ballet*.

Erika Fiorucci

Un libro para Cash



Lectulandia